

Concurso Nuevas Narrativas de SiPreBA

Primera edición
2020

Editorial

* 2

Entre junio y septiembre de 2020, el **Sindicato de Prensa de Buenos Aires (SiPreBA)** llevó a cabo la primera edición del Concurso Nuevas Narrativas, un certamen de crónicas periodísticas en el que afiliados y afiliadas pudieron escribir sobre algún aspecto de la temática “pandemia”.

El objetivo fue el de vincularnos como organización sindical a las cuestiones profesionales de nuestros compañeros y compañeras, poner a disposición una instancia reflexiva sobre nuestras herramientas expresivas y abrir un espacio más de intercambio sobre el oficio y sus posibilidades de creación.

Para ello invitamos a un jurado de lujo conformado por profesionales del periodismo con destacadas trayectorias y un compromiso permanente con nuestra actividad. **Juan Sasturain, Julieta Roffo, Carlos Ulanovsky, Fernanda Nicolini y Ezequiel Fernández Moores** nos acompañaron en el proceso de lectura y selección de aquellos trabajos que por su pluma y capacidad de conmover resultaron los elegidos de esta primera edición. Desde su enorme conocimiento de la escritura y su sensibilidad, cada uno aportó su mirada para determinar de conjunto el veredicto de las crónicas ganadoras.

Pero no lo hicimos solos. Contamos con dos destacados medios –*Tiempo Argentino* y *Anccom*– que acompañaron la convocatoria y publicaron en sus páginas y portales los trabajos que resultaron seleccionados por el jurado. El trabajo con ellos –que no fue más que otra instancia en la estrecha colaboración permanente que tienen con el sindicato– fue en línea con la convicción y decisión de profesionalizar el certamen, que se propone perdurar en el tiempo y volverse un clásico dentro de un oficio tan devaluado. En ese sentido, también las ganadoras y ganadores recibieron un premio económico, incentivo necesario en medio de tanta precarización de nuestro sector.

Las crónicas seleccionadas fueron “Vigilantes de la pandemia”, de María Celeste del Bianco, “El diario de Ana”, de Luciana Rosende y “La casa está infectada”, de Lila Bendersky. Por su parte, Fernando Tebele obtuvo una mención especial del jurado por su crónica “Hasta que vuelvan los abrazos”.

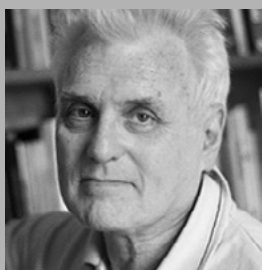
El presente volumen reúne los trabajos que concursaron en esta primera edición, en el entendimiento de que todos ellos permiten una visión de conjunto de cómo vemos los trabajadores y trabajadoras de prensa este tiempo impensado que nos toca vivir. Las diferencias temáticas, de matices y de estilos dan cuenta de la enorme complejidad que nos trajo la pandemia para pensar a la sociedad y del enorme trabajo de nuestros compañeros y compañeras para intentar retratarla.

* 3

Creemos que va a ser un testimonio privilegiado de este tiempo. Esperamos que lo disfruten. *

Palabras del jurado

* 4



Carlos Ulanovsky

“La iniciativa de poner a sus afiliados a pensar en este momento tan crucial como el que estamos atravesando me parece que fue lo mejor de este concurso. Quiero felicitar a los que se presentaron, a los que fueron reconocidos y a los que fueron leídos, porque todos entendieron el sentido de la convocatoria.”



Ezequiel Fernández Moores

“Fue un placer estar en este jurado y estar acompañando a SiPreBA en esta extraordinaria iniciativa. Espero que no sea la única edición. Creo que los trabajos presentados fueron muy buenos y tuvieron todo: un aprecio por la palabra, austeridad y una intimidad que es difícil de contar. Me gustó encontrar voces comprometidas con lo que nos toca vivir.”

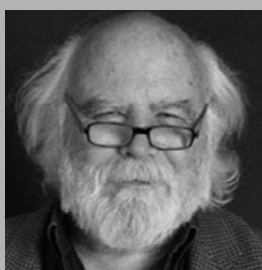


Fernanda Nicolini

“En los últimos años dentro de nuestro oficio todo lo que pasaba era en torno a la imposibilidad. Un concurso como este nos pone en estado de creación, nos invita a crear algo que no estaba en el mundo y a contar historias, que es lo que nos gusta a los periodistas. Valoro que podamos conectarnos a través de este concurso con aquello que nos llevó a este oficio, es decir que la magia siga sucediendo.”

Palabras del jurado

* 5



Juan Sasturain

“Celebro la diversidad, el tono diferente que tuvieron todos los trabajos que leímos. Todas las crónicas comparten la excelencia de la escritura, la seriedad en la investigación y la capacidad de interpelarnos, de conmover. Eso último ha sido clave para la decisión final. En lo personal fue un gusto estar acá.”



Julieta Roffo

“Varias de las crónicas presentadas hablan de temas que ya habíamos escuchado en la pandemia, pero lo hacen con nuevos matices y eso me parece que fue un hallazgo, porque en tantos meses de tanta información esto implicó ir un poco más allá. Que el sindicato haya decidido reconocer eso y reconocerlo además con un premio económico es muy importante, porque es un momento en el que el oficio está muy devaluado.”

Índice*

Vigilantes de la pandemia. Celeste Del Bianco	8
El diario de Ana. Luciana Rosende	13
La casa está infectada. Lila Bendersky	17
Hasta que vuelvan los abrazos. Fernando Tebele	20
Los esenciales de Terracota. Santiago Agustín Menconi	25
Lo que pasa cuando el otro no se lava las manos. Luciano Bottesi	29
La calma de los jilgueros. Joaquín Rodríguez Freire	33
Un blanco fácil de detectar. Ignacio Marchini	37
Teatro en Fase 1: los actores se mudan al Streaming para sobrevivir a la pandemia. Cristian Gabriel Kapun	41
La pandemia de la Desigualdad. Pedro Mendoza	45
Rémoras de pospandemia. Daniel Luis Goñi	50
Misión ¿imposible?: extrañar el colegio. María Victoria Nasisi	52
La infancia en la pandemia: entre el hambre, la violencia y las pesadillas. Gabriel Tuñez	55
De no esenciales a reinventados: historias de autogestión y cuarentena. María Fernanda Santágata	59
De humillaciones y verdades. Jorge Pailhé	62
Un salvavidas de hielo. Florencia Illbele	65
Los graves siguen sonando. María Teresita Arrouzet	69
Dos mujeres, un Mundial y un puñado de cartas: una amistad de medio siglo que recuperó la pandemia. Ayelén Pujol y Delfina Corti	73
Femicidios y violencia de género: otras pandemias soslayadas. Laura Impellizzeri	78
Gestar en cuarentena, parir con barbijo. Mariana Aquino	80

* Las primeras siete crónicas de este dossier fueron elegidas por el Comité de Preselección del SiPreBA. Las restantes se presentan por orden alfabético según los seudónimos de los autores y autoras.

La duda y el imposible. Rolando Gabriel Villani	84
Contar sin quebrar. Lucrecia Raimondi	88
Una puta en cuarentena: sexting, shows virtuales y audios eróticos. Mariano Jasovich	91
Los 11 escalones y las cartas sin sobres. Andrés Paciaroni.....	94
Después de todo. Miguel Russo	98
La salud de los Irrelevantes. Ariel Magirena.....	102
Un otoño sin abrazos. Gladys Stagno	106
El trabajo y los días. Juan Pablo Csipka	109
Realmente no nos conocemos. Paola Olari Ugrotte	113
Into the Wilde. Priscila Margolin	118
Covid, cigarrillos y chocolates, un combo letal de más de 100 días. Miguel Bossio	122
Sangre. Darío Bursztyn	125
También esto pasará. Federico Bianchini	128
La cancha envenenada. Fernando Adrián Fraquelli	132
El guardaespaldas. Claudia Regina Martínez	135

Vigilantes de la pandemia

Por Celeste del Bianco*
Fotos de Mariano Campetella

Son las 9.30 y Ester llega a su casa en Villa Corina, Avellaneda. Viajó dos horas y media desde el microcentro porteño, donde está el edificio de un organismo del Estado en el que trabaja como vigiladora privada. Es personal esencial. Abre la puerta y en un costado deja su bolso con el uniforme. Se quita la ropa, desparrama desinfectante en aerosol y se rocía con alcohol, mucho alcohol. Su hijo Esteban la ve y gatea hasta la entrada, pero ella lo evita. Con pasos rápidos llega al baño y se ducha. Recién ahí saluda, distante, a su hijo. Él tiene 22 años y retraso madurativo severo con espectro autista. Hace más de dos meses que no lo abraza, tampoco le da un beso en la frente ni se recuesta con él para hacerlo dormir. Teme portar el virus. Su hijo tiene problemas respiratorios y es paciente de riesgo, pero en la empresa de seguridad tercerizada Murata no le dan la licencia que estableció el Gobierno Nacional.

–Es doloroso porque él presiente que lo quiero alejar y se me pega como una garrapata, pero tengo terror de contagiarlo, jamás me lo perdonaría–, cuenta Ester. Tiene 46 años y es jefa de hogar desde que se separó de su marido después de una golpiza que la dejó internada por varios días. Forma parte del 84% de mujeres a cargo de hogares monoparentales que se vieron sobrecargadas por las tareas del cuidado durante la pandemia.

–Cuando empezó todo me agarró un ataque, vivo sola con él: le doy de comer, lo baño, le cambio los pañales. La señora que me lo cuidaba se fue porque es

*Esta crónica obtuvo el **primer premio** en el Concurso de Nuevas Narrativas.

mayor. Es lo que expliqué en la empresa, pero me dieron una licencia sin goce de sueldo. Estuve un mes y medio sin trabajar y no cobré nada. Nadaaaa, nada –enfatisa– Me estaba cagando de hambre. * 9

Ester hace turnos de 12 horas, trabaja de noche, de 19 a 7 hs. Suma alrededor de 220 horas por mes y tiene un salario básico de 25.500 pesos. Cada unidad vale 115 pesos. Retomó sus funciones porque ya no tenía a quién pedirle plata y desde Murata le mandaron una carta documento.

–Me querían castigar y mandarme a otro servicio– dice Ester, que en realidad tiene otro nombre pero prefiere preservarlo para no ser sancionada. En junio, hubo un caso positivo y junto a otros compañeros que toman la fiebre en Recepción tuvieron que ser aislados.

–Nos descontaron a todos –alza la voz, enojada– A tooodos. Me sacaron 5 mil pesos. Ellos te descuentan los días por COVID y después te lo reintegran. Pero con ese truco, te sacan el viático y el presentismo y ahí te cagan–cuenta. Ahora, contrató a otra persona para que cuide a su hijo. Le paga 850 pesos por día, un poco menos de lo que ella gana.

* * *

Cada dos horas Alfredo va a alguno de los baños que están en el Aeropuerto de Ezeiza y se cambia el catéter. Tiene vejiga neurógena y no puede expulsar la orina. En el 2015, su cerebro perdió la conexión con la vejiga después de una operación en la que le sacaron dos de los cinco tumores alojados en la columna. Tiene un certificado médico pero eso no importa. La empresa de seguridad tercerizada GPS lo obliga a seguir trabajando durante la pandemia. Sostienen que su diagnóstico no está contemplado en el DNU.

–Mi médico me dijo que todo lo que hay en el ambiente me lo puedo agarrar, entonces si el coronavirus está en el aire yo me lo puedo agarrar. Estuve un par de días internado porque el aseo del baño de la empresa no es bueno y tuve una infección. Ya estoy podrido– cuenta, entre enojado y resignado. Tiene 44 años y trabaja en el sector desde el 2001. En el 2014 ingresó en GPS. A fines de marzo, cuando se decretó el ASPO, se tomó la licencia pero volvió cuando vio que en su recibo de sueldo sólo figuraban 9000 pesos. Le habían descontado los días.



–Nunca me van a ver sin mi barbijo porque no quiero enfermarme. Es denigrante estar en esta situación, dependo de este trabajo y no sé si con esta entrevista lo voy a seguir teniendo– cuenta Alfredo, que tampoco se llama Alfredo. Las sanciones y despidos por los reclamos laborales es algo común en estas compañías.

En Argentina, las empresas de seguridad privada surgieron en la década del 70 pero tuvieron un crecimiento exponencial a fines de los 90. El sociólogo e investigador del CONICET Federico Lorenc Valcarce explica que es un sector que está sometido a condiciones laborales precarias en lo que respecta a horarios, pago de horas extras y arbitrariedades. “Hasta la década del 80 era una ocupación ejercida por ex policías o ex militares de baja graduación que hacían algún tipo de tarea de vigilancia en empresas. En la década del 90 eso cambia. Primero porque el volumen del sector se hace mucho más grande: de 30 mil a casi 200 mil en el año 2000. Ese volumen hace que cambie el perfil de los trabajadores, empiezan a ser personas que no consiguen laburo de otra cosa. Mucho varones de 45 o más, poco calificados y con una edad relativamente alta para conseguir otra cosa”, describe Lorenc Valcarce.

–Estoy viendo si tomo un té o un mate cocido, un pancito y buenas noches. Esa es toda mi comida– dice Alfredo el último sábado de julio. Vive solo en un departamento alquilado de Ituzaingó. Tiene muchas deudas y hace cuatro meses que dejó de trabajar como chófer de Uber por miedo a contagiarse. Lo usaba como complemento de su sueldo. Hoy elige qué servicio pagar cada mes y esquiva los llamados de la tarjeta de crédito en una casa de luces y artefactos apagados.

–Hoy en día el auto es un lujo pero lo usaba para juntar unos pesos más. Además, lo necesito para ir a trabajar. De mi casa a Ezeiza tengo tres horas en colectivo y necesito un lugar donde dejar mis catéteres o ropa extra por si me ensucio. Quedé así, no llego a tiempo al baño, es horrible, pero así y todo voy a trabajar.

* 11

* * *

“Ya hicimos la denuncia contra Murata que es la responsable de la muerte de mi papá”, dice Nidia Olmedo en un video de Facebook. Atrás, una persona sostiene un cartel en blanco y negro que dice “Justicia por Miguel Olmedo” acompañado por una foto de un hombre morocho de sonrisa mínima. Miguel Ángel Olmedo tenía 64 años y problemas cardíacos. Le faltaban tres meses para jubilarse. Es 20 de julio y Nidia Olmedo responde por teléfono.

–Mañana iba a cumplir 65 años, él se quería jubilar y estar tranquilo, pero no, lo empujaron a la muerte. No se contagió de COVID así nomás, fue obligado y amenazado– cuenta.

Olmedo murió el 25 de mayo. Cuando el Gobierno Nacional publicó el decreto, pidió la licencia por sus problemas preexistentes. Lo llamaron 14 días después y lo obligaron a que retome sus funciones. Él sabía de lo que era capaz la empresa: en el 2019 su hijo Luis fue echado porque no pudo llegar desde Rafael Calzada hasta Capital un día de paro total de transporte.

–Estaba confundido porque la empresa lo amenazó y veía los videos de compañeros despedidos por reclamar elementos de protección. No quería arriesgarse y perder todo– describe Nidia.

A mediados de abril, Olmedo volvió a trabajar y, a modo de castigo, lo trasladaron del Cementerio de la Recoleta a la Villa 31, a custodiar un edificio del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires de madrugada. Estuvo en el barrio en pleno foco de contagios, sin protección. En mayo se descompuso y fue a la salita de La Pepsi en Bosques. Horas después lo internaron.

En otro video de Facebook, Miguel Olmedo baila con una de sus diez nietas en shorts y pantuflas. Se mueve, torpe, pero suave, al ritmo de una canción infantil. “Te extrañamos abuelo”, dice la publicación. Olmedo trabajó

los últimos 12 años en la misma empresa. Nidia recuerda la vez que lo coaccionaron para que renuncie y resigne cuatro años de antigüedad.

* 12

Tres personas lo llevaron a una sede del correo para que firmara el telegrama.

–Siempre fue como como una dictadura. Tenías que ser una máquina en lugar de un ser humano– Nidia hace una pausa y agrega –Es increíble que pasen estas cosas y no sean noticia. *



* 13

El diario de Ana

Por Luciana Rosende*
Fotos de Pablo Piovano

Es 13 de marzo de 2020. El coronavirus ya se instaló en temas de conversación y en tapas de diarios. Pero la pandemia aún parece un problema ajeno y lo que vendrá después solo puede pensarse como ficción. Es 13 de marzo de 2020 y todavía falta una semana para que se anuncie en la Argentina el aislamiento social, preventivo y obligatorio por el avance del virus Covid-19. Ese día, llega el primer aviso del geriátrico: las visitas quedan reducidas a una vez por semana, de a una persona por vez. La hija de Ana lo lee y siente ganas de llorar.

*Esta crónica obtuvo el **segundo premio** en el Concurso de Nuevas Narrativas.

La medida casi no llega a implementarse. Es 16 de marzo de 2020 y el cierre es total. La hija de Ana pasa por la puerta del geriátrico a dejar un vino y pañuelos descartables para su mamá. Ya no puede verla. No más visitas en la residencia para adultos mayores donde vive desde hace poco más de un año. “Residencia”: así la llaman las autoridades y las cuidadoras. Y también la familia de Ana, para hacer más tolerable la idea del geriátrico. El factor pandemia no existía cuando hubo que tomar la decisión.

Ana es casi completamente sorda. Está en silla de ruedas y habla poco. Pero lo poco que habla es mucho: logró recuperar la palabra tras un ACV por presunta mala praxis en una de las varias internaciones por las que pasó en los últimos años. También mueve la mano que había quedado inmovilizada. Y una de las piernas. Perdió mucha autonomía pero no las mañas ni la coquetería. Que el pelo esté siempre bien teñido. Las uñas, impecables y pintadas. Desde el ACV

y el duelo que la familia había comenzado a masticar por indicación médica ya pasó casi un año. Covid-19 hubiera sonado a mensaje cifrado inentendible por entonces. * 14

Es 20 de marzo de 2020. Comienza formalmente la cuarentena y se cancelan las visitas en todos los geriátricos. O residencias. La hija de Ana siente alivio porque la de su mamá se anticipó a la medida. Las enfermeras y cuidadoras empiezan a usar barbijo antes que sea obligatorio en toda la Ciudad de Buenos Aires. Cuando suman las máscaras transparentes, hay susto entre ancianos y ancianas. Les explican lo que está pasando, pero no saben cuánto llegan a comprender. ¿Acaso alguien lo hace?

Es 21 de abril de 2020. A un mes y un día del inicio del primer periodo de cuarentena, la tele muestra la postal tan temida. Un geriátrico con contagios masivos. Mega operativo de evacuación, familiares saludando a la distancia a sus viejas y viejos sacados en camillas y con máscaras de oxígeno. Eso que se veía unas semanas antes en reportes de España o Italia. Pero en el barrio porteño de Belgrano. No muy lejos de la residencia de Villa Urquiza donde vive Ana. Ella no se entera. ¿O sí?

Ana tiene su propio celular. Pero hace rato que no lo usa. Su vínculo con el aparato ya era complicado antes del ACV. Después, se extinguió. Los teléfonos móviles de la residencia se convirtieron en las únicas ventanas posibles. Hay que mandar mensaje y esperar. Si todo está tranquilo entre la vejez en cuarentena, la respuesta volverá en forma de videollamada. Si no, habrá que volver a intentar al día siguiente. No todos los contactos son iguales. En pocos se logra el diálogo. Algunas veces hay sonrisas. Otras, Ana sólo acepta saludar con la mano y sacarle la lengua a la bisnieta. A veces, ni eso.

Es 6 de mayo de 2020. Detectan 33 casos de coronavirus en un geriátrico de Recoleta. Ya hubo otros antes, pero este no es cualquiera: pertenece a la misma empresa que la residencia donde vive Ana. Su hija recibe llamados de alarma de parientes y amigos. ¿Tu mamá está ahí? ¡Qué miedo por tu mamá! La pandemia potencia la falta de tacto. La pandemia trastoca todo.

Es 9 de mayo de 2020. Sábado. “Información importante”, dice el asunto del mail que manda la residencia. Hasta ahora, los reportes vinculados al Covid-19 sólo se titulaban “información”. Anuncian que el cierre del lugar será también para el personal: las trabajadoras se dividen en dos grupos que permanecen cama adentro por diez días. Después, rotación y testeos. La hija



de Ana recibe el mensaje y llora. Angustia y alivio a la vez.

Es 29 de mayo de 2020 y ya hay casos de coronavirus en el 10 por ciento de las 482 residencias para mayores que funcionan oficialmente en la Ciudad de Buenos Aires. Con 269 personas infectadas y 57 muertes. Eugenio Semino, defensor del Pueblo de la Ciudad en temas vinculados a los adultos mayores, advierte que las evacuaciones masivas pueden generar un nivel de angustia y estrés más dañino que el propio virus. ¿Y entonces?

Es 12 de junio de 2020 y Ana cumple 94 años. En cuarentena ya cumplieron su nieta mayor y su hija. Pero Ana no lo supo o hizo como que no lo sabía. Ahora, tiene claro en qué fecha está. Hay globos, flores y carteles en la residencia. Cumplir 94 se festeja. Como sea. Ana sopla las velitas por videollamada con una de sus nietas. El video enviado por la familia incluye a la bisnieta de tres intentando cantar en idish. Cuando habla con su hija, Ana llora de emoción. Se la ve contenta.

Es 8 de julio de 2020. A esta altura Ana llora en muchas de las videollamadas familiares. Extraña. Quiere tomar mate. Su hija le explica que ella tampoco se reúne con nadie y que ahora el mate no se comparte. El celular se le cae y del otro lado sólo se ve la lámpara que cuelga en el comedor de la residencia. La conversación muere ahí.

“Tenemos 93 geriátricos que han tenido casos confirmados, que han sido 502 en total, y 77 fallecidos”, dice el ministro de Salud de la Ciudad, Fernán Quirós, mientras Ana celebra sus 94. E informa sobre el inicio del testeo masivo a todos los trabajadores y trabajadoras de residencias para mayores. La tasa

de letalidad del virus dentro de estos espacios está muy por encima que la de afuera.

* 16

De los 482 establecimientos para personas mayores que hay en la Ciudad, el coronavirus ya está en 197. Provocó 1459 contagios y 172 muertes. Y todavía falta. Algunos pocos geriátricos implementan estrategias de visitas sin contacto directo. Cual cárcel, con vidrios mediante. O con aislamientos plásticos transparentes. En la residencia de Ana, no. ¿Lloraría menos que con las videollamadas?

Es 17 de julio de 2020. Pero podría ser 16 o 18. Da igual. Qué es la noción del tiempo a los 94 y con pandemia. Ana no quiere comer. Las cuidadoras le piden a su hija que la rete y le dan flan con cucharita. La hija de Ana pasa a dejarle los sándwiches de miga que ama. Eso sí lo come. Desde la residencia mandan la foto que lo prueba. Qué flaca se la ve. El parte matutino del Ministerio de Salud habla de 243 de las 482 residencias para mayores porteñas con presencia de Covid-19. Con 1947 casos y 201 muertes.

Es 22 de julio de 2020. Los contagios en la Ciudad de Buenos Aires y alrededores no paran de subir. Las cifras de muertos, tampoco. La cuarentena está flexibilizada hasta el chiste. La residencia donde vive Ana sigue blindada. Ella sigue llorando por videollamada. Su hija empieza a cantar 'pito catalán, y la tristeza se va'. Ana la imita y sonríe. El recurso funciona. Al menos, hasta el próximo contacto virtual. Tal vez sea entonces cuando Ana conozca a su segunda bisnieta. Por pantalla. *



* 17

La casa está infectada

Por Lila Bendersky*
Foto de Gustavo Muñoz

En el grupo de WhatsApp del secundario, una compañera manda un PDF de recomendaciones que emitió la facultad de Psicología para afrontar la pandemia, un amigo me avisa que Drexler escribió una canción, mis hermanos quieren coordinar una videollamada para la tarde del domingo, mi mamá dispara un sinfín de audios de ya no sé qué médico extranjero que explica cómo se vive el coronavirus en el exterior, tengo el celular lleno de memes sobre la cuarentena y perdí la cuenta de la cantidad de mensajes de argentinos varados que llegan a mi teléfono pidiendo mediatizar su caso para ver si eso los trae de regreso a su tierra natal. El virus está en el noticiero, en las conversaciones con amigos, en la cola del supermercado. Pero donde ingresó con fuerza es en mi casa.

En estas primeras semanas de aislamiento social, el bicho entró y se metió en cada rincón de este PH, en nuestra pareja e intimidad. Afuera el mundo es incertidumbre y desconcierto, acá dentro no ocurre algo tan distinto. Mi compañero me parece un extraño, un posible foco de contagio, ¿tendrá él la enfermedad? Hace unos días, pegar mi cachete al suyo y frotarnos como esos perritos que aparecen en Internet era una de mis actividades favoritas, hoy nos saludamos de lejos como dos desconocidos que comparten una mesa en un bar. Tenemos diálogos operativos y por WhatsApp sobre cómo limpiar las superficies, qué falta comprar, cómo desinfectar las verduras. El amor entró en cuarentena.

*Esta crónica obtuvo el [tercer premio](#) en el Concurso de Nuevas Narrativas.

Llegamos a esta casa hace seis meses y la fuimos moldeando a imagen y semejanza de nuestras expectativas con fotos de nuestros últimos viajes y una decena de potus. Acá leíamos libros maravillosos, veíamos Succession, cogíamos, nos emborrachábamos, peleábamos, inventábamos recetas de cocina con las verduras que llegaban del bolsón agroecológico, hablábamos con tono venezolano para jugar a ser latinos. Acá nacieron nuestros alter egos: Silvia y Sergio, un matrimonio de 50 años que vive haciéndose reclamos, y que nos sirvió como estrategia para que M. pudiera decirme que lavé los platos como el orto o marcarle que estaba cansada de levantar su ropa por toda la casa.

Este hogar que ha operado muchas veces como un refugio del afuera, de los vínculos familiares tóxicos, de todo aquello que duele y lastima, no está. Acá dentro siempre me sentí a salvo y hoy es un territorio frío y estéril que huele a lavandina por todos lados. El refugio se ha desvanecido como una remera vieja que va perdiendo su estampado. No reconozco este territorio. Las peleas se multiplican porque la casa es un infinito de actividades para hacer y cada uno lidia con el quilombo de adaptar el trabajo a la virtualidad. Dicen que convivir mata la pareja, la pandemia parece que va a acelerar el proceso.

M. dice que con el encierro ganó tiempo para escribir sus papers, editar un libro y hacer un curso virtual. Nada de eso ocurrió los primeros días. Se obsesionó con aprovechar la cuarentena para ponerse al día con los pendientes de la casa. El padre le trajo una pistola de calor para sacarle la pintura a la mesa del living. El ruido fue como tener un taladro funcionando adentro del oído, tardó tres días en hacerlo y eligió momentos en que yo desgrababa o dormía una pequeña siesta. Cuando terminó, arrancó a lijar y barnizar 67 varillas de madera que recubren el balcón. Tardó 21 días y fue de lo único que hablaba. De la pandemia, ni una palabra.

Yo estoy asustada con este virus. No tengo claro qué me da miedo, creo que todo: el encierro, las muertes, la idea de que el peligro está próximo, no poder ver a mis sobrinos y a mi mamá, mi psiquis. Yo sigo trabajando como si nada hubiese cambiado. “El periodismo no descansa”, repetían mis profesores de TEA todos los años.

Sigo trabajando y hago malabares con mi estado emocional porque hay que trabajar, trabajar, trabajar, somos un servicio esencial, la gente necesita informarse, no importa que siente uno con este tema, no frenamos, hay que enganchar a Ginés al teléfono. Cada mañana, Jorge, el muchacho tozudo de

seguridad, me acerca una pistola termómetro a la cabeza y me dice: “Arriba las manos”. Simula un robo de lunes a viernes a las 5 AM. Así arranco el día. Odio esto que hace, pero todavía no me animo a decirlo.

* 19

Desde mediados de marzo, vuelvo caminando del trabajo a mi casa. Es la única nueva rutina que valoro de esta pandemia. Me gusta cruzarme con gente, pero ocurre muy poco. Estos días el barrio está como apagado, sin movimiento, nublado. Escucho Salad Days y me construyo por Lacroze un escenario optimista. Me gustaría chocarme con los pibes del camión de La Serenísima que bajan productos en el Carrefour o que el portero del edificio de Álvarez Thomas me deje pasar mientras limpia la vereda. ¿Dónde están todos?, ¿se habrán enfermado? Lloro sin esconderme: el barbijo me da anonimato.

M. silba cuando va del living a la cocina y pone un dj set de Cattaneo para cocinar un risotto. No sale hace cuatro semanas. Como yo voy a trabajar, me ocupo de hacer las compras del supermercado y tirar la basura. Estoy agotada de esta rutina doméstica. Él vive como si el sistema mundial no estuviese colapsando. Es un enigma lo que ocurre en su cabeza ante situaciones con las que cualquier civil se amargaría. Tiene la templanza de un maestro de yoga: nunca desborda.

Tenemos un cuarto que tiene un escritorio amplio de madera de pino y está al lado de una ventana que da a una calle con poco y nada de movimiento. Ese lugar se volvió el espacio más codiciado para encerrarse y trabajar aislado de afuera y de nosotros.

Empiezo a hacer lugar en el placard para todos los proyectos frustrados que voy a tener este 2020. Con M., siento que tenemos reinventarnos como dice cada tanto una famosa en una revista de chimentos para contar que se separó y adelgazó 90 kilos. No quiero ni una cosa, ni la otra, pero sí asumir que el virus todo lo toca y que hay que estar atentos.

Leo que en China subió la cantidad de divorcios. Me asusta, estoy permeable a todo, ¿quién está preparado para una convivencia de 24 horas por meses con alguien?, ¿puedo cambiar mi contacto estrecho?, ¿cómo continuaremos?, ¿qué quedará de nosotros después de que pase todo esto? Día 62 y sigo contando. *



Hasta que vuelvan los abrazos

Por Fernando Tebele*
Fotos de Gustavo Molfino

Las rosas rojas prendidas en la ropa del lado del corazón son uno de los sellos distintivos del juicio por la represión a la Contraofensiva de Montoneros. Las reparte Susana Brardinelli, una sobreviviente que es querellante por su esposo Armando Croatto, que está desaparecido. Están tejidas por su mamá, Irma Ortolani, de 97 años, quien participa del juicio sin haberlo presenciado nunca: sus agujas también enhebraron la paciencia de la espera de 40 años por un pedacito de justicia. En la sala en la que se desarrolló el juicio antes de la pandemia, enclavada en pleno centro de la localidad de San Martín, las distancias eran exiguas. Un enrejado bajo de madera era toda la separación entre el público y las partes litigantes. Apenas un pasillo entre sillas dividía a las familias de las víctimas, las de las rosas rojas, de los siete imputados por crímenes de lesa humanidad contra noventa y cuatro personas. Cada vez que entraban, en fila prolija y como si alguna fuerza estilo de gravedad les impidiera levantar la mirada del piso, desde el sector de familiares se levantaban fotos. Resaltaban el blanco y el negro tan dominantes como las sonrisas jóvenes, paralizadas en el tiempo, de quienes ya no están. Se han escuchado testimonios estremecedores. En cada final, el abrazo contenedor oficiaba de antídoto contra la angustia y la presión por haber estado ahí con la obligación interna de recordarlo todo. Sanador y reparador son las dos palabras que quizá más se hayan oído en aquellos después.

Pero ya nada de eso existe. Al menos por ahora.

*Esta crónica obtuvo la [mención especial](#) en el Concurso de Nuevas Narrativas.

Son las 9:30 cuando se habilita el ingreso a la sala virtual para la audiencia 39. Hubo un par de intentos de semi-presencialidad, con los jueces, la fiscal y los defensores en la sala, con barbijos pero sin público; ese medio camino se clausuró cuando Lisandro Sevillano, el defensor oficial de la mayoría de los imputados, se contagió con Covid-19. Desde ese momento, cada cual participa desde su casa.

Ahora no hay que esperar a que el tribunal les permita a los imputados retirarse. No se volvieron a ver ni las fotos en alto ni las miradas al piso, porque los acusados no tienen obligación de estar. Alguna rosa roja se distingue entre las pocas personas que tienen el ingreso permitido a la plataforma virtual.

Cierta vez, ante la crítica por ese permiso para retirarse, el presidente del tribunal, Esteban Rodríguez Eggers –tan informal en el trato como prolijo para vestir–, se quejó amablemente ante la prensa: “Digan también que somos el único tribunal que los hace venir”. Es una certeza irrefutable que a las víctimas les resulta escasa. En la modalidad virtual los acusados ni siquiera tienen que asistir; probablemente sigan el juicio desde sus casas –6 de los 7 tienen el beneficio de la prisión domiciliaria– a través de la transmisión televisiva de un medio comunitario, con la que el tribunal garantiza que el juicio sea público.

Diego Menoyo es uno de los testigos de esta jornada. Está en su casa de Río Ceballos, Córdoba. Acerca su DNI a la cámara para que los jueces verifiquen su identidad. Cuando la fiscal Gabriela Sosti le da el pie para que comience su relato, el sobreviviente de las dos etapas de la Contraofensiva decide arrancar por la previa. “Yo quisiera contar un poco cómo llegué a esa situación porque, si no, no se va a entender el hecho de que aceptáramos participar de la Contraofensiva”, señala.

Cuenta que para la época del golpe de Estado de 1976 cursaba el cuarto año de Astronomía y era delegado de un curso pequeño; el futuro cercano estaba lejos de ser un cielo claro y estrellado. “El 8 de julio allanan la casa donde vivía mi compañera. Allí la secuestran. Yo estaba en la universidad en ese momento, así que no me encuentran...” Norma Gladys Monardi permanece desaparecida. Menoyo señala aquel allanamiento ilegal como el punto de inicio de la etapa de clandestinidad y su partida hacia Buenos Aires como escala a la salida del país. A través del recuadro oscuro en la pantalla, Menoyo remarca que pusieron una condición antes de irse: “Salimos al Paraguay con un acuerdo previo y con

mucha discusión política. Aceptábamos que no estaban dadas las condiciones para poder hacer ninguna discusión política con los compañeros, ni ninguna forma de modificar un rumbo político, pero salimos con la condición de volver inmediatamente ni bien tuviéramos la posibilidad”. La Contraofensiva sería esa chance, pero no lo sabían aún. Allí se produce un cuarto intermedio obligado por la falta de conectividad de la jueza María Claudia Morgese Martín, quien tiene un tropezón virtual. Más tarde nos espera otra caída, esta vez de la fiscal Sosti.

Tras la espera, Menoyo retoma reivindicando el análisis político que derivó en la acción. “Íbamos a participar de las TEA (Tropas Especiales de Agitación). Veíamos claramente que la situación política hacía imperioso que nosotros pensáramos cómo íbamos a revertir la situación, porque políticamente la dictadura se estaba agotando, a pesar del éxito aparente que había tenido en el Mundial”, señala.

Ahora no se ven más cuerpos que desde el pecho hacia arriba. En algunos casos, si el testigo se acerca mucho a la cámara, sólo se observa la cabeza. Los cuellos de la camisa celeste de Menoyo aletean sobre el escote en v de su pulóver azul. Por detrás asoma una biblioteca, que contrasta notoriamente con el telón que ofrece la imagen del abogado defensor Hernán Corigliano: un bar empotrado en la pared con algunas botellas de whisky disputando la salida en cámara.

El testigo suelta una sonrisa leve de vez en cuando. Como cuando profundiza en su tarea específica dentro del grupo TEA. El enfoque será en las interferencias a las señales de los canales de TV abierta, en una época en la que no existía el sistema de cable y mucho menos el streaming. Sólo cuatro canales de Buenos Aires, 7-9-11-13. Con viento a favor y ganas de mover la antena, también podía verse la señal del Canal 2 de La Plata. Menoyo se explaya en la faceta técnica: “Teníamos un librito, el librito rojo, que era un manual que había hecho (Juan Julio) Roqué, que era político, eran todos los documentos de discusión política de la organización desde la fundación. Y teníamos un librito que se llamaba ‘Manual de la Contraofensiva’, con el escudo en la tapa, que explicaba todos los métodos de propaganda, y cómo manejar los equipos de radio y televisión”.

De México se fueron para Madrid. Un cruce oceánico que hoy la pandemia vuelve casi impensable, salvo que se viaje a través de megabytes y que las sensaciones se transmitan con algo de distorsión. Como las voces con sonido latoso que rebotan en el denso aire de la audiencia virtual.



Menoyo y su segunda compañera, que también consiguió sobrevivir, volvieron en 1979 para la primera Contraofensiva. Realizaron con éxito las interferencias en la zona sur del conurbano, y volvieron a salir del país. Con respuestas al abogado querellante Pablo Llonto, reconstruye que regresaron para la segunda Contraofensiva, en febrero de 1980. Ya se quedaron en el país, aunque en la clandestinidad hasta el retorno de la democracia.

Sobre el cierre, sin perder nunca la tranquilidad, Menoyo vuelve sobre el estigma filosófico que se hundió en la piel de quienes sobrevivieron a la represión a la Contraofensiva. “Uno podría plantear si no éramos jóvenes suicidas. Éramos gente decidida a cambiar la realidad del país, que peleaba por eso, y teníamos asesinos feroces al frente. Parece ser, con los años, que los culpables fuéramos nosotros, o hubiéramos sido condenados socialmente, cuando lo único que pretendíamos era cambiar una realidad de injusticia y una situación de un gobierno que era totalmente ilegal”, dice sin modificar el tono de su voz.

El final de la audiencia son recuadros que se apagan en la pantalla. Apenas algunos gestos con las manos a modo de despedida.

No hay nada que pueda reemplazar el calor y la emoción que hubieran podido ser con el entorno anterior. Adaptarse a la realidad para intentar sobrevivir, parece ser el link que enlaza el tiempo del relato de Menoyo con el de su testimonio actual. Sin dejar nunca atrás el ideal máximo del mundo mejor por venir, quizás.

Lejos estuvo de haber sido una audiencia normal. Aunque tal vez tenga que ser así el nuevo concepto de normalidad que permita escapar del enemigo,

una vez más, hasta que vuelvan los abrazos. Se apaga el último recuadro. * 24
La pantalla queda gris. Salvo por el reflejo de una luz que, desde la ventana,
rebota en la pantalla, con ansias de ganarle alguna partida a la oscuridad. *

Los esenciales de Terracota

* 25

Por Santiago Agustín Menconi

El interno 6089 de la Línea 60 se detiene ante el semáforo de la estación Constitución. No suben ni bajan pasajeros. El parabrisas refleja una ciudad vacía, con paradas vacías, con pocos autos y peatones. El semáforo abre y el colectivo continúa su marcha lenta hasta la terminal, a unas pocas cuadras, en el barrio de Barracas. Es un mediodía de sol.

*Esta crónica fue **finalista** en el Concurso de Nuevas Narrativas.

El colectivo entra en la cabecera y recorre algunos metros. El parabrisas refleja micros estacionados y a una veintena de trabajadores. Están parados en filas, desde afuera, parecen guerreros de Terracota. Son choferes de colectivos alistados para un combate con barbijos y uniformes. Alguien le grita al recién ingresado que apague el motor y el motor se apaga. Un delegado, de camisa celeste, toma la palabra.

–Bueno compañeros esta asamblea la convocamos para tocar el tema del Covid. Sabemos que en estos momentos la estamos pasando mal, con mucho miedo...

Los trabajadores deliberan. Levantan los brazos y arrojan miedos y propuestas. En poco más de una hora, resuelven implementar un protocolo de cuidados y una serie de exigencias a la empresa, propiedad del grupo DOTA. Entre ellos, escriben en una pizarra: formar cuadrilla de desinfección, productos de higiene y la colocación de una cortina que cierre la puerta delantera.

Se escuchan aplausos, la asamblea se disuelve.

* * *

El viernes 20 de marzo el gobierno nacional dispuso el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio, a fines de proteger la salud pública frente a la propagación del coronavirus. La Resolución 207/2020, publicada en el Boletín Oficial, definió las actividades que fueron declaradas esenciales. El transporte público fue una de esas actividades.

El área metropolitana de Buenos Aires es cubierta por 19 mil colectivos

divididos en 342 líneas. Esta flota traslada a diario a unos 4 millones de usuarios. Desde iniciada la cuarentena, ese caudal se redujo en un 75 por ciento: transportando alrededor de 1 millón de pasajeros por día. La resolución eximió de sus funciones a los trabajadores mayores de 60 años y a quienes presentaban determinadas patologías médicas. En la Línea 60, además, quedaron licenciados los choferes mayores de 50 años. El personal se redujo, casi, en un 70 por ciento.

* 26

* * *

Es la tarde del 4 de abril y en la cabecera Barracas hay poco movimiento: un maniobrista, algunos choferes y un trabajador de desinfección cubierto por un mameluco blanco. “Todos los días parecen feriado”, se queja Daniel Silveira, mientras controla los recibos de sueldo en la sala gremial. Tras ser consultado, apronta un mate y responde un breve cuestionario:

–Está bien que seamos esenciales, es importante el lugar que ocupamos: tenemos que transportar a todos los otros esenciales, tanto médicos como enfermeros como gente que produce alimentos.
–Acá salió todo por los pibes nuevos, ellos empujan las asambleas. Y tienen razón, todos los días te viene un compañero a decirte que tiene miedo por él y su familia. Yo los entiendo, yo también tengo familia.
–¿Héroes como dicen los medios? No, ni cerca. Sí me gustaría que nos traten un poquito mejor.

Los colectiveros se acostumbraron al olor a cloro, al alcohol en gel y al uso de barbijos. También se acostumbraron a los nuevos hábitos preventivos: debieron dejar de lado los besos, los abrazos y toda expresión de contacto físico. Los mates también fueron censurados: se deja, sí, que cada uno utilice el suyo.

Otro chofer se acerca a la sala gremial. Daniel lo señala, dice “acá tenés un héroe”, “este es un personaje”, que tiene más de 20 años de antigüedad y que, “pese al miedo”, viene todos los días a trabajar.

–Coco querido, ¿cómo estás? –Mejor que dios, Dani.
–No entiendo, amigo. –Mejor que dios me ayude.

* * *

Frente a la inexistencia de cifras, los delegados de la Línea 60 se dieron a la

tarea de relevar los casos positivos en el transporte. Sin embargo, dicen haber perdido la cuenta tras llegar a los 200, y que solo continuaron relevando los fallecimientos. Hacia fines de julio, registraron 8 muertes en 8 líneas distintas. * 27

* * *

“En la 60 todo lo que es seguridad e higiene está presente desde la muerte de David”, comenta Sergio, trabajador de Técnica, y agrega “¿Ves los carteles que están pegados en los colectivos? Esos los pone Eva, la mamá, que viene todos los 9 de todos los meses”. El 9 de septiembre de 2016, David Ramallo, mecánico electricista, falleció cuando cedió el elevador bajo el que trabajaba y fue aplastado por un colectivo. Una semana antes, los delegados habían denunciado las condiciones de seguridad.

El 22 de junio los trabajadores de la Línea 60 confirmaron el primer caso positivo de Covid 19. Fue un trabajador de la cabecera Barracas. “Tuvimos que establecer la cadena de contactos estrechos y exigirle a la empresa que les dé la licencia. No es fácil en estos casos”, dice el delegado Héctor Cáceres.

En las últimas semanas de junio, varios trabajadores presentaron síntomas. “Es todo un tema porque quienes se tienen que hacer responsables no lo hacen, el sistema está explotado y nadie te da bola. Tenés que llamar para que lo atiendan, para que lo autoricen, para que vaya la ambulancia, para que le den el traslado sanitario. Y nadie se hace cargo de nada. El sistema está colapsado”, cuenta Nestor Marcolín, otro de los delegados.

Sebastián R. fue uno de los contactos estrechos del primer caso. Tras ser licenciado, y tras presentar síntomas junto a su esposa y su hijo, pidió asistencia médica. Su obra social no lo atendió. En el hospital lo derivaron a su obra social. En la ART le exigieron que se presente con un hisopado positivo. En la Superintendencia lo derivaron hacia la ART. Finalmente, y luego de insistir en todos y cada uno de los números de emergencias, se le fueron los síntomas, agotó su licencia y debió regresar a su trabajo: sin saber si estuvo o no contagiado.

* * *

En la sala de choferes, los choferes no pueden compartir mesa. Cada uno ocupa la suya y las charlas y discusiones se dan a los gritos. Son las 4 de la

tarde de un martes de julio y los trabajadores bromean con un compañero recuperado de coronavirus. Se escucha: “eh, embichado, ni la parca te quiso”. La pandemia y sus consecuencias dieron pie a un nuevo campo semántico: distanciamiento, cloruros, hisopados. A lo que se conoce como el virus del Covid 19, entre los trabajadores se le llama el bicho. La expresión está acompañada de otra, héroes, a la que los choferes se rehúsan.

Dice Luis, oficial mecánico: “héroe es un médico que te puede salvar la vida, nosotros somos perejiles, y si venimos a trabajar es porque no nos queda otra”. Dice Sierra, chofer y pastor evangelista: “Nuestro trabajo en la fe es obedecer, y ahí es donde interviene la fe. A través de la fe, obedecemos, y con esa obediencia respetamos las normas, cuando tenemos fe hay bendición en la obediencia”.

Dice Fernando, otro de los choferes: “Hubo compañeros que iniciaron medidas de prevención que después fueron adoptadas por Transporte, como el separador plástico y el acceso por la puerta trasera. Compañeros sin un mínimo de formación académica que pensaron y resolvieron lo que después fue el protocolo”.

Daniel, el delegado, interrumpe a sus compañeros y llama a la asamblea: sobre la playa de estacionamiento se agrupan mecánicos con overoles, inspectores con corbatas y choferes con camisas celestes. Un colectivo se detiene y Daniel se acerca a invitarlo a la asamblea.

–Bueno compañeros, esta asamblea es para ajustar los protocolos, para ver en qué estamos fallando y en qué podemos mejorar...

La tarde cae sobre los trabajadores formados en filas. Otra vez, reunidos así y vistos de afuera, parecen guerreros de Terracota. Los medios dicen que son héroes, pero ellos dicen que no. Suena la alarma del portón, un colectivo traspasa la cebra y se dirige a la calle. En la calle encontrará una ciudad vacía, con paradas vacías y calles desiertas. El colectivo seguirá su rumbo hacia la zona norte; en el camino, quizás, levantará a una médica o a otro trabajador esencial. *

Lo que pasa cuando el otro no se lava las manos

* 29

Por Luciano Bottesi

Un clasificado llevó a una nutricionista de Caballito a LaFerrere por un proyecto que interrumpió la cuarentena. El aislamiento fue el disparador de una cadena solidaria que, por el valor de carga mensual de la SUBE, puso alimentos sin agrotóxicos en la mesa de varios comedores para personas trans y travestis, que una cooperativa de Barracas trae de distintos puntos del país. Crónica de un #QuedateEnCasa que se salió del slogan.

*Esta crónica fue **finalista** en el Concurso de Nuevas Narrativas.

Belén bajó los cuatro pisos por escalera y caminó unas cuadras hasta la parada de Rivadavia. Se subió al 55, después al 96 y viajó algo más que una hora para llegar desde Caballito al Conurbano profundo. El lejano Oeste de La Matanza, del otro lado de la General Paz, ese mojón que marca los límites del ombligo porteño. Las coordenadas llegaron por parte de una amiga que le pasó un clasificado de trabajo.

Seguro te va a interesar–, le dijo.

Y le interesó. Partió rumbo a un espacio en que personas trans y travestis se organizaban como comunidad. En ese viaje pensó en lo que sería el encuentro con aquellos que para el imaginario colectivo tienen su hábitat natural en los bosques de Palermo, esquinas promiscuas de la ciudad o el grotesco de la TV. En LaFerrere no hay nada que se parezca a Caballito y el ámbito de esa entrevista laboral, era un submundo que no se calibra con geolocalización.

–Descubrí que había un margen más allá del margen. A ellas van a parar las peores mierdas que somos como sociedad–, cuenta Belén, sin lineamientos académicos de la enseñanza que recibió para ser licenciada en Nutrición. Ahora tenía que pensar en la manera de encargarse de la alimentación para ese segmento corrido del margen. Para Travas de LaFerrere, como definición sin deconstrucción.

–Muchas tienen complicaciones por operaciones a las que se someten. Otras tantas padecen trastornos hormonales, hay enfermas con VIH y tienen

trastornos de conducta alimentaria como consecuencia de los abusos a lo que están expuestas: son excluidas del sistema y principalmente se prostituyen–, enumeró Belén en el viaje de vuelta a Caballito, pensando en cómo abordar esa problemática desde su base de conocimientos. * 30

Pero llegó el día que marcó el 2020. El decreto de Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) no permitió una nueva visita a Laferrere, ni a ningún otro lado. Pero fue en esos primeros días de aislamiento, cuando la pantalla del teléfono resumía la cuarentena detrás de un *hashtag*, que Belén entendió que esa posibilidad que ofrecía la calidez de su living, no era para todos.

Que el #QuedateEnCasa no funciona igual en todos lados. Ese privilegio no es para quienes trabajan de noche, son invisibles de día y raras avis en público. Mientras las maratones de Netflix se conjugaban muy bien con la pandemia, Belén le contaba a otra amiga la frustración de no poder volver a Laferrere para hacer algo en ese espacio tan al margen que había conocido. La conversación la situó en la existencia del hotel Gondolín, en Villa Crespo, donde vive una comunidad similar que comparte almuerzos y cenas.

Boluda –le dijo Belén a la amiga– en cuarentena no cargás SUBE, no comés afuera, no salís... Me esperanza que en este tiempo podamos mirar más allá de nosotros, ser más solidarios, colaborar... Cocinar es un privilegio y un derecho.

Fueron palabras mágicas. En esa síntesis visualizó un esquema que podía funcionar sin apelar al reflejo solidario del remanido “alimentos no perecederos”. Los ultraprocesados no son alimentos y la idea que la movilizaba no salía de las góndolas de los supermercados. El mundo de los nutricionistas puede ser una sucesión de historias con filtros de Instagram y segmentos de televisión auspiciados por la industria alimenticia, o todo lo contrario.

–La propuesta es mandar un alimento de lujo y visibilizar a los productores que trabajan la tierra de esa manera, sin agrotóxicos–, explica Belén, que pudo articular con la Red Argentina de Nutrición por el Derecho a la Alimentación (REANUDAR) y la cooperativa Iriarte Verde la posibilidad de que ese dinero que ya no va a parar a la SUBE, pueda pagar un bolsón de frutas y hortalizas, que llegue solidariamente, sin romper la cuarentena, sin salir de casa y sin que demande mayor esfuerzo que un par de opciones de *home banking*. Desde el living, claro, antes del siguiente capítulo de la serie favorita.

Y si no llegan los clásicos paquetes de fideos o polenta, las latas de algo y algunas bolsas de azúcar refinada ¿Qué llega a los comedores? En Iriarte Verde, de donde salen los bolsones solidarios, explican que se trata de hortalizas o frutas de estación:

–Desde que surgió esta propuesta, salieron bananas, naranjas, mandarinas, manzanas, peras, acelga, zanahorias, brócoli, repollo, batatas, zapallo, kale, rabanitos, mandioca, coliflor... alimentos sanos, saludables y soberanos–, enumeran en la cooperativa que trae a Buenos Aires eso –y mucho más– cosechado por productores de casi todo el país que no utilizan agrotóxicos y respetan los calendarios de siembra y diversidad de suelo.

Las bananas, por ejemplo, son de Misiones, los cítricos de Corrientes, las manzanas y peras de Neuquén. De ahí, entonces, aquello de “alimento de lujo” para aquellos que están –invisibles– detrás de los márgenes. Y aquí también, la visibilidad de aquellos productores que no envenenan la tierra ni los alimentos.

Iriarte Verde abre sus puertas los jueves y los sábados y los días que está cerrado, entre otras cosas, quienes integran la cooperativa preparan los pedidos que reparten a domicilio. Entre ellos los bolsones que la gente dona. Puertas adentro, cuelgan imágenes de productores retratados en alguna tarea y consignas como “Monsanto Mata”. Es más que una verdulería o un almacén. Es una declaración de guerra contrahegemónica: mientras en los medios de comunicación los dueños del glifosato tienen una porción importante de pauta y voceros dispuestos a sostener que solo “su uso indebido puede ser perjudicial para la salud”, ellos no hablan con eufemismos.

–El modelo productivo industrial es absolutamente destructivo del medio ambiente. Tiene que ver con el desmonte, la contaminación de los suelos, del agua y la destrucción de la salud humana. El modelo capitalista de producción está en decadencia y en el mundo se mira a la agroecología como el modelo del futuro... y del presente–, explica Lalo y ofrece un jengibre caramelizado que además de estar libre de agrotóxicos, tiene un sabor único que haría extinguir cualquier golosina industrial.

La camioneta ya pasó por el Gondolín y estaciona en doble fila frente a una pensión en Abasto, donde hay que dejar un bolsón o dos. Mario Luis canta desde un parlante que suena adentro. Majo pasa a una bolsa de mandados dos zapallos anco, acelga, un par de atados de zanahoria con sus hojas, hinojos,

brócoli, papas del aire, batatas, nabos y alguna variedad que no se distingue, porque no suelen estar en las verdulerías de siempre. En la cocina bailan cumbia santafesina y festejan la llegada. Los bolsos se apilan al lado de una mesada y las encargadas de la cocina resuelven el que cosas van a la heladera y cuáles directamente a la olla. Empiezan con sopa. Una saca el celular y graba.

* 32

–¿Qué vamos a comer?–, pregunta detrás del teléfono. La cocinera responde con la vista en la tabla, hasta que la levanta.

–Gracias, muchas gracias–, dice como si del otro lado estuviese, por primera vez, alguien. *

La calma de los jilgueros

* 33

Por Joaquín Rodríguez Freire

A las ocho y media de la mañana, Rita enciende el televisor. La pantalla devuelve la imagen de un cura que avanza por una nave vacía, se acomoda en el púlpito y se persigna con la cabeza gacha, haciendo la señal de la cruz frente a una multitud invisible. Su voz se amplifica por los parlantes y rebota contra las columnas de mármol de la iglesia.

*Esta crónica fue **finalista** en el Concurso de Nuevas Narrativas.

Rita apura el segundo mate. Te alabamos, señor, repite con el predicador. Van más de 100 días de cuarentena y las misas por la tele son una de sus pocas compañías. El resto del tiempo lo pasa pensando. No tiene miedo, pero piensa mucho; piensa y extraña. Extraña a su familia, a sus hijos y, sobre todo, a Luis y a Angélica, sus dos nietos. Ellos quedaron allá, en Avellaneda, justo del otro lado, en las márgenes fabriles que el Riachuelo parte como una herida abierta.

Se acuerda de la última vez que estuvieron juntos: fue en marzo. El 14. El 14 o el 15, para el cumpleaños de Betty. Mira el calendario en el teléfono y confirma: fue el 14 porque cayó sábado. A veces la invade la idea traviesa de escapar. Meterse en algún remis, o en la caja de una camioneta, incluso dentro de un baúl, y llegar hasta ahí, donde las miradas inocentes de Luis y Angélica la puedan cobijar. Pero queda en eso: arrebatos de locura. Pequeñas aventuras mentales que se inventa para sobrevivir al ostracismo cotidiano.

El cura lee el evangelio según San Mateo. Rita corta a la mitad un librito, el último de medio kilo que le trajeron el martes, y lo unta con abundante manteca. La luz del sol cae a plomo por la ventana, desnudando el polvo que deambula en el aire. Las macetas donde pega más fuerte abrigan plantas coloridas, algunas con flores violetas; las otras, en cambio, se marchitan confinadas en las sombras al ritmo de la oscuridad perpetua.

“Señor ten piedad de nosotros”. Un canto femenino irrumpe desde la tele. La cámara se abre y la enfoca: la mujer rasga la guitarra en un rincón de la iglesia. El cura baja la cabeza y contempla el suelo en silencio. La misa se diluye entre canciones, rezos y reflexiones de los valores que rigen al mundo. Rita sirve un mate que, ya lavado, empieza a tener gusto a agua hervida. Después, apoya el repasador en la mesa, apaga la tele y prende la radio.

Marcos le dejó sintonizadas dos estaciones: Aspen, en FM, y La Red, en AM. Hoy elige Aspen, y aunque no conoce la mayoría de las canciones, las disfruta porque le hacen compañía y la amargan menos que las noticias. Suena “At last”, de Etta James. Su voz es un torrente aterciopelado y potente que estremece a cualquiera. Esto era música, piensa Rita como una proclama conservadora sobre los tiempos mejores.

La rutina gana la mañana: a las diez, tejido; a las 11, barrido y trapeado; a las 12, segunda tanda de mates. Recién a la una menos cuarto el tronido del timbre quiebra la calma. Rita atraviesa el patio a paso lento, sorteando los helechos que cuelgan de la pared descascarada. El sodero espera parado en el cordón. Viste camisa verde, el camperón negro de la empresa y un barbijito rojo que le cubre la mitad de la cara. Se saludan desde lejos; Rita le hace un gesto con la mano para que aguarde. Un instante después, vuelve y cambia dos sifones vacíos por otros llenos, pasándolos por encima del cerco. El sodero se despidе y su camión se pierde en una ciudad desdibujada.

Mientras entra, la asalta un pensamiento. Es absurdo pero riesgoso: salir a la calle, ese espacio vedado para los de su edad. Rita vuelve atrás, apoya los sifones y abre la puerta de par en par. Una correntada de viento le golpea el cuerpo. Ya está: cruzó la frontera; su paralelo 38. El mundo es un lugar ajeno y frío. Afuera no pasa nada. No hay nadie. Ni autos, ni bicicletas, ni pibes jugando a la pelota. La fisonomía silenciosa y aburrida de Pompeya se asemeja a un pueblo del lejano oeste asediado por pistoleros. Desde lejos llega el rumor de la Perito Moreno, una caricia de motores y bocinas que se disuelve en el aire.

Hace unos días vinieron dos ambulancias y se llevaron a Dolores. Su casa luce en paz. Las persianas están cerradas y las hojas inundan la vereda. El auto de la hija desapareció. Desde esa tarde, Rita no supo más de su vecina: ni qué le pasó, ni a dónde fue, ni con quién. Ni siquiera sabe si vive. Sospecha que sí, que le avisarían si murió, pero no está segura. Ayer la llamó y no contestó nadie. No es raro porque Dolores vivía sola, aunque sus hijos siempre estaban yendo y viniendo.

La excursión tierra adentro le sirve para comprobar que no hay normalidad. Al volver, cierra la puerta con llave, pone el pasador y atraviesa el patio con los dos sifones. Uno de sus jilgueros silba una melodía, la misma que entona todos los días a las doce, cuando el sol entibia su jaula. Hasta hace poco, las tardes estaban llenas de sonidos. Ahora, ya no quedan chicharras, apenas se escuchan pájaros, y el afilador dejó de pasar en abril.

El almuerzo está listo a la una y media: pechuga de pollo dorada, con puré de calabaza y dos galletitas Mayco. De tomar, soda. Todo sin sal, debido a su hipertensión, uno de los problemas que la aquejan y que trata con las píldoras multiuso que guarda en un pastillero rectangular, de esos que tienen la inicial de los días arriba de cada cuadradito.

Durante la comida vuelve a mirar la tele, pero ya no hay misas sino programas de variedad, donde panelistas multiuso, como las pastillas de Rita, abordan un sinfín de temas que van desde la vacuna contra el coronavirus hasta los pormenores de la vida de Maradona, pasando por la vuelta de Tinelli, la economía en la pandemia y la importancia de hablar del suicidio. El conductor arenga a la movilera a meter el micrófono por la reja de un comercio; el vendedor cuenta que no llega a fin de mes. Una periodista de piel bronceada lee su teléfono simulando recibir información. Rita aprueba con la cabeza cada respuesta del entrevistado mientras pela una mandarina.

El invierno es la estación de la tristeza. Las nubes, su leitmotiv; augurios permanentes de lluvia y enfermedades. El invierno es, también, la composición más siniestra de Vivaldi. La era de los guisos, los platos humeantes y las infusiones calientes; el tiempo de la lana. Pero, además, es cuando aparecen las mejores mandarinas. Cientos de toneladas que llegan desde el Litoral vestidas de un naranja brillante. Placeres mundanos de momentos tristes.

Rita siempre compra las criollas: son la principal fruta en su arsenal.

Cuando el reloj marca las siete, el mundo parece detenerse. La noche se apodera de las ventanas abriéndose paso entre los vidrios empañados. Después de una hora y media de siesta, Rita enciende la estufa. Mayo fue duro: a los días de encierro se le sumó un clima oscilante, que repartió tardes calurosas y lunas heladas. Junio, en cambio, se define rápido y despliega su costado gélido. Las horas cortas y la oscuridad temprana marcan el pulso. El ambiente empieza a entibiarse y la pava silva desbocada en la hornalla más oriental de la cocina.

Un sahumerio se consume a los pies de San Expedito, llenando todo de aroma a incienso. La estampita es vieja y está bendecida por el padre Antonio, que ya murió. El cruce entre espiritualidad zen y cristianismo que Rita practica es totalmente inconsciente. Su altar consta de varias imágenes: la virgen de Lourdes, San Jorge matando al dragón, un Rosario con la foto de Juan Pablo II

traído especialmente de Roma y una botella de agua bendita. Hoy la oración está dirigida a Dolores y a quienes la cuidan, sean ángeles o enfermeros.

* 36

Son las once y la quietud gobierna la casa. Los jilgueros duermen sobre la mesa con sus plumas infladas como guerreros indígenas. Las primeras gotas de una lluvia tímida golpean el techo. Rita se relaja. Un cristo oxidado la custodia desde encima de la cama. La radio Noblex zumba bajito y una madera cruje por la humedad. En unas horas arranca la misa. *

Un blanco fácil de detectar

* 37

Por Ignacio Marchini

Bajó del taxi con el fastidio quebrándole el entrecejo. Se encontraba frente a la Escuela Técnica N°25, un pálido mazacote estatal de precisos ángulos rectos, antecedido por un patio gris de mosaicos simétricos que hacía las veces de estacionamiento. El eco de una puteada lanzada al aire lo alcanzó. Hubiera jurado que estaba dirigida al jefe de gobierno porteño. O quizás fue el tachero, exaltado por el portazo que pegó al bajar. Se encogió de hombros y caminó rápido, decidido: necesitaba saber si estaba contagiado.

El sol brillaba perpendicular a la tierra. Habían tardado casi diez días en decidirse a testearlo, por lo que era absurdo estar ahí, pero la rutina del encierro cansa y no tenía nada mejor que hacer. Primero lo rebotó la obra social, después el 107 y, en principio, hasta el propio Gobierno de la Ciudad. La respuesta era siempre la misma, inflexible: “no testeamos asintomáticos. Aislate”. A pesar de que su novia tenía el virus, tuvo que fraguar la declaración de una tía para que lo pusiera como contacto estrecho. Después de varias idas y vueltas, habían accedido a sacarle la duda sobre su diagnóstico.

–Con lo que pago de obra social –protestó, mientras tomaba su lugar en la fila, afuera del colegio. Una familia entera de unas veinte personas que vivían juntas había llegado en un micro lleno; un muchacho atezado y macizo que trabajaba en La Continental imploraba a quien saliera a su encuentro que le dieran un certificado de alta para poder volver a laburar; dos muchachas venezolanas del barrio de Constitución, cada una con su hijo pequeño, llegaron después que él, completando el cupo del día. Constató, de un vistazo, que era el único rubio del lugar.

Mientras esperaba, una mujer de corta estatura, que podría haber tenido un rango militar, tomaba los datos personales uno por uno, con una mueca de hastío que le reconfiguraba la parte apenas perceptible de su rostro, por encima del barbijo. Los rulos espesos que se desparramaban sobre sus hombros y la espalda ancha y cuadrada le daban un aspecto amenazante. Se paró en frente de él.

–Ese barbijo es una mierda, no sirve. Ponete este –comandó, mientras le

extendía un ridículo cubreboca que poco podía hacer para proteger su prominente nariz.

* 38

–Nombre, apellido y documento. La mujer de mirada acerada anotó sus respuestas, impaciente, y siguió con las dos muchachas que faltaban. Apenas terminó de interrogarlas pegó un grito estentóreo que puso al tropel en movimiento hacia el interior del centro de diagnóstico.

El mecanismo de testeo consistía en un circuito por etapas, subdivididas en tres conjuntos de sillas. A medida que un grupo avanzaba y dejaba sus lugares, otro los ocupaba, cada vez más próximo a la etapa siguiente. Sin desinfección mediante, el artilugio se asemejaba a una ruleta rusa donde la bala era un virus de posible procedencia oriental. El espacio ínfimo empeoraba las probabilidades.

A ese pasillo angosto, atiborrado de gente, le sucedió una sala más espaciada. Su comitiva estaba compuesta por las dos jóvenes venezolanas acompañadas de sus niños de cabellos trenzados y un muchacho del barrio de Once que, contra todo pronóstico, había convencido a la petisa castrense de que lo dejara pasar después de que cerraron las puertas.

Un muchacho lánguido se paseaba entre los grupos, hacía preguntas y anotaba todo en una planilla. A su turno, le tomó sus datos y lo interrogó tímidamente sobre sus condiciones habitacionales. Algunas preguntas se repetían, pero no le dio mayor importancia. Contestó todo y volvió a la pantalla de su celular, confiado en que el próximo paso sería el hisopado y el siguiente una ducha caliente en su casa.

Se equivocaba. La etapa siguiente fue una réplica de la anterior. Nadie tenía muy en claro qué sucedía y el personal del gobierno parecía en su propio mundo. Era como si los agentes sanitarios solo tuvieran el objetivo de hacer pasar al grupo a la siguiente etapa; qué había pasado antes y qué pasaría después no eran asunto suyo.

En el próximo estadio, un muchacho acelerado hizo pasar rápidamente a su grupo a una de las aulas. Él entró. El arcaico pizarrón verde colgaba mudo, atravesado por un garabato incomprensible de tiza blanca. La “nueva normalidad” le otorgaba la apariencia de una prueba arqueológica de la existencia humana. Contra la ventana, tres escritorios se erguían separados por un par de metros. En cada uno de ellos, una computadora y una

impresora eran operadas por una persona envuelta en un mameluco blanco y guantes azules, mientras que una médica interrogaba a cada grupo familiar. Se sentó, solo, en uno de los improvisados despachos. El operador esperaba en silencio. Las antiparras parecían tratar de comerse su cara.

* 39

La médica que estaba a su lado le habló. Si bien fueron varios minutos, terminaron siendo los más placenteros de la experiencia. La chica era simpática y cándida y le propinó el primer trato amable del día. Hasta le arrancó una sonrisa cuando adivinó, por su apellido, su vínculo familiar con un ignominioso ex ministro.

El largo interrogatorio repetía varias de las preguntas que ya había respondido. “Un gobierno de grandes estadistas”, pensó. Una vez que contestó todo, imprimieron el cuestionario y lo firmó. La salida daba a una mesita, donde una mujer le volvió a tomar los datos. Ya no temía que se tratase de un loop; ahora creía que se encontraba en una versión berreta del infierno de Dante, en la que este calvario burocrático constituía su castigo por alguna ofensa nimia que no lograba recordar. Cuando estaba por rendirse a su inexorable destino de responder cuestionarios por el resto de la eternidad, una persona le hizo un ademán para que lo siguiera.

–Vení que ahora te vamos a hisopar –proclamó, disipando los fantasmas.

Se sentó a esperar. Desde el otro lado del biombo brotaban los gritos de dolor. Al aburrimiento lo superó, por primera vez, el temor. ¿Sería tan doloroso como todo el mundo le había dicho? Pero eso no era lo peor. Un cartel ínfimo, impreso en una hoja A4, sentenciaba: “LOS RESULTADOS LLEGAN A PARTIR DE LAS 22Hs. SE LOS DERIVA A UN HOTEL DESPUÉS DE LAS 23Hs”.

Sobre esto cavilaba cuando llegó su turno. Traspasó nervioso la pantalla y se sentó. Hizo un chiste sobre sus fosas torcidas, y le ofreció la menos intrincada.

–Igual, se toman muestras a las dos –le contestó. Y luego del breve exordio, le hundió los hisopos hasta el alma. No fue tanto dolor lo que sintió como sí una profunda incomodidad, que logró aminorar moviendo frenéticamente su pie derecho. A la nariz le siguió la boca, pero lo peor ya había pasado y casi no se inmutó.

Volvió a la sala e inmediatamente un hombre lo cazó al vuelo. Apenas pasó por el pasillo que daba a la sala de espera, entendió el porqué: había una puerta

en el medio que conducía a la calle. Ese hombre que lo arrastraba era su cancerbero.

* 40

Pasar dos semanas en un hotel se volvió inminente. Desarmó la pinza que lo sujetaba y cruzó al muchacho, vestido como para soportar la radiación.

–A mí nadie me dijo que me tenía que ir a un hotel, no me pueden llevar así
–arguyó, riendo nerviosamente.

El hombre hizo poco esfuerzo por contradecirlo y llamó a una médica. A los minutos llegó caminando rápido, y desde lejos se percibía que no estaba pasando un buen día. Sin mucho preámbulo, lo acribilló a preguntas con un tono inquisidor. Barbotó sus respuestas, desconcertado por la imprevista prueba final. Mintió descaradamente. El baño en suite inexistente pareció zanjar la cuestión.

Sospecha que no le creyó ni un poco. Pero tampoco le impidió marcharse, haciendo gala de sus privilegios de clase. Antes de irse, le volvieron a tomar los datos pero no le importó: era libre. Ya era de noche cuando llegó a la esquina. Lanzó una puteada al aire dirigida al alcalde porteño y paró un taxi.

Al otro día lo llamaron para confirmarle el resultado: negativo. Antes de cortar, le pidieron corroborar algunos datos. Escuchó atentamente y se rio, antes de contestar:

–No, no es mi DNI. Lo anotaron mal. *

Teatro en Fase 1: los actores se mudan al Streaming para sobrevivir a la pandemia

* 41

Por Cristian Gabriel Kapun

Imaginemos por un momento si esta pandemia hubiera ocurrido hace 20 o 30 años atrás, sin los avances tecnológicos en comunicaciones que hoy tenemos. Los celulares no eran populares y las redes sociales no existían. Sería mucho más difícil entretenerse durante la cuarentena y saber que pasa en el mundo entero o en la otra cuadra de nuestra casa.

Desde el inicio del confinamiento obligatorio en Argentina por el Coronavirus el 20 de marzo, muchos locales y negocios cerraron sus puertas salvo los denominados “esenciales”, pero otros rubros se vieron seriamente afectados. La pandemia frenó también a la industria del entretenimiento a nivel mundial y el teatro fue la primera actividad que bajó el telón hasta nuevo aviso.

En Buenos Aires, la calle Corrientes, una de las más emblemáticas del centro porteño, perdió su brillo. Las luces de las marquesinas de los teatros se apagaron, un escenario triste y poco habitual en una zona donde se aglomeran gran cantidad de salas del circuito comercial, oficial y off. En un cartel gigante que ocupa toda la fachada del Multiteatro Comafi, se puede leer: “Bajemos el telón para cuidarnos. Habrá tiempo para volver al teatro”.

Mientras tanto, las estrategias para sobrevivir económicamente llevaron a muchos artistas y empresarios a reconvertirse para seguir adelante. El ingenio, la tecnología y las redes sociales ayudaron a muchos a encontrar un ingreso económico. Varias figuras del espectáculo comenzaron promocionar productos o servicios de empresas a través de sus perfiles en las redes sociales como si fuera un nuevo tipo de publicidad no tradicional.

Los actores fueron los más castigados y son los más desprotegidos en la cadena ya que no trabajan bajo una relación de dependencia y no reciben ningún subsidio del Estado, mientras que el personal de las salas como los boleteros o los acomodadores continuaron percibiendo su sueldo gracias al

ATP, el beneficio que implementó el Gobierno para completar una parte del salario del sector privado.

* 42

Algo que no es novedad para el teatro es el Streaming, la transmisión de un espectáculo o evento a través de la red. Si bien ya existía, muchos espectadores lo descubrieron como entretenimiento para ver desde la comodidad de casa. Apenas comenzó la cuarentena, los primeros que liberaron sus contenidos audiovisuales por la web fueron El Paseo La Plaza y Taller 4 con una rápida aceptación del público.

El teatro que actualmente se puede ver es a través de las plataformas online pagando previamente una localidad como Platea Net, Platea Live, Tickethoy o Alternativa Teatral que es a la gorra. El espectador recibe en su email un link único e intransferible para acceder al Streaming y ver una obra completa grabada con una cámara desde la platea o un unipersonal en vivo.

El reconocido empresario teatral Carlos Rottenberg, que anticipó desde marzo que el año en el rubro estaba perdido, opina que en una coyuntura sanitaria es muy valioso y solidario que los actores difundan su material pregrabado de forma gratuita o a la gorra. Pero por otra parte, “el Streaming va a contramano del teatro porque el concepto es otra cosa, desde los griegos hasta la actualidad sigue siendo un espectáculo en vivo en una sala con público”.

Un poco en broma, Rottenberg cuenta que el precursor fue el zar de la televisión, Alejandro Romy, que hacía Streaming con Alta Comedia en Canal 9 durante la década del '70. “Y si hablamos de teatro virtual, eso se llama cine”.

Las nuevas tecnologías plantean un acceso para el espectador desde cualquier dispositivo. Teatrix que es como el Netflix del teatro es la primera plataforma argentina On demand para los amantes de las artes escénicas. Creada hace 5 años, se puede acceder desde cualquier celular, computadora o Smart TV, a un catálogo con más de 100 títulos de diferentes géneros tanto nacionales como de Broadway y Brasil. Todas las interpretaciones fueron grabadas en las salas antes de la pandemia y subida a este sistema de suscripción mensual.

Por otro lado, el género de stand up y los monólogos se acoplaron rápidamente a la tecnología del Live Streaming. La cátedra del Macho de Coco Silly, CuarEnterna de Sergio Gonal, y Hugo Varela con Humor a domicilio entre otros fueron los primeros en convertirse en espectáculos online en vivo.

Los precios de las entradas varían y se pueden encontrar localidades desde \$ 300 según el espectáculo. “Es una nueva manera de trabajar pero no deja de ser un paleativo. El teatro convencional nunca se podrá hacer por Streaming porque necesitamos de la calidez del público” dice Sergio Gonal que igualmente agradece poder llegar al espectador de esta manera. Además, realiza vivos de Instagram donde se encuentra con sus seguidores para reírse un rato con ellos y pasar de la mejor manera la cuarentena.

Con mayor producción, puesta en escena y presupuesto, el humorista Martín Bossi también se animó a realizar un unipersonal donde propuso hacer un stop a la angustia y la claustrofobia e invitó al público a salir (sin romper la cuarentena) e interactuar con él desde casa. Luego de más de 130 días de encierro, el artista planteó un encuentro íntimo en En Bossi Clandestino con tres funciones virtuales dando como resultado una experiencia humorística y musical renovadora. El espectáculo se presentó en un ámbito distinto a los habituales transmitido a través de tres cámaras, con una cuidada producción de luces y sonido de última generación.

Sin embargo no todos los artistas pueden acceder una transmisión online. El actor Gerardo Baamonde afirma que el que logra realizar un espectáculo de esas características hay que cerrar un acuerdo con una plataforma para monetizar el trabajo, pero hay que descontar los gastos y comisiones y lo que queda es una ganancia mínima para el intérprete o el elenco. Además, Baamonde aclara que es muy costoso el formato porque se necesita de personal técnico que hoy es imposible costearlo salvo para algunas figuras del espectáculo con el respaldo de una productora teatral.

En la misma sintonía que Baamonde, el periodista y crítico especializado en espectáculos, Fernando Álvarez, cree que el Streaming va ser una solución momentánea pero con el nuevo formato se pierde efectividad y esencia porque no hay público ni una devolución del otro lado, ya sea una emoción o un aplauso. “Una semana antes del comienzo de la cuarentena cuando ya se empezaba a hablar del Covid-19, en los teatros rápidamente se implementó el distanciamiento social y además se cancelaron casi todas las reservas” cuenta Álvarez que sintió el miedo de los espectadores en las salas. Igualmente el crítico es optimista y explica que cuando se libere la cuarentena habrá una necesidad de la gente de salir.

Los empresarios teatrales están trabajando en un protocolo sanitario post cuarentena y en una campaña para antes de fin de año como “Vení al teatro”

para recuperar la confianza del espectador y no hipotecar la temporada 2021 que impactaría en los contratos y la cartelera en los centros de veraneo, especialmente en Mar del Plata y Villa Carlos Paz.

* 44

Por ahora el teatro tradicional seguirá en fase uno. Falta mucho para que comience el primer acto con el público mirando al escenario y no a una pantalla. ❁

La pandemia de la Desigualdad

* 45

Por Pedro Mendoza

Para los habitantes de la República Argentina en general, como para las y los residentes en la Villa 31 de Retiro en la Ciudad de Buenos Aires particularmente, jamás hubiéramos escuchado el nombre de Wuhan; ciudad cabecera de la provincia de Hubei, lejano lugar en China Central, si no fuera por una nueva y peligrosa enfermedad que tomó la denominación de Coronavirus/Covid-19, y que oficialmente comenzó a desencadenarse por aquellas tierras. Las noticias e informes acerca del nuevo virus que habría iniciado su ataque durante la segunda mitad de diciembre del 2019, iban ganando espacios en los más variados medios informativos.

A más de 19.000 kms. de distancia e imaginando que tal vez las aguas de los océanos asegurarían protección y aislamiento, mirábamos estremecidos la primer foto de una persona fallecida en esa ciudad a causa del virus, tendida en la calle y a la que nadie quería acercarse.

La imagen tomada por el fotógrafo Héctor Retamal de la Agencia France-Presse, que fuera publicada los últimos días de Enero 2020, nos remitía a escenas de una película, una ficción, aconteciendo a miles de kilómetros de distancia y que instintivamente forzaba a encender luces de alarma. El personal de salud que se acercaba a esta infortunada persona lo hacía con trajes especiales que los cubrían enteramente.

Los informes que se iban conociendo transmitían acabadamente el veloz avance de los contagios, y como estos aumentaban exponencialmente en toda Europa.

No pasó tiempo para que el virus cruzara el Océano Atlántico siendo transportado por pasajeros que viajaban en vuelos comerciales. El 15 de enero se declaró el primer caso en E.E.U.U., 26 de febrero en Brasil, el 28 del mismo mes en México y el 3 de marzo en la República Argentina.

El Poder Ejecutivo de la Nación en cabeza del presidente Alberto Fernández, hizo suspender los vuelos que provenían de los países infectados, a la vez que emitió un Decreto de Necesidad y Urgencia que dispuso la ampliación de la

emergencia pública en materia sanitaria. En el mismo se estableció el aislamiento por 14 días de los casos sospechosos.

* 46

Supimos del significado de zonas críticas y la ubicación; los grandes centros urbanos y entre estos el AMBA, Área Metropolitana de Buenos Aires, superficie que está integrada por Capital Federal y 41 municipios de la Provincia de Buenos Aires que la rodean.

En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires los ciudadanos y las ciudadanas que habitamos en ella, fuimos informados por las autoridades que se contaban con 200 camas en Unidades de Terapia Intensiva y que se buscaría aumentarlas a 400. Además, se abrirían centros de derivaciones y aislamientos para casos confirmados y sospechosos. No está demás decir que desde hace unos 70 años la ciudad tiene alrededor de 3 millones de habitantes.

Fuimos asimilando mediante la creciente información, las formas de propagación del virus, las velocidades de estas, que era indispensable el aislamiento.

Es entonces que el Poder Ejecutivo Nacional a través de un Decreto de Necesidad y Urgencia, indica el “Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio” desde el 20 de marzo.

La Ciudad cuenta con históricas barriadas populares que han ido creciendo en los arrugados pliegues de los bordes capitalinos. Muchas de estas o sectores de las mismas, sin los más básicos servicios de salubridad e infraestructura. Quienes habitan estos barrios conocen sobradamente de luchas para conseguir arrimarse a una forma digna para vivir, intentar desarrollarse, permitirse un sueño.

En las callejuelas y estrechos pasillos por donde se cruzan las gracias y las desgracias de sus habitantes, así, sin medias tintas, comenzó a transitar silenciosamente un nuevo y mortal enemigo. Ayudado por el hacinamiento, los reducidos espacios, las históricas e irresueltas situaciones que atiendan la carencia de servicios de saneamiento e higiene, llevadas adelante por inacción, negligencia o desinterés real de los funcionarios de gobierno, el coronavirus comenzó a enseñorearse en los barrios populares.

Es así que cuarentena mediante, el Covid-19 no tuvo impedimento en ingresar rápidamente a las villas capitalinas entre otras causas, por las condiciones descriptas. Desde principios del mes de mayo los contagios se fueron multiplicando con rapidez. * 47

El sábado 9 de mayo hubo 83 casos confirmados para pasar al domingo 10 con 165 positivos.

Transcurrieron tan solo 24 horas para duplicar la cifra elevándola en Capital Federal a un total de 1961 casos, de la que se desprendía que alrededor del 65% de ellos correspondían a estas barriadas.

Quien sintetizó la situación que se padecía tiene nombre; se llama Ramona Medina.

Vivía en la Villa de Retiro, más conocida como Villa 31, justo debajo de la autopista Illia, manzana 35, casa 79. Cuesta ponerlo en pasado, pues tanto para la Villa como para quienes conocemos lo que es vivir en la pobreza, ella y otros nombres que desgraciadamente se fueron agregando a una infausta lista, son presencias activas en las conciencias, que empujan, animan a pensar que una vida mejor, más digna, tiene que ser posible.

Completaban su familia otros cinco integrantes. Cuatro calificaban como personas con riesgo. Una hija diabética, otra en silla de ruedas que por las noches debe ser asistida con oxígeno, 100% dependiente, que padece Síndrome de West y Síndrome de Aicardi, no puede hablar, no come sola, no puede plantear síntomas, ni mantener la postura.

El suegro de Ramona es paciente coronario.

Con este panorama, desde el año 2016 la gestión porteña de gobierno que encabeza Horacio Rodríguez Larreta, los tienen registrados para una “solución habitacional” que, según los funcionarios habían anunciado, para el año 2018 debería haber sido resuelta pero que hasta la fecha de su injusta partida este compromiso no se había cumplido.

Esa situación la encontró al inicio de la cuarentena como vocera de la publicación La Garganta Poderosa, y dirigiendo el área de salud en la Casa de las Mujeres y Disidencias dentro del barrio.

Desde ese ámbito y en diferentes medios de comunicación expuso las carencias del barrio, reclamando sobre el protocolo de aislamiento, la inviabilidad por la tardía aplicación de parte de los funcionarios porteños y un dato no menos importante, la falta de acceso al agua potable.

Al ingreso del barrio el ejecutivo porteño hizo instalar un pasacalle que aconsejaba el cuidado en la higiene y el lavado de manos.

La falta de agua se hacía sentir en diferentes sectores de la 31: Güemes, San Martín Ferroviario, Cristo Obrero y Comunicaciones.

Ramona pasó casi dos semanas solicitando al Gobierno de la Ciudad por este servicio esencial.

El 5 de mayo fue subido un video que la tuvo como protagonista, se hizo viral y entonces sí algún funcionario levantó la vista de su escritorio y un camión cisterna llegó a la barriada. En el apuro no se tuvo en cuenta que la cifra de habitantes ronda las 40 mil personas.

La tarea de buscar el agua (cuando no de retirar o recibir alimentos de quienes brindan asistencia) ha hecho que vecinas y vecinos dejen el aislamiento y obligados por las circunstancias, también la pretendida protección que el distanciamiento social brindaría.

El video en cuestión puntualizaba la inacción del jefe de gobierno y del vicejefe Diego Santilli, quienes a través de la Secretaria de Integración Social y Urbana del Gobierno de la Ciudad, “de quien compete toda la infraestructura de la red de agua del barrio”, decía Ramona, deberían haber llevado adelante la realización de las gestiones que autorizaran a AySA, cuya jurisdicción llega hasta el límite barrial, para la conexión de la red a la columna troncal de este último organismo, que desde hace tiempo aguardaba la concreción de los trámites por parte de la gestión de Cambiemos.

Ramona Medina, diabética/insulino dependiente, fue internada el 14 de mayo e inmediatamente intubada y conectada a un respirador.

Luego de estar tres días internada en el Hospital Muñiz de esta capital y con diagnóstico positivo de Covid-19, falleció. Se fue entregando todo y lo más valioso.

Por iniciativa del gobierno nacional, quien comenzó por esas fechas a tener presencia de carácter asistencial en salud y contención en el barrio, como en otros asentamientos porteños, las autoridades capitalinas se vieron empujadas a prestar atención al incipiente desborde en los contagios y establecer presencia.

* 49

Las vecinas y vecinos reforzaban los reclamos pues afirmaban que la desinfección llegaba a solo 5 metros de la entrada al barrio, que los funcionarios del operativo se tomaban fotos y luego se retiraban.

Lastimosamente y según los datos recabados en el reporte vespertino del día 15 de mayo a través de las publicaciones diarias que realiza el Ministerio de Salud de la Nación, que en la anterior gestión de gobierno había sido rebajado a Secretaría, los contagios en Capital Federal se elevaban a 2833 cuando seis días antes estos eran de 1796 casos.

En la Villa 31 estos ya se duplicaban cada seis (6) días y en el resto de la ciudad, este número se estiraba a unos 10 días promedio para la transmisión del virus.

Nunca se ha visto tanto nivel de inacción de parte de las autoridades porteñas, quienes por acción, omisión o lo que sería perverso, por decisión política, han llevado a la práctica en estas barriadas excluidas de todo, el anhelado ejercicio de lo que se conoce como “inmunidad de rebaño”.

En la “ciudad de la furia” y de los “pobres corazones”, a los necesitados todo les llega más tarde. ❀

Rémoras de pospandemia

* 50

Por Daniel Luis Goñi

Ya mi amiga María, la del Barrio Sur, ojos negros, mirada vivaz y pechos generosos pendulando bajo la blusa, me había conminado varias veces por el chat a que me dejase de joder con jugarla de bohemio. Cada reproche suyo venía a mí, nunca supe por qué, acompañado de una panorámica mental de Directorio abajo, cuando hace panza y luego se torna amable, primero verde y blanda corteza en el Parque Avellaneda y luego no tanto, aroma de cebo, feria y taller hasta diluirse discreta hacia los confines de la urbe. Ella insistía: vos siempre flasheando con esas imágenes de aquel cuento de J. G. Ballard: que las plumas blancas de los cuerpos lavados por el agua del mar, que las aves muertas flotando en la caleta; que la imagen de la mujer canosa al caer la tarde con esa carga blanca sobre los brazos extendidos, como acunando copos de nieve; que el matiz crepuscular de la escena... esas giladas para la ocasión recitadas con la mirada perdida. Que por qué no trataba, insistía María, de ir en los textos, cuando me animase a escribir, por la búsqueda de la propia subjetividad y que la terminara ya con camuflar esa incapacidad para una escritura hasta el hueso, con citas pretendidamente cultas, voladas e intrigantes. Yo, que acusaba recibo de su arenga con dolor, perturbación y fingida suficiencia, y lo único que quería era, previa habilitación de la app de hisopado virtual por el móvil, acostarme con ella, no lograba hacer pie como para, montado en esa demanda, juntar astucia y diseñar una zancadilla a modo de papel cazamoscas, algo así como un abrojo que nos ligase y terminar por fin compartiendo las sábanas. Así de brutal era la ficcionalización que la propia realidad había operado sobre las cosas. En nuestra cita frente al Parque Lezama, en un momento de tironeos creí advertir cómo se mordía el labio inferior y mascullaba no sé qué cosas acerca de los textos de autoayuda con un evidente dejo corrosivo en la expresión. Otra vuelta. Entonces decidí cambiar de estrategia, fui por una celada más cercana y contemporánea y, luego de algunos rodeos, puse tecla play en asuntos ligados a un supuesto borrador que tenía en el horno de mi creatividad y hacía mención de que no podía darle resolución dada la complejidad de la trama. Ahí comencé a bregar, en mi locuaz empecinamiento, por una deriva de imágenes de relojes con barbijo, a lo Dalí, aludiendo a la todavía proximidad de aquella pandemia que nos había arrasado allá por 2020. Estos aparatejos desopilantes, que sólo cabían en la deforme impaciencia de la mente de un desquiciado, tenían cruzadas franjas

que ocultaban agujas y minuterio, a modo de tapabocas, no colgaban como gelatina y, decía yo mientras me acariciaba la barba y acomodaba mis lentes de marco fino, eran la representación misma de cómo había sido cancelada por aquellos años de aislamiento la percepción del tiempo, producto de la cuarentena a causa del covid y esas cosas... Ella se mostró primero perpleja y, ensayando un mohín de fastidio que no llegó a epilogar, se apartó rauda dentro de su cubículo de blindex flotante y continuó revolviendo el pocillo de café. Afuera del bar, la ventana mostraba un enjambre de moscardones espejados que flotaba sobre el parque y las gradas del anfiteatro, a modo de un destartelado Ital Park, precoz y corrido de eje. De golpe sentí un estrujamiento en el pecho, un estallido sordo, un quebranto que se instaló en mi campo visual como un vidrio astillado. Ahí nomás pedí un cognac, que el mozo acercó desde la barra accionando la entrega por un tubo-manga en declive impulsado a resorte, como en los viejos juegos de pinball, que posó la copa en la mesa sobre una carpeta con un fileteado que aludía a un mundo en retirada, a un arrabal rengo de corazones menguados. Desde los parlantes llegaban acordes del piano de Norah Jones en una balada intimista y cercana. Era una derrota más, decía, y no llegaba a entender si mi enojo y el de María tenían raíz en un malentendido o debería yo tomar nota de sus palabras y recomendaciones. Una incomodidad compartida y recíproca se había afincado por una intervención ajena, en mi caso, en recintos ligados a un narcicismo al que me costaba renunciar; y una sensación de menoscabo bastante invasiva percibida por mi amiga, cuya paciencia se agotaba esperando quizás algo de originalidad en el abordaje de mi parte, distancia de por medio, aquella tarde de evocaciones y resolanas de la memoria. Comprendí entonces que el desacuerdo y el entredicho, en definitiva barbijos de otro orden que funcionaban como mordazas, pesaban más que las medidas preventivas por posibles secuelas de quienes habíamos sido asintomáticos alguna vez. El anoecer nos sorprendió en la disyuntiva de si las distancias y reticencias entre las personas habían sido susceptibles de modificaciones o habían experimentado cambios en estos tiempos de pospandemia, o sólo estábamos levantando una interminable y fértil cosecha de malentendidos, decoloradas instantáneas de un futuro lavado y de emociones en fuga. Algo como la pasión misma en agonía, con la yugular atravesada por el colmillo de la mortificación, asistida por un respirador al que intentábamos manejar. El silencio que devino se cortó abrupto. “Nada más deserotizante que un adjetivador serial... Aprendé a subjetivarte, nene...”, dijo María al terminar su café, como percutiendo las palabras, antes de accionar los comandos de su van de acrílico, que en dos movimientos trazó una curva en el aire, salió del recinto, ganó la calle y después de un carreteo veloz ascendió en dirección a la autopista. *

Misión ¿imposible?: extrañar el colegio

* 52

Por María Victoria Nasisi

Santi abre los ojos, después de escuchar el despertador, la voz amorosa de su mamá, el sonido de la pava que calienta agua en la cocina y la voz –otra vez– de su mamá que ya no se escucha tan amorosa como al principio.

Vuelve a cerrarlos, con fuerza, y pide un deseo: “Ojalá esto sea una pesadilla”. Nunca había pensado que llegaría a un momento de su vida en que extrañaría ir al colegio.

Desde mediados de marzo, cuando escuchó el mensaje del Presidente, él y miles de chicos como él, en la ciudad de Buenos Aires, se levantan para enfrentar otra mañana de clases virtuales, esa nueva escuela que los ¿contiene? y los ¿educa? a través de internet.

Ya en este mes de julio, todo es rutina. Su madre lo espera con la estufa prendida, un café con leche con tostadas y el Zoom listo para utilizar. Él se lava los dientes, elige un buzo que se vea canchero –por si los profesores lo obligan a prender la cámara– e intenta bajar la maraña que tiene en la cabeza, después de varios meses sin peluquería.

Sabe que es uno de los afortunados que cuenta con todo lo necesario para seguir con las clases. Su papá le contó que en Argentina casi la mitad de los chicos no tiene una computadora y o no cuenta con wifi en su casa. Le angustia pensar que muchos viven hacinados y tienen que compartir una cama o un colchón para dormir. Piensa que esos adolescentes viven sin calefacción, sin agua caliente, sin un espacio adecuado para realizar las actividades escolares y sin alimento suficiente.

Del otro lado de la pantalla, los docentes se esfuerzan. Algunos logran captar la atención de Santiago y sus compañeros, a fuerza de creatividad y pasión: leen en voz alta, hacen uso de aplicaciones de juegos, comentan películas o videos y logran sacarlos de la apatía. Otros se limitan a explicar el tema del día, con una voz gris, casi metálica, como si fueran un engranaje más de la máquina.

Los chicos han ganado la batalla de la cámara obligatoria: absolutamente todas –excepto la del profesor– están apagadas. Algunos alegan que no tienen, otros que se les rompió. Los más sinceros se ríen y explican que les da vergüenza que el resto del grupo los vea, con caras de dormidos y mal peinados. Los profesores, después de meses de reclamos, se han dado por vencidos. La pelea que nadie ha podido ganar –ni de cerca– es la de los problemas de conexión y de los cortes de energía eléctrica. Todos los días, alguno de los chicos o de los docentes avisa por medio del grupo de WhatsApp que se quedó sin internet o que en su casa cortaron la luz. Santi –que jamás enciende la cámara– se angustia mucho en las ocasiones que le toca a él. Se pelea con su madre, le pide que reinicie el router, se cansa de escuchar el disco grabado de las empresas proveedoras que repiten hasta el hartazgo que “su reclamo ha sido registrado y pronto será resuelto”. Su papá le contó que un funcionario aseguró en la radio –la que él siempre escucha mientras se baña– que “no hay ninguna posibilidad de colapso en internet en nuestro país”. No obstante, en lo cotidiano, los cortes se suceden y generan inconvenientes a la hora de las clases y del trabajo desde casa. Lo mismo sucede con las empresas proveedoras de energía eléctrica: los cortes son como las brujas: ya sabemos que no existen, pero que los hay, los hay.

La mañana del lunes, que comenzó con las terribles ecuaciones y siguió con un paseo por los distintos relieves del país, cierra con el profesor de lengua que –más canchero– hace un vivo de Instagram en el que intenta explicarles la diferencia de los distintos pretéritos. Durante la transmisión, los chicos se entusiasman y buscan los emoticones más graciosos para mandarlos en los comentarios.

Mientras las clases suceden, la madre del adolescente se convierte en un pulpo: con un brazo pone ropa a lavar, con otro pasa la aspiradora, con el más hábil cocina unas milanesas con papas fritas y con otro conecta y desconecta el router. Además, atiende llamadas urgentes de su jefe y le explica que va a cumplir con todo el trabajo que le pide pero que lo hará después de las tres de la tarde, cuando su hijo libere la única computadora de la casa. Se aguanta las ganas de llorar, el miedo a la enfermedad, el cansancio infinito y el temor a olvidarse de cómo es eso de pintarse los labios o usar tacos altos.

El almuerzo es rápido. A las dos tienen clase de educación física. En los inicios de la cuarentena, el profesor se limitaba a mandar archivos en los que se explicaba cómo jugar al básquet y cuestionarios larguísimos. Santi se acuerda de aquel momento y se ríe: “Aprobé los tres trabajos, ¿te acordás, ma? Y lo

único que hice fue copiar y pegar”. Parece que los profesores se han dado cuenta de lo inútil de aquella modalidad: desde mayo, cada quince días hacen una clase en la que los chicos saltan, se estiran, mueven un poco los músculos cansados de nada. Algunos las disfrutan, otros intentan hacer el menor esfuerzo posible, que ya está bastante reducido por los muebles del comedor que no dejan mucho espacio y por la necesidad de enfocar la cámara para poder ver al profesor. La de hoy es una clase más conflictiva de lo habitual: uno de los chicos vomita en la mitad de una serie de abdominales. Su padre, furioso, no duda en acercarse a la cámara e insultar al profesor, por exigirle tanto esfuerzo en un horario tan cercano al del almuerzo. El docente balbuceó sus disculpas y una explicación débil sobre que él no determina los horarios. Así, la clase termina antes de lo previsto. Santi se apura a llamar a su amigo –el que vomitó– que, de tan avergonzado, no quiere atender el teléfono.

Se ducha, se cambia la ropa transpirada por ropa limpia e implora: “No quiero conectarme al Blended, ya tuve demasiado por hoy”. Blended es la aplicación que el colegio utiliza para enviar tareas y para informar horarios de las clases. Santiago consigue lo que quiere: su madre considera que puede hacer las tareas en los días siguientes, en los que tendrá menor cantidad de clases.

“De todas formas, esto no me sirve para nada”, razona el adolescente. “Escucho las clases y cuando apago la computadora, ya me olvidé de todo. Cumpló con los trabajos prácticos y ni bien los envió, ya no sé ni contestar una pregunta sobre lo que hice.”

Académicamente, es un año perdido. Los chicos –que no son tontos- lo saben bien: si cumplen con lo que les exigen, van a aprobar todas las materias y van a pasar de año. No extrañan estudiar ni prepararse para los exámenes. Santiago lo explica con claridad: “Lo que necesito es a mis amigos, los partidos de fútbol, los recreos, juntarnos en el fondo del aula a cuchichear mientras los demás terminan, compartir el almuerzo...”

Absolutamente nadie sabe decirles cuándo van a poder volver a esa, su normalidad. Mientras tanto, cada mañana, miles de computadoras se encienden para simular un poco. *

La infancia en la pandemia: entre el hambre, la violencia y las pesadillas

* 55

Por Gabriel Tuñez

Al comedor del barrio La Fe, en Monte Chingolo, en el sur del conurbano bonaerense, llegan caminando familias enteras que viven a unas 20 o 30 cuadras de ahí. “Son de otros barrios”, cuenta María González, una de las cocineras. Mientras habla, una niña, de unos dos años, entra al comedor, le pide un pan y sale. A los pocos minutos regresa a buscar otro pan, y otro más. “No es para comerlo ella. Lo lleva a su casa para sus hermanos”, dice María. Las primeras casas del barrio La Fe fueron construidas en 2002 en un terreno después de una ocupación que, entre otros, lideró Darío Santillán, el militante del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) Aníbal Verón asesinado junto a Maximiliano Kosteki por la policía en la llamada Masacre de Avellaneda, en junio del mismo año.

A 20 kilómetros de ahí, en el barrio porteño de Villa Lugano, Angélica Urquiza prepara el menú para alimentar a las más de 300 personas que a diario concurren a “La Casita de Kiki”, el comedor comunitario abrió en 2017 en la Villa 20 en homenaje a su hijo Jonathan “Kiki” Lezcano, que tenía 18 años cuando fue asesinado a balazos por un policía. Angélica decidió construir “La Casita” después de que una niña, de unos 11 años, le dijo: “Anoche no pude dormir porque me dolía la panza”. El primer día preparó un guiso y dio 90 raciones. Empezó abriendo dos días por semana a la noche para que a nadie le doliera la panza al dormir. Ahora más de 300 personas van de lunes a viernes. “Y tengo más de 100 personas en una lista de espera”, aclara.

Las niñas y los niños eran quienes más concurrían a los comedores comunitarios de Buenos Aires y el Conurbano antes de la pandemia del COVID-19, un panorama que se agravó a partir de marzo porque, como consecuencia del Aislamiento Preventivo, Social y Obligatorio (ASPO) que decretó el gobierno nacional, cerraron las escuelas en las que, además de estudiar, se alimentaban.

“Si bien la niñez no es el grupo de población más afectado en términos de salud, las niñas y niños son las víctimas ocultas de la pandemia. El COVID-19 no solo puede enfermarlos: también tiene efectos como el aislamiento social, el cierre de escuelas y la convivencia en entornos que no siempre son seguros”, alertó el informe “La pobreza y la desigualdad de niñas, niños y adolescentes en la Argentina”, elaborado por la oficina de UNICEF en el país.

* 56

Previo a declararse la pandemia, el 53% de las niñas, niños y adolescentes se encontraba en situación de pobreza por ingresos. Partiendo de ese nivel es que UNICEF estimó que el número podría situarse a fines de 2020 en un 58,6%, mientras que el de la indigencia sería del 16,3%, un 2,1% más que en el segundo semestre de 2019. En términos de volúmenes de población, indicó la organización internacional, esto implicaría que entre 2019 y 2020 la cantidad de niñas, niños y adolescentes pobres pasaría de 7 a 7,7 millones. En el caso de la pobreza extrema, significa un aumento de más de 400.000 niñas, niños y adolescentes. “Estos podrían denominarse pobres COVID-19, dado que surgirían como consecuencia de la recesión pronosticada” en la economía, aseguró UNICEF. El mismo documento resaltó que la ubicación de la vivienda es una de las características que más influye en la desigualdad. Si la vivienda está ubicada en un barrio popular, la incidencia de la pobreza en 2020 alcanzará a 9 de cada 10 niños.

María Virginia Nessi y Paula Shabel, investigadoras del CONICET, señalaron en un informe que casi cuatro de cada diez niños habitan en ambientes precarios y tres de cada diez no tienen un servicio sanitario en buenas condiciones. “La enorme masa poblacional no accede a una vivienda digna, específicamente en los grandes centros urbanos, y el efecto que esto tiene se evidencia en la vida de millones de niños y niñas”, indicaron. Nessi y Shabel sostuvieron que esta situación antecede a la pandemia: según un documento de la Asociación Civil por la Igualdad y la Justicia (ACIJ) de 2019 el presupuesto para los programas de Vivienda del Ministerio del Interior, Obras Públicas y Vivienda se redujo en términos reales un 47% entre 2018 y 2019. La muestra “Derecho a un hábitat digno en la infancia”, llevada a cabo en los 18 conglomerados urbanos más grandes del país (donde habita casi el 90% de niños, niñas y adolescentes según el censo de 2010) por la Universidad Católica Argentina (UCA), destacó que más del 50% vive expuesto a la contaminación y ese porcentaje aumenta a medida que baja el nivel de ingresos de los hogares, impactando de lleno en su salud. Todo en un contexto en el cual la mitad de los niños no tienen acceso a una obra social o servicio de medicina privada y la salud pública se encuentra atravesada por una

pandemia que, al 31 de julio, había provocado más de 191.300 contagios y 3.500 muertes, de acuerdo a las cifras del Ministerio de Salud nacional. En un escenario de confinamiento derivado del ASPO, la organización Infancia en Deuda expresó su preocupación frente a la vulneración de los derechos de niñas, niños y adolescentes, “especialmente de quienes se encuentran en situación de pobreza, exclusión y desprotección” ante un aumento de casos de violencia intrafamiliar, de género e institucional. “La violencia contra niñas y niños es detectada cuando van a la escuela o en una revisión médica. Pero con el COVID 19 no tienen actividades escolares y mucho menos concurren a un médico. Hoy es muy difícil advertir situaciones de violencia y disminuyeron las denuncias, pero no porque el problema desapareció sino porque no hay modo de detectar esa violencia”, explica Yael Bendel, asesora general del Ministerio Público Tutelar porteño.

El efecto del ASPO “va a dejar una marca en los chicos”, evalúa Marisa Graham, la Defensora de los Niños, Niñas y Adolescentes, quien destaca que “lo que más extrañan es ir a la escuela y ver sus compañeros, sus abuelos, sus pares. En fin, su vida social”. Esta situación de confinamiento derivó también en que niñas y niños tuvieran regresiones en su proceso de maduración y crecimiento.

“Los que habían comenzado a controlar esfínteres, volvieron a los pañales. Otros gritan y lloran más que antes, tienen reacciones agresivas, pesadillas, miedo al exterior, se hacen pis en la cama o volvieron a dormir con sus padres”, detalla Marcela Pérez Reyes, psicóloga y cofundadora del Centro M Argentina, un espacio para la atención de niños, adolescentes y adultos. Estas regresiones recién comenzarán a revertirse en la medida que se abran los controles, especialmente cuando se retome la actividad escolar, anuncia.

“No pasa un día”, dice Graciela Aguirre, directora de la Escuela Secundaria Número 72 de Villa Lamadrid, en Lomas de Zamora, “sin que me manden un mensaje de WhatsApp preguntándome cuándo vuelven las clases, pero también si vamos a repartir comida, porque nuestra escuela es una de las tres en la zona en la funcionaba un comedor”. El barrio, situado en la localidad de Ingeniero Budge, es uno de los más golpeados por la crisis y la pandemia. El corazón económico del lugar, y de otros barrios vecinos, es la feria de La Salada, que dejó de funcionar en marzo.

La pandemia, opina Alejandra Sánchez Cabezas, coordinadora nacional de Salud del Ministerio de Desarrollo Social nacional, afecta principalmente a

los sectores más pobres de la sociedad y, dentro de ellos, a las niñas y niños. Los sumió “en un estado de desastre: un tsunami frente al cual los más desprotegidos quedan sumergidos en un estado de supervivencia”. Para la experta, la violencia contra las niñas y los niños “no va a terminar” tras la pandemia. Por el contrario, el deterioro social y económico que dejará en el país provocará un incremento de esta situación. “Son –afirma– quienes padecen la violencia económica y la exclusión laboral en una sociedad que se está endureciendo, es más individualista, desigual y xenófoba”. *

* 58

De no esenciales a reinventados: historias de autogestión y cuarentena

* 59

Por María Fernanda Santágata

“**E**conómicamente estoy devastado. Vendí mi camioneta para pagar los impuestos”. Así comienza Leo Yazurlo, dueño de Auditorio del Oeste, una charla que sorprenderá. La industria del entretenimiento es la banda del Titanic de Argentina. Sacudidos por una sucesión de crisis cíclicas, los espacios dedicados a shows en vivo, se las saben todas en cuestión de supervivencia. Todas, menos cerrar las puertas. Desde el 20 de marzo el predio ubicado en Rivadavia 17230, Haedo, canceló su cartelera. Allí, en la vieja normalidad, se presentaban músicos y músicas representantes desde rock hasta trap, espectáculos de stand up, obras de teatro infantiles y eventos culturales en general. Esta vez, el show continuó, pero diferente. Yazurlo es vegano y en los últimos años desarrolló una fuerte conciencia sobre alimentación y cuidado del medio ambiente. Ante el cierre, el proceso natural fue usar la oportunidad para algo nuevo. Así cuenta Yazurlo como vive este momento: “La pandemia me agarró vibrando hacia arriba, no me volteó anímicamente y estoy más optimista que nunca. Creo que debemos darnos cuenta que hoy es tiempo de reflexionar sobre lo mal que hacemos las cosas. Ahora vamos a ver huertas, ellos le ponen amor a la tierra y hacen productos con energía y sin proceso de industrialización. Nuestro propósito es contribuir a mejorar la calidad de vida”. Leo y un grupo de productores agroecológicos independientes inauguraron en el Auditorio el nuevo “Mercado Buen Corazón”. Se trata de una propuesta de comercialización sin intermediarios de frutas, verduras, comida artesanal, artículos de cosmética y mucho más. Por ahora, sucede los sábados de 10 y las 17 pero el plan es expandirse, desarrollar un sitio web y que artistas comiencen a formar parte del mercado.

El aislamiento preventivo social y obligatorio argentino (APSO) llegó a Wikipedia. El título de la entrada es “Cuarentena en Argentina 2020” y relata de forma cronológica como el país se hizo noticia por tener un confinamiento, por lo menos, extenso. Así también lo cuenta el sitio BBC News el 5 de junio bajo el título “Controversias de la estricta cuarentena en el país sudamericano,

que ya es más larga que la de Wuhan”. La nota del medio británico apunta que, según la Fundación Observatorio Pyme, más de 61.000 firmas no pueden pagar sueldos, aun las que recibieron subsidios. Además, el 80% tomó deuda o puso capital propio para evitar despidos. Así las cosas, quienes tienen personal a cargo, hicieron malabares durante el APSO. Más aun los pequeños comercios, más aún si están ubicados en barrios de bajo tránsito de CABA como Versalles. Mara Alejandra Simoes le puso su nombre a su sueño, el centro de estética que inauguró en 2019. Además de manicura, cortadora, colorista, peinadora y depiladora matriculada, Simoes se convirtió en maestra mayor de obra de su propio local. Cuando abrió la clientela la siguió y dio trabajo a un grupo de colaboradoras. Desde que todo comenzó el negocio estuvo cerrado, pero Mara y equipo sobrevivieron. “Mi actividad fue considerada no esencial por el contacto directo con los clientes. Mi actitud cambió durante la cuarentena. Ya desde el inicio, antes del decreto, tomé medidas de higiene para el ingreso al salón y comencé a dar turnos más espaciados. Al principio acordé con la medida, luego me pareció exagerada”. Cuando llegó el APSO la esteticista se encerró con su familia a cumplir el protocolo al pie de la letra y a estudiar historias de pandemias. Sin perder los cuidados, un día volvió la proactividad. La comerciante en persona inició las tareas de albañilería para asegurar separación entre clientes y trabajadoras al momento del regreso. Cuenta Mara “La gente que se atiende conmigo es muy exigente, personas que se quieren ver muy bien y no usan productos de perfumería. Se me ocurrió utilizar sus fichas para dar un servicio de coloración en cuarentena. Les ofrecí armarles yo misma en su propio envase la mezcla de cada una que tengo en mi archivo. Venían, me daban el recipiente y les entregaba la preparación lista para aplicar. Después hice un tutorial, me auto teñí, me grabé con el celular frente al espejo y lo subí a Instagram y Facebook”. El video generó ovación virtual y, desde luego, las clientas fidelizadas. Mara Alejandra Simoes Centro de Estética Unisex, el 29 de Julio, tal como lo aprobaron las normativas del gobierno de la ciudad, abrió otra vez sus puertas al público.

El decreto 297/2020 listó 24 rubros que continuarían activos durante el APSO pero ninguno fue una profesión vinculada a la salud mental. Sabrina Agüera es licenciada en psicología y trabaja en un servicio público orientado a niñez, adolescencia y familia con situaciones de vulnerabilidad. Su especialización es violencia de género, familiar y asiste a víctimas de maltrato, negligencia y abuso infantil. Agüera, además, atiende en consultorios particulares de Hurlingham y CABA. Una hora antes del inicio de la cuarentena, Sabrina terminó de atender a su último paciente presencial del 2020. Hoy, recuerda

que el aislamiento la tomó desprevenida y debió organizarse. Lo que parecía un caos, se convirtió en una nueva forma de ejercer y conectar. Para la psicóloga, así fue la transición: “En un primer momento, no tenía un plan de trabajo delineado y creí que serían solo 15 días. La cuarentena comenzó a prolongarse y fue necesaria la reorganización. El teléfono y la computadora ya son herramientas esenciales. El intercambio con colegas y las reuniones de equipo por videollamada, también fundamentales. Surgió la necesidad de volver a atender de manera virtual y, la verdad, una vez que le enganché la mano me gustó”. En este caso, tanto pacientes como profesional cuentan con las herramientas para continuar tratamientos, pero no siempre es así. De hecho, en el servicio al cual pertenece se trabaja con pocos recursos y las colaboradoras ponen todo de sí para que el sistema no colapse. Mientras tanto, en Argentina, según el relevamiento realizado por el observatorio Mumalá, hubo 160 femicidios y 157 intentos entre el 1 de enero y el 31 de julio. La cuenta da una víctima cada 31 horas. En los primeros 100 días de APSO hubo 33 mujeres asesinadas, la mayoría en su hogar. También 193 niñas y adolescentes quedaron sin madre.

* 61

Vivir de la música en Argentina es una utopía y Diego Martín Yeims es un exceptuado, en dos sentidos. Por un lado, hace 12 años, aprendió a hacer del arte su sustento. Por otro, quedó afuera de los trabajadores esenciales en el DNU. Hasta marzo, Diego trabajó en fiestas para adultos en salones y casas de familia. Canciones, baile, set de DJ, juegos en vivo y más con sus propios equipos e instrumentos. Un día, la fiesta terminó. El músico dice que ya se olvidó en que andaba antes del confinamiento y que elige contar sus nuevos proyectos llamados “Feliz Zoomple” y “Regalos musicales”. En el primero, ofrece animaciones a través de la plataforma zoom, con el segundo, produce un video con una canción dedicada para cumpleaños. Las dos propuestas tuvieron muy buena recepción y ya hay lista de espera. A la antigua clientela que se adapta a la tecnología se sumaron las nuevas generaciones. Martín Yeims cuenta sus planes futuros y dice que “Cuando la cosa se vaya liberando voy por las pequeñas fiestas en casas de familia. Están buenísimas, pero mucha gente no sabe que se puede hacer un fiestón con 10 personas en un living, con show de música en vivo, canto grupal, baile y DJ”. Diego cuenta que por estos días graba y ensaya canciones propias y ajenas que no aplican para los festejos y que antes no tenía tiempo de tocar. De hecho, hace poco se dio el gusto de compartir su versión de ‘Rezo por vos’ de Spinetta y Charly en sus redes sociales. El último fin de semana de julio, Diego Martín Yeims animó un zoomple de 70. El cumpleaños y todos sus amigxs aprendieron a usar zoom, pidieron sus temas favoritos y bailaron un sábado a la noche. *

De humillaciones y verdades

* 62

Por Jorge Pailhé

Jeremy Wellis está a punto de morir. Herrumbado en una cama en un hospital de campaña de Nueva York, con el ronroneo lastimero de un respirador que tal vez se canse antes que él, se pregunta cómo pudo ser que un hombre de Wall Street haya llegado a ser víctima de ese virus chino, cuando todo el mundo sabía que en esta crisis los muertos los iban a poner –como siempre– los pobres: los negros, los latinos, ¡Y esos indígenas roñosos de Centroamérica que quieren prácticamente invadir el territorio de los Estados Unidos!

Con 63 años apenas, se sentía con una vitalidad inmensa dispuesto a crecer cada vez más junto con la grandeza de su gran país y de su gran presidente, pero ahora, cuando sabe que está jugando tiempo de descuento, abandonado a su (mala) suerte, no puede evitar una mueca mezcla de resentimiento y humor al preguntarse para qué carajo pagó tantos miles de dólares en impuestos para evitar que uno de esos musulmanes locos de mierda le cortara la garganta o pusiera una bomba en el shopping al que iba con Susan, si finalmente el que lo va a matar era esa mierda del Covid, ese invento de los putos chinos decididos a terminar con el imperio de occidente.

A los veintipico se hizo republicano por su admiración a Reagan. Qué buena que fue aquella década del 80, cuando él empezaba a descubrir el mundo de los negocios y se podía progresar –a él siempre le gustó esa palabra, progresar, sentía que lo retrataba y hacía justicia con sus avances en la vida social neoyorquina– porque las cosas estaban en su lugar: el que tenía que trabajar, trabajaba, nada de inventos comunistas de reclamos colectivos. ¡El que pretendía hacerse el loco sabía que se iba y que muchos otros se iban a pelear por ocupar su lugar, y encima con más ventajas para el patrón!

Jeremy escucha la letanía lacerante del respirador mientras recuerda aquellas viejas épocas. “¡Ronald Reagan, sí señor! El mejor presidente de la historia de los Estados Unidos”, piensa, y no puede evitar un mínimo énfasis al decir en su pensamiento esas palabras que tanto adoró: “¡Los Estados Unidos!”.

De todos modos, los negocios para Jeremy siempre fueron... apartidarios ¡Ahí está! Esa era la palabra que mejor definía lo que sentía. Se fue Reagan, vino

Bush, después Clinton que era de la contra, después el idiota de Bush, el hijo... Obama con su travestismo de piel (eso Jeremy se lo escuchó decir una vez a un sociólogo en la TV y le encantó, después no dejó de utilizarlo) y ahora ¡el gran Donald Trump!

* 63

En el medio, todos habían invadido países que él ni siquiera sabía que existían, provocaron guerras en lugares remotos del planeta para vender armas y después reconstruir las ciudades destruidas, condenaron a narcotraficantes que habían asegurado la ruta de las drogas de mejor calidad para el consumo del pueblo norteamericano y obviamente de ellos mismos, la casta dirigente, y muchas otras cuestiones más que a Jeremy la verdad que nunca le habían importado demasiado.

Su mundo era el frenesí de Wall Street, las reuniones con los banqueros y hombres –siempre hombres, claro– del poder financiero que le comentaban (y él se sentía pleno por ser uno de sus interlocutores) que el problema de los países del tercer mundo no se iba a acabar nunca, que cada vez que en algún lado subía un gobierno de derecha se restregaban las manos haciendo subir acciones y dando préstamos impagables, pero cuando venía la contracara encarnada en ese mal de todos los males que se llama populismo, había que pelearla más, como en la primera década del siglo en varios países de América del Sur.

“Si no fuera por este virus de mierda, Trump sería incluso mejor presidente que Reagan”, Jeremy piensa ahora, mientras vuelve a su infortunado presente ya casi sin fuerzas, y de pronto su cabeza desvencijada por la fiebre y los dolores de los últimos días intenta un esfuerzo más y vuelve a torturarlo con la pregunta de cómo se pudo contagiar.

Como una película pasan por su mente imágenes y más imágenes: él y Susan escuchando al gobernador Cuomo en la CBS pidiendo por favor que no salgan a la calle y después a Trump asegurando todo lo contrario, lo cual había provocado una fuerte pelea entre él y su esposa. Jeremy aseguraba que Trump tenía razón, que no se podía parar la economía, pero Susan le insistía en que cualquiera se la podía pegar, que para qué desafiar el destino y no sabía él cuantas cosas más que le habían sonado estúpidas, vacuas.

Desde el comienzo de esta historia él había decidido salir y dejarse de mariconadas. Pero por otra parte creía haberse cuidado, y todavía hoy no podía entender cómo mierda se había contagiado.

Pensó en la mucama mexicana que trabajaba en su casa hacía ya 15 años; en el chofer, un hombre de unos 50, texano; en los vendedores de perros calientes que solían pulular por las calles de Nueva York, pero nada... nunca supo que alguna de esas personas se hubiera contagiado. * 64

¡La puta madre! ¡Un virus chino! Jeremy no podía admitir que esas palabras fueron el último pensamiento; el tiempo se acababa...

Y antes del final, pensó que tal vez el problema no era el virus, sino el capitalismo... *

Un salvavidas de hielo

* 65

Por Florencia Illbele

Embarcó en el *Norwegian Dawn* el jueves 16 de enero de 2020, en el puerto de Tampa de Miami. Llevaba un *carry on* y un bolso de mano. Era la primera vez que pisaba un crucero y la estructura de doce pisos –294 metros de eslora y 38 de manga– le pareció imponente. Después de acomodar su equipaje en el camarote, hizo un recorrida para familiarizarse con las instalaciones. Empezó por la cubierta y fue descendiendo. Había piletas de diferentes tamaños y profundidades, restaurantes temáticos, un gimnasio, un teatro, un casino y una biblioteca que, además de libros, ofrecía juegos de mesa. La decoración era antigua y ostentosa. Columnas con distintos estilos arquitectónicos, estatuas y escaleras anchas, con alfombras de color rojo. Había, también, un piano de cola, un sinfín de cuadros y arañas colgantes. Aunque no sabía cuánto tiempo le iba a llevar conocer el buque en su totalidad, ni con quién iba a compartir la habitación, sí tenía una certeza. Durante los próximos seis meses, ese hotel cinco estrellas flotante iba a ser su casa y, también, su lugar de trabajo.

* * *

El *Norwegian Dawn*, perteneciente a la empresa de cruceros *Norwegian Cruise Line*, se completó el 4 de diciembre de 2002 en el Astillero Meyer Werft de Alemania. En español, “Dawn” significa amanecer: el comienzo de un nuevo día. Para Nicolás I. (32) subirse a ese barco marcaba, de alguna manera, el inicio de una nueva etapa de su vida. Tras una intensa búsqueda laboral y varias entrevistas en inglés, había quedado seleccionado para trabajar como tripulante del barco, donde se desempeñaría en el área de entretenimiento. Su plan: ahorrar dos mil dólares por mes y, después, ir a recorrer la ciudad de Nueva York. Allí, en la meca del teatro, podría tomar un curso de comedia musical e ir a ver algunos espectáculos de la calle Broadway. La realidad es que con su modesto sueldo de bailarín en fiestas y boliches, y pagando el alquiler de un monoambiente en Capital Federal, llegar a la Gran Manzana le hubiera costado (con suerte) varios años más de trabajo.

* * *

Entre mediados de enero y mitad de marzo de 2020, el *Norwegian Dawn* –con capacidad para 2340 pasajeros y 1032 tripulantes– recorrió distintas islas y países del Caribe, como Bahamas, Puerto Rico y México. Los viajes podían durar una semana o quince días. Después, el barco regresaba al puerto de Tampa para hacer un recambio de pasajeros.

* 66

A fines de febrero, en uno de los trasbordos, comenzó a circular la noticia de un caso de COVID-19 en el *Diamond Princess* (de la empresa de cruceros Carnival Corporation) que navegaba en las costas de Japón. El saldo: más de 600 personas enfermas y catorce muertes. “Hasta ese momento yo pensaba que el coronavirus era algo que sucedía en China pero, para las autoridades del ‘Dawn’, se encendió una alarma. Con que una de las casi 3500 personas a bordo estuviera infectada, todos los demás corríamos el riesgo de contraer el virus”, cuenta Nicolás.

El *Diamond Princess* no fue el único barco con casos de COVID-19. Hubo otros que registraron contagios, como el Costa Luminosa, el *MS Zaandam* y el *Celebrity Eclipse* donde, además, viajaban pasajeros de nacionalidad argentina. Muchos de ellos denunciaron que les habían ocultado información acerca de los infectados y querían visibilizar la situación. Con los días, la pandemia instaló a los cruceros en la agenda mediática y puso de manifiesto un negocio millonario del poco que se sabía. Según la Asociación Internacional de Líneas de Cruceros (AILC), solo en 2019 se transportaron casi 30 millones de pasajeros: diez veces la población de la ciudad de Buenos Aires. Fundada en 1975, esta entidad agrupa a las líneas de cruceros más prestigiosas del mundo, entre ellas, Carnival, Royal Caribbean International y Norwegian Cruise Line, que controlan el 75% del mercado. Para 2020, tenía previsto 32 millones de pasajeros e ingresos por 71.000 millones de dólares. Las pérdidas por el cese de actividades, aseguran, son incalculables.

* * *

Aunque no lo dice, para Nicolás la pandemia fue un salvavidas. Previo a la llegada del coronavirus, trabajaba de diez a quince horas por día (con algunos intervalos de descanso) y bajo una larga lista de prohibiciones. No podía usar aros ni anillos. Lo obligaban a afeitarse y a usar el pelo bien cortito. Tampoco tenía permitido hablar en otro idioma que no fuera inglés y debía pagar para conectarse a Internet. Como si fuera poco, todos los meses se sometía a una especie de “antidopping”. “Salí sorteado una vez y me hicieron un análisis de orina y un test de alcoholemia que, por supuesto, dio negativo. Caso contrario,

te daban de baja el contrato y te mandaban de regreso a tu país. Además, el pasaje de vuelta lo pagaban con tu salario”, explica.

* 67

Destinado al sector de entretenimiento, el trabajo de Nicolás consistía, básicamente, en divertir a la gente. Organizaba bingos, trivias y “walk miles” (caminatas por la cubierta del barco) o coordinaba los “pool games” (juegos en la piletta), que podían incluir desde un partido de vóley hasta un desfile para elegir a “Mister Sexy Legs”, es decir, al hombre con las piernas más sexys del buque. Una de las actividades más aplaudidas, recuerda, consistía en actuar películas que el público pudiera adivinar sin mucho esfuerzo. El broche de oro, por supuesto, era una parodia de *Titanic*. Imitaban la escena donde Jack (Leonardo DiCaprio) la retrata a Rose (Kate Winslet) tirada en el sillón. “Mi compañero se acostaba sobre dos sillas y yo hacía que dibujaba, pero en verdad el dibujo ya estaba hecho. Cuando daba vuelta la hoja, la gente se descostillaba de risa. Era uno de los *muppets*”.

* * *

En la foto, Nicolás tiene el torso desnudo y se le marcan los abdominales. Lleva puesta una sunga amarilla y está descalzo sobre la arena blanca. A su derecha asoman dos palmeras y varias reposeras. Un poco más atrás, el mar azul que, de tan quieto, parece una piletta. “Esto es Belize”, escribió al pie de la imagen en su cuenta de Instagram. Fue durante una de paradas que hizo el “Dawn”, donde le permitieron descender del barco porque coincidía con sus “horas libres”. La foto tiene fecha de publicación del 11 de marzo. Ese mismo día, la Organización Mundial de la Salud declaró al COVID-19 como pandemia. Nicolás no lo sabía aún pero, en menos de 24 horas, el barco donde trabajaba haría descender a todos los pasajeros y se quedaría amarrado al puerto, solo con tripulantes.

Durante el siguiente mes, no volvió a usar su uniforme y tuvo la vida de una celebrity. “Me levantaba, me bañaba y, mientras iba a desayunar, alguien limpiaba mi camarote. Me cocinaban cinco veces por día, podía usar el gimnasio y conectarme gratis al Wi-Fi. Además, cobraba mi sueldo en dólares”, dice.

* * *

Para mediados de abril, al ver que retomar los cruceros llevaría varios meses, *Norwegian Cruise Line* decidió despedir a los contratados y pagarles un vuelo

sin escala a sus países. Ahí, cuenta Nicolás, empezaron los cortocircuitos. Para organizar los traslados, juntaron a todos los tripulantes latinos que viajaban en otros cruceros de la misma empresa. Lo hicieron en un barco de mayor tamaño que se llamaba –las cosas de la vida– “Escape”. En ese barco, Nicolás pasó dos semanas. Podría haber sido más tiempo, pero un grupo de argentinos se contactó con un periodista y expuso la maniobra de la empresa. “Imágenes impactantes del crucero Norwegian Escape”, titulaba el artículo del *Daily Mail* y hacía referencia a un buque superpoblado. “El personal se queja de tener que compartir pequeñas habitaciones y de no poder cumplir con el distanciamiento social”, decía la bajada. La noticia explotó y, en cuestión de horas, Nicolás estaba sentado en un avión con un barbijo. ‘ A Ezeiza llegó el 15 de mayo de 2020 con su *carry on*, su bolso de mano y algunos dólares. Dos semanas más tarde, un hisopado negativo le habilitó la salida del hotel donde estaba haciendo la cuarentena. No se dio cuenta de lo mucho que extrañaba su país hasta que volvió a caminar por la Avenida Santa Fe. ❁

* 68

Los graves siguen sonando

* 69

Por María Teresita Arrouzet

La tarde nos pisaba los talones. La guerra semanal entre laburantes y hora pico se anotaba una nueva batalla. “Parece que se viene nomás”, murmuraban en el subte y también en los whatsapps, consultando qué onda el home office –término yanki que todavía no disputaba el podio con *take away* y *runners*– y a qué hora hablaría Alberto.

Pero Juan no sabía qué era lo que se venía. O no lo quería saber.

Mientras la gente iba de acá para allá cargando bolsas con papel higiénico, él caminaba hacia la parada del 92 ubicada en la cuadra del ex CCDTyE Olimpo. Su imagen se mimetizaba entre los colores del mural como si se tratara de uno más de los proyectos artísticos con los que está intervenido.

Estaba extendiendo el brazo para hacerle seña al chofer cuando le llegó el mensaje. Se las arregló para pagar con la SUBE y leer el celular a la vez: el ensayo al que se dirigía se había suspendido. Se quedó paralizado. Empezó a contestar por escrito pero al ver que no le salían las palabras decidió llamar. El director de la obra lo atendió y le confirmó lo que le había dicho.

–Pero mirá que yo ya estoy en viaje, quizás puedo ir un rato igual.

–Prefiero que no, Juan. Tengo cosas que organizar, están diciendo que vamos a tener que cerrar, parece que esto puede extenderse varios meses.

Cortó. Cualquier persona se hubiera bajado, pero Juan no. Siguió por Flores, Caballito, Villa Crespo. Cree que finalmente dejó el colectivo en Almagro, barrio de centros culturales en los que alguna vez se presentó. Estuvo un rato parado, estorbando los pasos enérgicos de los demás. Parecían soldados preparándose para otra guerra.

* * *

El aislamiento social, preventivo y obligatorio se decretó a partir de las cero horas del día veinte de marzo. El eslogan QUEDATE EN CASA comenzó a bombardearnos desde todos los frentes: a modo de *hashtag*, de discurso

mediático, de campaña política, de consejo de amigxs y familia. Algunxs ya veníamos haciéndolo desde hacía unos días. Llegamos a ese acuerdo con nuestros empleadores y pudimos mantener cierta rutina, cosa no menor cuando el tiempo se vuelve tan molesto como ese chicle que pisaste y no podés sacar del zapato: las ventajas del trabajo que solo requiere de una conexión a internet tan estable como el sueldo que vas a cobrar a fin de mes.

No es esta la realidad de lxs que se dedican al arte.

Veo a Juan mientras toma un mate no compartido y pienso en todos los proyectos que se le cortaron. Me acuerdo de su entusiasmo cuando el director con el que se formó lo convocó para una obra que iba a estrenarse en junio. Me pregunto dónde estarán las palabras que memorizó y qué habrá sido del personaje que las decía.

Había otra obra también, una que incluía música. Y una banda de humor. Cantante y bajista, actor de teatro independiente y atento para los remates, lo que hace lo define. Y él define a lo que hace como un trabajo en el que lo económico solo es una consecuencia.

–Pero ahora eso cambió. Internet se llevó puesto a los escenarios.

Y a todo lo demás también, respondo. La realidad fue expropiada como nunca antes por el mundo virtual. Los dispositivos electrónicos se convirtieron en las herramientas para trabajar, estudiar, enseñar y hasta hacer actividad física. El arte no quiso –o no pudo– quedarse atrás: clases por *zoom*, recitales por instagram y obras teatrales *in streaming* fueron tomando protagonismo, primero para no perder contacto con la gente y luego como salida económica. Sadaic reajustó la tarifa de la venta de entradas para los shows online y los teatros ofrecen funciones a la gorra virtual. ¿La nueva normalidad?

Juan me mira y niega con la cabeza.

–Perdimos la posibilidad de vincularnos con lxs otrxs, y en el arte eso es todo. El teatro, por ejemplo, la presencia del público es fundamental. Ya de por sí la gente va poco, ¿y si la posibilidad de verlo en una pantalla retrasa todavía más su vuelta?

Sin saberlo, pone en palabras algo que también pienso. En una sociedad que tiene cada vez menos capacidad de atención y con salas teatrales cada vez más

interrumpidas por los celulares, ¿quiénes querrán concentrarse en una obra hasta que caiga el telón?

* 71

* * *

Necesito hacer un trámite en San Telmo. Agarro la SUBE pero minutos después la dejo: la tarjeta tiene tantos años que ya no se lee el número que hay que cargar en la aplicación CUIDAR. Me autorizan a circular pero no a usar el transporte público. Mis piernas encerradas lo agradecen más que yo.

Camino varias cuadras por Santa Fe hasta llegar al Teatro Regina. Doblo por Libertad y me encuentro con el Cervantes. Pienso en la cantidad de años que estuvo apuntalado con el público enroscándose entre los caños.

Ahora la fachada está libre. La vereda también.

Sigo hasta Corrientes, cruzo la 9 de julio y llego al Maipo. ¿Esmeralda se convierte en Piedras después de Rivadavia? Chequeo en *Google Maps*. “Cerrado temporalmente” es la señalización que aparece en todos los teatros de la cuadra.

La situación es extrema. Así lo sostienen varias asociaciones que buscan conformar una mesa de trabajo y elaborar un proyecto para acercar a las autoridades. Carlos Rottemberg ya presentó un protocolo y se espera que las salas puedan abrir en septiembre al menos con el cincuenta por ciento de su capacidad.

–Hay una postergación rara –me dice Juan cuando se lo comento–. Lo mismo pasa con los shows de música: hasta en las peores épocas siempre algo sale.

Y concluye con algo que hasta entonces no había dimensionado:

–Por primera vez en la vida tengo impedida la posibilidad de que surjan trabajos.

* * *

Hace unos días la Defensoría del Pueblo de la ciudad dio su apoyo a un proyecto presentado en la Legislatura que busca declarar la emergencia

económica en el sector cultural independiente y generar medidas de apoyo a los centros culturales, salas de teatro, clubes de música, peñas, milongas y a sus trabajadorxs.

* 72

–Ya era hora– me dice Juan, concentrado en afinar el bajo–. Hay que hablar de los temas que no se habla, sino parece que pierden peso.

Sus dedos caminan por las cuerdas. El yamaha responde: la cuarentena no ha podido con su lealtad.

Los graves de Juan siguen sonando.

Quisiera que lo único que perdiera peso fuera su espalda al descolgarse el bajo después de tocar esa canción que tanto me gusta:

Vos querés dormir, hoy cuesta resistir, te querés morir, ¡pero hay que batallar! *

Dos mujeres, un Mundial y un puñado de cartas: una amistad de medio siglo que recuperó la pandemia

* 73

Por Ayelén Pujol y Delfina Corti

Los sobres están en el último cajón de la cómoda en la que Teresa Suárez guarda ropa. Sentada al lado de la estufa, en su casa de San Fernando, la mujer que integró la primera Selección argentina que le ganó a Inglaterra en un Mundial –el de 1971 que fue organizado por empresarios y no por la FIFA– desempolva recuerdos. La epopeya que salió de la papelería de reciclaje de la historia del fútbol argentino tiene una mamushka de historias. Entre ellas, la de una amistad de medio siglo.

Las postales danesas están intactas. Susanne Augustensen, delantera de la Selección de Dinamarca que conquistó el trofeo en aquellos 40 días maravillosos en México, se las envió a Teresa. En la final, contra las locales, el Estadio Azteca explotaba: 110 mil personas desbordaron las tribunas para ver esa definición. La delantera europea tenía 15 años. Aquel 5 de septiembre de 1971 elegiría un camino para esquivar la presión: no mirar a las gradas. Su país ganaría con un hat trick suyo.

En plena pandemia, Teresa Suárez recupera la imagen de la tarde en la que fue a despedir a su amiga. El vínculo había nacido en ese Mundial. En la puerta del Hotel Beverly de la capital mexicana, donde concentraba la selección danesa, intercambiaron direcciones. Y posaron para la foto que ahora tiene en sus manos. La última vez que se vieron marcaría también el inicio de un intercambio epistolar.

* * *

Diciembre de 1971.

Rte: Susanne Augustensen

(...) Aquí hace frío. Cuando llegamos, la gente nos recibió con entusiasmo, pero ahora no parecemos las campeonas del mundo. ¿Cómo están tus cosas en Argentina? ¿Cómo están ustedes? (...)

* 74

* * *

La “Dinamita nórdica” –como apodaron los medios mexicanos a Dinamarca– estallaría de goles el arco argentino. El choque fue por una de las semifinales. Teresa Suárez, una de las “Gauchitas” –mote que recibían las argentinas– fue clave para aguantar los primeros 44 minutos sin goles. Después, como todas sus compañeras, no pudo parar a las rivales, que se metían por todos lados. Transitaba el lateral derecho. Tenía la confianza en alto: venían de ganarle a Inglaterra 4 a 1, un triunfo que no dimensionaría. Al menos, no en ese momento.

Ese no era el puesto que había elegido cuando su mamá Vila la paró en una cancha para que jugara un partido de fútbol de mujeres entre casadas y solteras, en una fiesta de una sociedad de fomento cerca de su casa. Desde entonces, Teresa no dejaría de jugar: armaría equipos con amigas y participaría de exhibiciones por todo el país. Hasta que un día la invitarían a una práctica: un combinado se preparaba para viajar a México a una Copa del Mundo no oficial.

Antes del Mundial usaba la 5, en una época del fútbol en la que el número de camiseta indicaba tu lugar en la cancha. Se corrió del centro del campo sólo para aquella Copa: entendió, cuando fue a ese entrenamiento, que Zunilda Troncoso era la mejor en la posición.

–Oficina de la mejor número 4 del mundo, buenas tardes.

Cincuenta años después, con 69, Teresa Suárez atiende el teléfono. Vive –vivió casi siempre– enfrente de un potrero. Cuenta, medio en broma medio en serio, que fue la mejor de la historia en su puesto: el que ocupó en el Estadio Azteca. “Lo que pasa es que nadie lo sabe porque no me vieron jugar”, dice y se ríe.

Durante la pandemia tuvo taquicardia. La médica le dijo que puede ser que el encierro le genere estrés. Y la mandó a caminar cinco cuadras por día: Teresa Suárez sale a la calle, mira el potrero, y encara.

En 1971 intentó defender los avances de Dinamarca. Las crónicas de la época

dicen que las argentinas hacían cualquier cosa por parar a las rivales: les tiraban de la camiseta o intentaban agarrarlas de los brazos. Describen también que el público hinchó por Argentina. Las danesas golearon 5 a 0.

* 75

“Yo todavía estoy mareada, nos pegaron un baile bárbaro –dice Suárez–. Ahí la mejor 4 del mundo no paró a nadie”.

El búnker argentino en el distrito federal tenía una habitación que era la más divertida. Teresa Suárez tenía 20 años por entonces, el pelo corto y la sonrisa pícara. Estaba en ese cuarto junto a Zulma Gómez, Susana Lopreito, Virginia Andrada y Pelusita Cáceres. Un grupo de jugadoras danesas fueron a visitar el complejo. Ahí se conocieron.

Como la organización no dejaba que las visitantes ingresaran a las habitaciones, se encontraban en la recepción. Una futbolista mexicana de quien no recuerda el nombre hacía de traductora. Hablaban de los partidos, del público, del estadio y de cómo era la vida de cada una. Se miraban y sonreían.

* * *

Mayo de 1972. Rte: Teresa Suárez

* * *

(...) A nosotras no nos recibió nadie en el aeropuerto. Ni saben que existimos. Volveremos a encontrarnos en el Mundial el año que viene! (...)

Susanne Augustesen está sentada sobre un tronco, en un parque, en la primavera de 1972. Abre la carta. Lee. Ya tiene 16 años. La goleadora vive en Holbaeck, una ciudad costera a 60 kilómetros de Copenhague. Desde Italia, llegan –llegarán– varias ofertas futbolísticas, pero sus padres decidirán que no se irá a jugar al exterior antes de que cumpla 18 años.

Mientras tanto, practica handball. En sus ratos libres, se junta a jugar al fútbol con los amigos de su colegio.

“Mis compañeros me aceptaban porque yo era buena –recuerda ahora, en su país de nacimiento, a los 64 años–. Cuando una es habilidosa, los hombres no tienen problemas”.

Susanne se destacaba por su velocidad, su técnica y su inteligencia. No tiene oficina ni el humor de Suárez, pero dice que jugaba como Pelé, que tenía su elegancia. Sus características la convirtieron en la goleadora de la final de México.

* 76

Aquella tarde en el Azteca, Dinamarca llegaba a la final como defensora del título. Había ganado el Mundial anterior, en Italia, con otro equipo. México venía con el impulso de la victoria frente a las italianas. Susanne no levantó la cabeza hasta que comenzó el partido. Los tres goles le dieron la razón: fueron con la zurda, aunque ella es diestra.

“Recuerdo todo como un sueño –dice–. En Copenhague, una multitud nos recibió para festejar”.

No ocurrió lo mismo con la prensa ni con la Asociación Danesa de Fútbol (DBU). Tras el campeonato, Vilhelm Skousen, presidente de la entidad, juró que durante su mandato las mujeres jamás formarían parte de la asociación nacional. “No podemos y no tomaremos el fútbol femenino en serio”, auguró. Hasta que en 1972, la UEFA dictaminó que las asociaciones miembro tenían que incorporar al fútbol femenino.

Augustensen, ahora, no titubea: “El principal acto de discriminación que recibí a nivel futbolístico fue por parte de la DBU”.

En 1974, Susanne integraba la Selección de handball. Cuando le dijeron que debía elegir un deporte, no dudó. Resignó el Mundial de handball en Rusia y, con 18 años, se marchó al fútbol italiano. En 21 temporadas, ganó el campeonato nacional seis veces y la Copa Italia, dos. Además, fue la goleadora de la Serie A ocho veces. Marcó más de 600 goles. Sin embargo, desde que se marchó de Dinamarca, jamás volvió a jugar con su Selección.

* * *

Es 1980. Teresa Suárez juega en San Fernando. Volvió a ser 5. Sale de su casa y escucha un grito: “¡Tortita!”. Se da vuelta, no ve a nadie. El hombre está escondido. Sentada al lado de la estufa, 40 años después, le pone palabras a aquellas agresiones. “Es discriminación, nosotras sufríamos por jugar al fútbol”.

En Dinamarca, Susanne se entera de la anécdota. “Uno tiene poder si excluye a otro. A nosotras nos quieren afuera del deporte más popular”, dice.

Ahora es feminista. Teresa Suárez también. Ninguna de las dos sabía que tendrían que pasar 20 años para que la FIFA organizara, finalmente, una Copa del Mundo para mujeres.

* 77

Se mandaron cartas un tiempo, pero el contacto se perdió cuando Augustensen se mudó a Italia. Hasta que, en plena pandemia, Teresa se abrió una cuenta de Instagram para sobrellevar el encierro y volvió a escribirle a su amiga, otra vez en inglés, el idioma que estudió para comunicarse con ella. Cincuenta años después, tipeó.

–Hola, Susanne, ¿cómo estás? Soy Teresa, ¿te acordás de mí? *

Femicidios y violencia de género: otras pandemias soslayadas

* 78

Por Laura Impellizzeri

Nadie estaba preparado para esta cuarentena. Ninguna persona consideró que todo aquello que hacía por fuera de su casa ahora debía hacerlo adentro. Tampoco se nos cruzó por la cabeza salir a la calle con restricciones o sólo por cuestiones de urgencia. Así, como nos pasa a los ciudadanos y ciudadanas de la Argentina, también le pasa al Gobierno de Alberto Fernández, a los gobernadores de cada provincia e incluso a los intendentes de los municipios quienes, conforme pasa el tiempo, van tomando las decisiones que creen más convenientes en este contexto. Dentro de la cuarentena obligatoria decretada el 19 de marzo, hubo un tema que no se tuvo en cuenta, pero que salió a la luz por elevar sus cifras: la violencia de género y los femicidios. Ante tanto caos, no pusimos el foco en aquellas mujeres que sufren malos tratos ni que son acosadas, perseguidas y amenazadas de muerte; sin querer nos olvidamos de aquellas mujeres que iban a seguir padeciendo violencia de género y que se verían más limitadas a realizar las denuncias o (peor aún) a escapar ante una situación de peligro.

Según la 'Organización de las Naciones Unidas' (ONU Mujeres) los países que más han acrecentado sus porcentajes en cuanto a violencia de género, desde el inicio de la pandemia, fueron Argentina, Canadá, Francia, Alemania, España, Reino Unido y Estados Unidos.

En Argentina, han comenzado a viralizarse varias campañas en simultáneo, no sólo por parte del Estado Nacional sino de los diversos Estados Provinciales y Municipales, sumado a las que realizan las ONG's.

El Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación, encabezado por Elizabeth Gómez Alcorta, reforzó la línea gratuita 144 (que actúa las 24hs. en todo el país) con una aplicación para celulares que se puede bajar sin costo. Asimismo, en el sitio oficial, se puede acceder a un buscador de Centros de Atención para Mujeres con un mapa interactivo para que la víctima conozca a qué dependencia cercana a su domicilio puede recurrir.

La provincia que más femicidios ha presentado desde el comienzo de la cuarentena obligatoria es Buenos Aires.

* 79

Luego de acordar el funcionamiento la Unidad de Coordinación Operativa de la Línea 144 para mejorar la atención de los llamados sobre violencia de género, la Ministra de Mujeres bonaerense Estela Díaz decretó un fondo económico de emergencia a los Municipios de la Provincia. Con este subsidio se pretende atender los gastos pertinentes “ante la emergencia

personal y/o del grupo familiar e incluso de las personas que acompañan a las víctimas de violencia por razones de género o femicidio y travesticidio”.

Según lo publicado en el Boletín Oficial “el decreto 178/2020 permite crear un instrumento específico para hacer frente a situaciones que reclamen la asistencia inmediata y/o acompañamiento antes casos críticos de extrema gravedad vinculado a las violencias por razones de género; además con él se pueden cubrir traslados y movilidad (cualquiera fuese el transporte) alojamiento y comida, gastos médicos de urgencia, gastos de sepelio, fotocopias de documentación, entre otros”.

Por su parte, Celia Arena –titular de la Secretaría de Estado de Igualdad y Género de la provincia de Santa Fe– instaló una medida que también se ha instaurado en otras regiones del interior que implica establecer vías de comunicación alternativas para realizar denuncias. En Santa Fe Capital y el resto de las ciudades, la víctima puede escribir un whatsapp al (0342) 156 130000 o un correo electrónico a fiscaliadedenunciassfe@justiciasantafe.gov.ar; en Rosario el número es (0341) 156 100100 y el mail fiscaliadedenunciasros@justiciasantafe.gov.ar.

Es importante que todas las mujeres que padecen violencia de género, o aquellas que quieran asistir a las víctimas, sepan que tanto el Estado Nacional como cada una de las provincias y municipios de nuestro país tienen una dependencia a la que pueden recurrir sin salir de sus casas. Porque, tal como nos dimos cuenta todos y todas, la violencia y los femicidios no sólo no respetan la cuarentena sino que, poco a poco, se van transformando en la nueva pandemia mundial que nos agrede, nos humilla y nos mata... muchas veces en silencio. *

Gestar en cuarentena, parir con barbijo

* 80

Por Mariana Aquino

El aislamiento social, preventivo y obligatorio nos mantuvo casi 4 meses lejos de los afectos, la vida social y el trabajo. ¿Cómo es gestar en cuarentena y pujar con un barbijo en la boca? ¿Cómo es traer vida a un mundo que cuenta las muertes de a miles? Historias de cuerpos que además de la pandemia, transitan por primera vez un embarazo.

10 de abril de 2020

Llevamos tres semanas de aislamiento social obligatorio y yo empiezo la semana 18 de mi primer embarazo. Tengo 37 años y es la primera vez que no comprendo en absoluto los mensajes de mi cuerpo. No entiendo casi nada de lo que me pasa ni de lo que siento. Mi estado de ánimo varía de tres a cuatro veces al día, mi cuerpo amenaza con cambiar tanto que no lo reconoceré, mi madre pregunta si la beba ya se mueve y yo no sé qué responder; Google se transformó en mi psicoanalista. Es la primera vez que un ser vivo habita en mis tripas y estoy en el medio de una pandemia, también por primera vez.

Mi mundo hace algunas semanas transcurre en cuatro paredes, 43 metros cuadrados me protegen de vaya saber qué. Ayer mi mamá me mandó un audio de 54 segundos. Empezaba llorando: “No aguanto más, quiero verte. Estás embarazada, quiero ayudarte”. Yo también tuve ganas de llorar, de decirle que extraño sus comidas y sus abrazos. Pero no. Segundos después, en el mismo audio de WhatsApp, ella me pedía disculpas y me preguntaba al pasar: “¿Vos cómo estás?”

“¿Cómo estoy, mamá? Yo, embarazada por primera vez en mi vida, aislada social y obligatoriamente en 43 metros cuadrados. Embarazada, mamá. Así estoy”, pensé decirle. Pero contesté: “Yo bien”.

3 de mayo de 2020

Llevamos 6 semanas de aislamiento y empiezo la semana 21 de mi embarazo.

Tengo mil dudas. Soy hipocondríaca. Siempre para mí es una buena ocasión para charlar con una médica, más ahora, pero la obra social me postergó los turnos, y ahora son todos virtuales. No me atienden por “las medidas tomadas para combatir el Covid 19”, pero la factura de este mes ya me llegó en tiempo y forma. Ahora Google –además de mi psicoanalista– es mi obstetra de cabecera.

* 81

Es que en pandemia, la atención médica se reduce a lo elemental: ecografías y controles se hacen en total soledad, por lo que Pablo, mi compañero, se tuvo que conformar con mi relato y alguna foto imprecisa sobre los rasgos y movimientos de ese ser que también será su hija.

No veo a nadie, no salgo, los antojos –de los que tanto me hablaron– son utopías en un barrio donde casi todos los negocios están cerrados; duermo poco y pienso mucho. Contesto mensajes de la familia ansiosa por saber nombre y si “ya se mueve”, por ver fotos con una panza que todavía no sale. El deseo propio, mi cuerpo en permanente cambio y las expectativas del afuera.

Llevamos 6 semanas de aislamiento y empiezo la semana 21 de mi embarazo. Tengo mil dudas. Soy hipocondríaca. Siempre para mí es una buena ocasión para charlar con una médica, más ahora, pero la obra social me postergó los turnos, y ahora son todos virtuales.

No me atienden por “las medidas tomadas para Todavía no logro conectarme del todo con cierto “instinto maternal”, que por momentos dudo tener. No miro tele. Pero al final del día me informo sobre cantidad de muertos y personas infectadas (cada vez son más y el pico de la pandemia ahora se espera para junio). Como todos lo hacemos, comparó nuestra situación con la de otros países, como si en algún punto esto se tratara de una original competencia de desolación. Afuera cuentan muertos e infectados, mientras, en mi interior, se está formando una nueva vida.

1° de junio de 2020

Semana 10 de cuarentena. Semana 25 de gestación. Hoy me desperté a las 6 AM e intenté volver a dormirme pero no lo logré. Aún sabiendo lo largo que es un día en cuarentena, decidí levantarme. Y todo volvió a empezar como un loop que no sabemos cuándo termina. Desayuno, compu; almuerzo, compu; baño; series, lectura, balcón, compu; y el único rayo de sol que se digna a entrar en mi casa.

Formar tribu

* 82

En este tiempo de encierro suceden encuentros; la sororidad y el consuelo de no saberse tan sola en la aventura de gestar en aislamiento. Está Gabi, tan primeriza como yo pero con más información y con un mes más de embarazo; está Luz, que va a parir por segunda vez y, aunque distinto y más empoderada, lo vive con la misma intensidad. Me gustaría estar tan segura como las noto a ellas. Me gustaría sentir que esto se termina pronto y podré disfrutar de lo que viene. Pero no sabemos bien qué se viene y cómo se viene.

En pandemia, y con el privilegio de tener una casa, internet y comida, la vida es eso que pasa de un zoom a otro zoom. Y no me destaco por ser diferente: reparto mis tardes libres entre clases de yoga, eutonía, charlas de lactancia y ejercicios para fortalecer el suelo pélvico. Allí también conozco a otras mujeres y hacemos tribu, para aullar y parir, “transitar de la mejor manera el dolor hacia el nacimiento”, me enseñaron a decir. Y así sucede, van pariendo, una a una.

21 de junio de 2020: El Lío que cambia los planes

Semana 28 de mi embarazo: nace Lío, el hijo de Luz. Ella soñaba con un parto bajo (vaginal). Lío llegó de la forma menos pensada. Su ritmo cardíaco bajó y fueron a cesárea. “Es necesario”, dijo el obstetra. “Lo que no era necesario es el maltrato que sentí de parte de la partera. Nunca me informaron nada de lo que estaba pasando. Escuchaba charlas en voz baja y veía caras de preocupación pero nadie me decía nada. Tal vez la cesárea fue la única opción que teníamos y hoy tengo a Lío en casa y estamos felices, pero no puedo saberlo porque a nadie le interesó explicarme qué estaba pasando con mi bebé”. Luz fue violentada por un sistema que se escuda en la pandemia para vulnerar nuestros derechos. “Ahora recuerdo cada momento y me arrepiento de cosas que permití. ¿Pero qué podía hacer en mi estado? Ya está”.

Mientras, (semana 28), mi panza crece y mi cuerpo sigue sin comprender muchas cosas que le pasan, pero ahora consulto a esas otras mujeres que ya parieron o lo están por hacer. Me enteró que la etapa posterior al parto se llama puerperio, que la lactancia es todo un tema y que en el sistema de salud hegemónico la última opinión que importa es la de la parturienta. Cuanto más me informo más me asusto.

Violencia al parir

* 83

En Argentina, el parto respetado es ley desde 2004, sin embargo no siempre se respetan los derechos de las madres y les recién nacidos al momento del trabajo de parto y post parto. No recibir información de las intervenciones es violencia, no poder elegir la posición en que parir es violencia, no dar el tiempo necesario para ese primer encuentro entre madre e hijo es violencia. Según un estudio del Observatorio de Violencia Obstétrica de Argentina (OVO) de la organización Las Casildas, durante la cuarentena aumentó el maltrato en los partos: al 76% de las embarazadas les cancelaron algún turno de atención médica, el 59% no recibió alternativa para realizar el seguimiento, el 49% de los nacimientos fueron inducidos y el 50% terminaron en una cesárea.

Gabi prepara la casa para recibir a la Luna

El sistema de salud está a punto de colapsar, ya se habla de la falta de camas disponibles porque el pico de coronavirus ahora sí parece haber llegado. Volvemos a Fase 1 porque los casos no paran de aumentar y el virus ya dejó de ser algo que solo veo en la televisión: el papá de una conocida necesita un respirador, mi hermano se contagió en el trabajo, una amiga estuvo internada con Covid.

Y una empieza a dudar: ¿Será el hospital un lugar seguro para parir? ¿La ecografía express, la teleconsulta y la obstetra que nunca vi personalmente serán mis aliadas a la hora de parir? Un poco nos avivamos de que la medicina tradicional puede no ser tan fundamental como pensábamos. Entonces, ¿por qué no parir en casa?, se preguntan Gabi y Mariano. Y así llegará al mundo Luna.

1° de agosto de 2020

Semana 34. Termino esta crónica –que empezó como un desahogo y ahora es toda esperanza–. Pero esto para mí recién empieza. Mi panza explota en tamaño y revolución.

Lío alegre las mañanas de Luz...

Gabi está dispuesta a recibir a Luna: “Se está bancando el trabajo de parto en casa como una leona”, cuenta Mariano...

Y en pocas semanas Lucía, nuestra hija, también va a llegar... *

La duda y el imposible

* 84

Por Rolando Gabriel Villani

Tenía razón mi editora, ese párrafo que escribí en la primera semana de la pandemia era demasiado autorreferencial. Decía así:

Con notable ausencia de vendedores ambulantes, el tren me lleva de paseo por un conurbano desierto y me empuja a otras dudas ¿Es necesario escribir esta nota? Mejor dicho: ¿es prudente salir de casa, incumplir la cuarentena para escribir esta nota? ¿Encontraré algo que justifique el riesgo?

Es autorreferencial, sí, pero ahora testimonia que siempre dudé. En estos meses en que casi todos tuvieron certezas, apenas escribí tres crónicas aunque infinidad de notas culo-en-silla. Este es el relato de esa imposibilidad.

* * *

Jorge Marcheggiano tenía 70 años, estaba internado en un hospital público, bajo tutela estatal, y murió el viernes 22 de mayo tras el ataque de unos perros salvajes en los jardines del neuropsiquiátrico José Tiburcio Borda. Quise escribir la crónica desde esos jardines que pisé mil veces. ¿Cuántos caracteres necesito para decir que, por la famosa cuarentena, no se puede entrar?

Tengo autorización para no quedarme en casa. Pese a que soy freelance, la publicación que me pidió la nota me dio una carta del director que me habilita como trabajador esencial. Con el correr de los meses la circulación no va a ser tan sencilla como tener un PDF en el celular, pero hoy alcanza. La combinación de trenes y bici me lleva a todos lados con un nivel de seguridad aceptable. Doy la vuelta alrededor del inmenso bloque que conforman los hospitales Moyano, Borda y Tobar García. Agarro por Amancio Alcorta, doblo por Perdriel, Suárez y otra vez Ramón Carrillo, No sé qué busco: no hay nadie. Hasta el ruido se quedó en casa, el silencio es un vacío bobo que no ayuda ni asusta. La calle Brandsen, que divide el bloque en dos, está vallada pero ni policías hay. Si encuentro a los perros quizás me den testimonio.

Aunque los periodistas podamos circular, si los demás no pueden estamos jodidos.

Bajo la mirada desconfiada de los guardias del hospital miro desde afuera esos pastos crecidos desde los que cubrí la represión más loca del mundo. En 2013, la policía porteña le pegó a pacientes psiquiátricos (y a médicos y a legisladores) para garantizar un negocio inmobiliario del macrismo. Entre esos yuyos sigue vagando la jauría.

* 85

* * *

Con la otra crónica tuve más suerte, por así decir: era sobre gente en situación de calle. Es lo único que hay. Es lo que más hay. Lo que hay cada vez más. También de esa nota voló un párrafo entero, un final que sucumbió ante la contundencia de otro. Sin embargo, vuelve a servir de testimonio vital. A que sí:

Me quiero lavar las manos, hace horas estoy en la calle y me paranoiqueo bastante. El aire me quema la nariz y los pulmones. Me tranquiliza mirar el sol de la tarde que se va. En el tren de regreso, tan vacío como el que me trajo, un hombre muy mayor intenta vender caramelos confitados a los poquísimos pasajeros. Nadie le compra. El hombre cogotea el pasillo para ver si viene un guardia. Viene. El hombre se sienta y disimula. Zafa.

* * *

Estoy en Villa Azul haciendo la crónica del mes después. Sin permiso oficial esta vez, hice con la bici y el tren raras combinaciones conurbanas para evitar los controles policiales.

Los filósofos le coparon la parada a los cronistas. En parte por esta dificultad de salir a la calle y en parte por la angustia metafísica que invadió a la clase media, la especulación tuvo más espacio que, como dicen los colombianos, el reporteo. Las reflexiones de la profesión estuvieron principalmente vinculadas a las amenazas a la libertad de prensa y a las *fake news*. Hubo, también, debate acerca de cómo transformará la pandemia el negocio de la comunicación. Pero lo que quedó casi sepultado fue la práctica periodística de ir a por la nota. Quienes sí anduvieron en la calle fueron los movileros de radio y TV. Menos que antes, porque los entrevistados salen por Zoom desde su living, pero los reportes de calle desierta y de control policial fueron el combustible de los noticieros. Cuando trabajaba en el diario, odiaba que me tocara una de las noticias del día porque en la nota seguro que estaban los colegas de la tele. Es imposible establecer con el entrevistado el diálogo sereno que demanda la prensa escrita si hay una cámara o un micrófono cerca.

Me acuerdo de todo esto cuando Zulma, una vecina de Villa Azul, me vomita su desconfianza hacia la prensa. Dice que se peleó con el movilero de un canal que decía al aire que faltaban alimentos y medicamentos pese a que se veían por los pasillos del barrio a decenas de trabajadores municipales vestidos de marcianos blancos que atendían casa por casa las necesidades de los vecinos. No es casual que Zulma también sea vendedora ambulante, igual que casi toda su familia y buena parte de sus vecinos. Por el momento, dice, zafan con los diez mil pesos del Ingreso Familiar de Emergencia.

* 86

El caso de Villa Azul fue paradigmático del periodismo de cuarentena. Alrededor del 20 de mayo se detectó un pico de contagios: 300 por día en un barrio de 1300 familias. Las cámaras hicieron guardia noche y día en una de las esquinas de entrada al barrio. El foco puesto en las vallas y en la policía, la esperanza puesta en el conflicto. Tanto es así que TN tuvo que pedir disculpas cuando se descubrió que las imágenes de fogatas y piquetes que se atribuían al barrio eran de los conflictos de Chile. Cruzo ahora, mediados de julio, esa misma esquina que vi en todos los canales. Acompaño a Zulema y a Martín, uno de los promotores de salud del municipio de Quilmes que estuvo en el barrio todo este tiempo.

–Uno de la televisión dijo que se iban a quedar hasta que llegara la comida. Y eso hicieron –se indigna Martín– cuando vieron que la comida llegaba, nomás, se fueron y no volvieron más. Me gustaría que alguien cuente que después del aislamiento y de la acción coordinada de Municipio, Provincia y Nación, estamos haciendo un hisopado por día y que nos da positivo uno de cada dos.

Hoy es más seguro estar en Villa Azul que en Constitución, pienso cuando pedaleo por los andenes semivacíos de Constitución.

* * *

El celofán marca la diferencia. El vendedor de chipá lleva las roscas en su canastón sobre la cabeza aunque ahora están envueltos. Tarda media hora en el packaging pero, me cuenta, eso no es lo peor. Ahora hay que laburar el doble para ganar la mitad. Lo que se sacaba antes, olvidate, es el pasado, la vieja normalidad que ya nunca volverá, porque la poca gente que anda no se anima a comprar comida en el tren.

–Pero ¿están autorizados a trabajar? –le pregunto.

–No estoy autorizado ni a salir de casa, padre.

–¿Y el guarda no te jode?

* 87

–Y, con alguien siempre hay que arreglar –remata enigmático.

Le compro uno. No lo como.

* * *

En el vagón furgón, soy muchas veces el único que no lleva la caja de Rappi ni de Glovo.

Con el paso de los meses, uno se va acostumbrando: la voz que ordena mantener la distancia deja de parecer banda de sonido de cine catástrofe y los marcianos blancos fumigadores se vuelven parte de la religión.

Lo único que se mantiene como el primer día es la duda ¿Asumo demasiados riesgos? Las empresas periodísticas que compren mis notas ¿los asumirán si me pego el virus? Y más: ¿encontré algo que justifique esos riesgos? Clausuro el monólogo interior: la obligación de informar no puede ser finalista. Si sólo los resultados justifican el trabajo, el eficientismo va a eliminar la indagación, va a debilitar la posibilidad de decir algo distinto a lo esperado. Con eso me calmo.

Pero no sé. ❁

Contar sin quebrar

* 88

Por Lucrecia Raimondi

Cuando empezó el aislamiento por la pandemia de coronavirus me pidieron desde uno de los medios para los que trabajo que registre con fichas de datos los casos de femicidio que se conocían por los medios de comunicación. Esa tarea diaria, cotidiana, solitaria, que me llevaba a veces varias horas de búsqueda y chequeo de fuentes en distintos medios y observatorios, terminó por afectarme. Por un lado porque los casos son terribles, porque cada una de las mujeres que son asesinadas por la violencia machista no me son indiferentes y la magnitud de una por día, a veces más de una, era abrumadora. Por otro, porque la sensación de indignación e impotencia era difícil de canalizar en un contexto donde la protesta en la calle, el abrazo con mis compañeras, amigas, hermanas, estaba imposibilitada. Y la distracción con otras actividades o rutinas que me dieran aire para seguir también estaba limitada.

La tarea de buscar sus nombres y edades, cómo fueron sus asesinatos, quiénes son sus femicidas, qué carátula le pusieron a la causa, qué fiscalía intervino, etc. al principio me resultó interesante porque pude empezar a ver algunos patrones comunes para analizar. A falta de información oficial del Estado en ese procesamiento de datos, es muy importante el relevo que aportan los observatorios, que usan diferentes criterios pero llegan a datos de mucha rigurosidad sobre los femicidios que se comenten mes a mes. Pero sus publicaciones no tienen identidades. Y en el registro que yo estaba haciendo sí, eso me rompió el cerebro: páginas enteras de historias de vida que son inabarcables de contar en los medios. Muy fuerte. Entonces me surgían las preguntas: ¿Cuál elegir para seguir? ¿Por qué una es más importante que otra? ¿Qué detalles del caso hace que pegue más en los medios? ¿Lo que vende es solo su muerte, lo escabroso? ¿Y después qué? ¿Dónde quedan las historias de vida de esas mujeres que alguna vez estuvieron vivas? ¿Y los femicidas? ¿Por qué no hablamos de los femicidas y sus comportamientos? ¿Cuándo vamos a dejar de contar muertas?

Soñé muchas veces con los casos, sobre todo cuando estoy en proceso de producción. Mi inconsciente trabaja las angustias por estos temas de una forma extraña: el femicida de Julieta Del Pino tenía de apodo “Chorizo” y

la noche que entregué una nota sobre su asesinato soñé que explicaba a una clase cómo investigar un caso de femicidio en tres pasos de cocción de chorizos a la pomarola. La comida y dar clases me hacen feliz. Los femicidios me ponen triste. Estar en casa y escribir me dan ansiedad. Mi psicóloga hace, como le dejo, el trabajo en las profundidades de mi conciencia para que pueda elaborar estos casos. No siempre podemos.

Me pasó que estuve tres semanas trabajando en mi cabeza una nota sobre el femicidio de Cecilia Basaldúa. El día que senté el culo y la bajé a texto, estuve 12 horas frente a la computadora casi sin levantarme, escribiendo sin parar, a puro mate. Empecé de día, terminé de noche. No sabía qué hacer de mí. No podía estar parada ni sentada, daba vueltas, iba del escritorio a la cocina sin entender qué quería. No había dónde salir a despejar pues coronavirus. Ni otras personas con quiénes hablar cara a cara. Mi amiga conviviente, que nos vemos 24/7 y con la que hablo de los casos de femicidios sobre los que escribo, me invitó a una juntada por Zoom con sus amigas. Resolví mi angustia con seis latas de birra una tras otra, un porro, y una picada de pan, queso y salame, sumándome a una charla con pibas copadas que conozco casi nada.

Estaba en otra. No podía parar de pensar en la nota ni lograba calmar la ansiedad. No conectaba con la charla. No tenía ánimos para iniciar yo un video llamado. Me pegó como el orto. Vomité. Sentí que lanzaba mi nota, me había calado tan hondo en el cuerpo, que vomitándola me sacaba un peso de encima, que despedía una carga pesada, densa. Entendí que no era solo la borrachera lo que me pegó mal, sino que me había aferrado tanto a la historia que no podía sacármela de la cabeza.

En el campo de batalla se cuentan todos los días cuántos caídos hubo en el frente. En los medios de comunicación se informa cuántos muertos hubo por coronavirus. En Argentina los Observatorios cuentan un promedio de una mujer, niña o travesti asesinada cada 24 horas. Guerra. Pandemia. Femicidios. Horror. Encierro. Silencio. ¿Qué hacen los periodistas de guerra para soportar tanto horror? ¿Cómo nos armamos de distancia para contar los muertos por coronavirus? ¿Es posible escribir sobre femicidios sin que me afecte? ¿Se asemeja a escribir sobre la guerra? ¿Se pueden comparar los femicidios con la pandemia de Covid -19? ¿Es una enfermedad la violencia machista?

Pude identificar y poner en palabras que este tema me estaba afectando, que no podía dormir, que evitaba escribir, soñaba con los casos o sentía una

angustia que la terapia y las cervezas no me alcanzaban para procesar. No era por ahí. Entendí que no era evadiendo sino enfrentando, creando armaduras para seguir contando esas historias de vida sin perder el compromiso ni la sensibilidad. No me resbala, no me pasa como un tema más de la actualidad, no quería dejar de hacerlo pero tampoco quería destruirme por no soportar la escucha de tanto dolor.

* 90

Aunque la tarea de chequeo, búsqueda, entrevista y escritura de los casos de femicidios la hago desde mi casa, sin una redacción que acompañe in situ, sé que hay muchas compañeras periodistas sintiendo y haciendo lo mismo que yo, intentando también mostrar otra cara que no sea solo la del horror ni la del manual del buen feminista. Sostengo escribir sobre esto para colaborar en que la sociedad pueda ver más allá del día de la muerte. Que producir este tipo de información invite a tratarlo con más responsabilidad. Porque atrás de cada femicidio hay una familia que sufre, cada mujer asesinada alguna vez amó, vivió, soñó, intentó una vida sin violencia.

Quien vea las noticias sobre femicidios empatice, entienda que la violencia de género no es una cuestión privada ni un chisme de barrio. Que no actúe indiferente si escucha, ve y sabe que sufre violencia su vecina, su compañera de trabajo, su hermana, su tía o su amiga. Que le llame la atención y pueda decir “che no, eso está mal” al conocido del barrio o al ser querido que está ejerciendo violencia. Escribo para que el tratamiento de los femicidios en los medios de comunicación ayude a identificar la violencia para que la sociedad le ponga un freno a los violentos, para que las noticias no estigmaticen, ni queden ancladas en el día del asesinato ni en un número de muertas, ni en cada detalle de la investigación sin aportar algo más. Que nuestras notas tengan una perspectiva que colabore con la conciencia social para la erradicación de la violencia machista. Porque no es un virus que necesita vacuna. No es una negociación económica y diplomática. Es la cultura en que vivimos y desde los medios de comunicación la reproducimos. *

Una puta en cuarentena: sexting, shows virtuales y audios eróticos

* 91

Por Mariano Jasovich

En su Instagram se mezclan fotos semidesnuda con anuncios de sus talleres literarios e imágenes con su hija Cuba de 4 años. Nina León trabaja de puta desde hace 3 años, pero intenta extender los límites de la sexualidad mucho más allá de un encuentro pago con un cliente o clienta. Sus contactos en los telos incluían reiki y hasta escritura de poemas en vivo. En el 2017 el crecimiento de la desocupación y su militancia feminista la llevó a hacer el primer clic. “No tenía guita para comer y me dije nunca más me va a faltar plata, voy a laburar de puta”, recuerda Nina.

Natalia Canteros, así es su nombre real, es de Formosa y en 2017 ya llevaba 10 años en Buenos Aires. Se recibió de periodista deportiva y pasó por la redacción de *Olé*. También trabajó en *call centers* y peluquerías. Pero cada crisis económica la volvía a dejar desempleada. Hasta que su militancia por los derechos de las trabajadoras sexuales la hizo tomar conciencia. “No puedo estar militando esto desde afuera, me tengo que involucrar”. Y así empezó.

La cuarentena por la pandemia de coronavirus cambió su forma de trabajo. Nina hoy no realiza encuentros con sus clientes. “Por este virus no tenemos que cuidar todos. Por mi hija, pero también por ellos y ellas. Yo tengo clientes adultos mayores y no los puedo exponer”.

“El primer mes de cuarentena estuve como paralizada –relata Nina–. Estaba todo el tiempo con Cuba, sin salir y me estaba desesperando un poco. Tenía muchos proyectos de presentación de mi libro *Putas poeta* que se postergaron por el coronavirus. Hasta que volví a explorar y dedicarme casi en forma exclusiva en mi veta literaria para poder armar relatos eróticos en videos y audios para volver a laburar y ganarme el mango.”

Nina ya arrancó con su nuevo proyecto virtual. En diálogo con este cronista a través de una video llamada en la que se la ve de cara al sol jugando a sacarse y ponerse todo el tiempo unos anteojos negros, cuenta que un cliente amigo le regalo un micrófono y armó un mini estudio para transmitir. “Al principio me

costaba lo virtual, como que me costaba largarme y me daba timidez –explica León–. Es raro porque con las plataformas ves al otro, pero también te estás viendo todo el tiempo vos. Eso no pasa en los encuentros cara a cara”.

* 92

En la vieja normalidad, antes del coronavirus, para Nina “cada cliente o clienta era un amigo”. Antes de llegar a la cita, la mujer empieza a armar una historia en su cabeza de lo que puede llegar a pasar. “Algunos necesitan el sexo genital, pero otros u otras necesitan una charla o hasta escribimos juntos algo en el telo en el medio de un polvo –se sonríe Nina, mientras lo cuenta–. Uso técnicas de reiki y meditación, que son las mismas que me sirven a mí en la vida. Muchos clientes me contratan más para contarme secretos que no le cuentan ni a la psicóloga, que como puta”.

–¿Dabas besos durante tus encuentros?

–Sí, sé que hay muchas colegas que no lo hacen. Pero yo no concibo entablar una relación, un contacto íntimo, sin dar besos. No entra en mi mundo.

–¿Tenés orgasmos en las citas?

–Sí, obvio. Pero todo depende de cómo esté ese día y de la onda que pueda llegar a tener con el cliente o clienta. La conexión que se haya logrado. Como en todo trabajo hay días que no tengo ganas de hacerlo. Que pienso cómo me gustaría ser millonaria y tener alquilado diez departamentos y poder vivir de eso.

–¿Te enamoraste alguna vez de algún cliente o clienta?

–Desde que empecé a trabajar de puta cambié mi visión del enamoramiento. No creo que exista esa versión idílica del amor. Jamás me va a pasar con un cliente o clienta. Si me enamoro de situaciones o me gusta ver el proceso de crecimiento de una persona si llevamos varios años de relación.

En los encuentros por zoom que hace ahora con sus clientes, Nina dice que puede explorar una sexualidad menos genital. “Puedo calentar y calentarme desde otro lado –explica–. Cuando me largué con esto, no sabía cómo iba a hacer. De hecho mi primer show erótico virtual fue un fracaso porque falló la conexión. Pero después me acomodé. Y armo toda una historia con cada cliente para tratar de que la pasemos bien a través de la pantalla”.

Nina tuvo que aprender una nueva forma de sexualidad a la que no estaba acostumbrada. “Me pasó con un cliente que durante los encuentros cara a cara era muy tímido –cuenta León–. Pero frente a la pantalla soltó mucho más su imaginación y sus fantasías. Creo que la distancia de lo virtual lo ayudó a explorar en su sexualidad. Logramos juntos un nivel de conexión que me sorprendió”.

Cada día que pasa de la cuarentena, Nina aprende un poco más sobre el sexting. “Yo también expando los límites de mis deseos sexuales. Se puede salir de los encasillamientos más tradicionales y al no estar el cuerpo presente se expresan otros sentidos como la imagen, la palabra y la voz –sostiene–. Por ejemplo, me sorprendió el nivel de aceptación que tuvieron entre las mujeres mis audios con poemas eróticos”.

* 93

–¿Y pensás dejar los encuentros reales?

–Eso jamás, son la esencia de mi trabajo. Es en donde me siento más cómoda para entablar una relación ya sea sexual o para las confesiones más íntimas. Lo virtual será un buen complemento para desarrollar mi literatura erótica y hasta contactos con clientes y clientas de otros países. *

Los 11 escalones y las cartas sin sobres

* 94

Por Andrés Paciaroni

19 de marzo de 2020. El presidente Alberto Fernández anuncia un aislamiento obligatorio a partir de...

–Uh, no. ¿En serio? ¿Otra crónica sobre la cuarentena? –dice mi otro yo.
–Y bueno, ¿qué se te ocurre escribir en 2020? –respondo.
–Tenés razón, es un poco raro estar más de 150 días más o menos encerrados.
¿Pero qué vas a contar vos? No salís a la calle, no hablás con fuentes, estás todo el día en tu casa, no te enfermaste. Visto desde afuera parece un embole lo que haces –duda mi otro yo.
–Hum. Puede ser. Vamos a ver –digo e intento cerrar la discusión.

Empecemos por el principio. Mano izquierda va al lado derecho de la cama. Levanta el acolchado y lo corre hacia la izquierda. Apoyo el pie derecho primero. Jogging. Buzo. Medias. Zapatillas u ojotas, según el día.

Bajo los 11 escalones que van de mi pieza (sí, digo pieza, no cuarto, ni habitación, ni dormitorio) hacia el comedor, luego voy al patio y finalmente a la cocina. Pava, agua, fósforo, mate, tacho de basura, yerba, batir mate, primer chorro de agua caliente al hueco de la yerba, bombilla, termo. Voy al comedor y prendo mi notebook.

No hay mails nuevos laborales. Mi idea de todos los días es empezar a trabajar a las 14, pero igual chequeo a las 11 si la nota que programé anoche se publicó. Compruebo eso y aviso por una app a las secciones Portada y Facebook/Twitter que esa nota está disponible. Puedo programar esos pasos también, pero como mi cerebro mantiene un componente analógico decidí hacerlo en vivo.

¿Cuál es mi tarea? Leo las cartas que los lectores envían al diario, elijo cinco o seis por día, encargo una ilustración para la carta principal y publico seis páginas semanales con ese material. También son seis notas semanales en la web, con otro esquema y otros elementos a tener en cuenta.

¿Cartas? Bueno, son e-mails. ¿La gente le sigue escribiendo a los diarios? Sí. Más de lo que pensé cuando al inicio de la cuarentena me propusieron esa tarea para no ir a la redacción porque convivo con una paciente de riesgo, mi hija de 15, la menor. La idea inicial era seguir con mi labor de lector de última instancia en el cierre de la edición papel.

Ya son las 14 y subo con la notebook a mi pieza (sí, pieza) donde tengo un pequeño escritorio que da a una pequeña ventana que deja entrar una pequeña estela de luz. (Uy, las repeticiones, después las cambio. O no).

Reviso la casilla del mail laboral de mi cuenta y luego la de la sección. Abro el Word (mentira, es un Libre Office) y veo lo que tengo para producir. El texto principal ya se lo envié ayer al ilustrador, me faltan elegir cuatro o cinco más para completar la página.

No estoy en las calles, pero igual me sorprenden día a día los mensajes de los lectores. Muchos son esperanzadores y buena onda. Otros, apocalípticos. También hay denuncias improbables. Y están los que critican a los políticos en general o a un partido en particular.

También aparecen lindas historias. Como la de la mujer que escuchó decir “Te quiero” por primera vez a su hijo durante la cuarentena. El nene de cuatro años había sido diagnosticado con Trastorno del Espectro Autista y la madre desde ese lunes logró “una conexión aún más grande”, escribió.

Otro relato llamativo fue el de un jubilado que aprovechó el aislamiento para ordenar y catalogar sus 10.000 banderines de fútbol.

También están los que piden por favor que les publiquen su carta y luego mandan un mail quejándose porque les corté algunos de sus 4.000 caracteres. También están los que agradecen.

Algunos envían en el mail un saludo y una presentación muy amable con el texto principal en un documento aparte. Me ilusiono porque digo: “A ver qué lindo tema tiene este lector”. Y a veces me encuentro con un escueto: “La clase política es corrupta. Es así. No hace falta decir más. Fin”. Y sí. Hace falta decir más. No me sirven esas dos líneas para completar casi 7.000 caracteres diarios.

Para elegir las cartas tengo en cuenta los temas de la semana, la extensión y el autor. ¿Por qué al autor? Porque hay algunos que envían una o dos por día.

Muchas me parecen atractivas (a mí, no quiere decir que lo sean), pero no puedo repetir al lector.

Ya elegí las cartas que se publicarán mañana. Ahora el trabajo es poner todo en caja.

¿Qué es poner en caja? Trabajo para el papel. Un oficio que se está extinguiendo, pero que a su vez tiene la ¿magia? de necesitar de algunos cánones muy difíciles de esquivar. En mi caso tengo que respetar un título principal a una línea, texto principal de entre 1.400 y 3.500 caracteres, según el tamaño de la ilustración, subtítulos de dos líneas y textos secundarios que no superen los 1.200 caracteres. Deben ser como mínimo cinco historias por edición.

Ya pasé los textos que recibí en MAYÚSCULAS a alta y baja. Como corresponde. Puse todo en caja. En este momento subo los textos a la web, pongo un título distinto al del papel, busco fotos, pego otras notas de consulta y programo la sección para que esté visible mañana desde la seis.

Ahora tengo que elegir la carta principal de pasado mañana para darle tiempo al ilustrador.

Son las 18 y empieza el ciclo de nuevo. Antes, otra vez, bajo los 11 escalones que van de mi pieza al comedor, paso al patio y llego a la cocina. Pava, agua, fósforo, mate, tacho de basura, yerba, batir mate, primer chorro de agua caliente al hueco de la yerba, bombilla, termo. Me hago unas tostadas y les pongo queso. Almorcé picoteando lo que dejó mi familia.

Subo los 11 escalones con el termo, el mate y un plato con las tostadas. Ya no entra tanta luz por la ventana.

Abro la casilla de correo de la sección. Busco. Busco. Busco. Este lector no porque salió ayer, este tampoco porque acusa a alguien sin asidero, este otro menos porque dice que leyó que el coronavirus se cura con cloro. ¿Este? Tiene 10.000 caracteres. No voy a llegar a cortarlo. Aparte la sección dice claramente en un apartado que las cartas no deben superar los 1.200 caracteres.

Éste es el que va pasado mañana. El tema es repetido, coronavirus, pero lo toma desde el punto de vista de alguien que agradece porque su hermano se recuperó.

No se trata de otro Boca-River de economía o salud. Chequeo, le pido un par de datos más a la autora y avanzo. * 97

Corto el trabajo para cortar (uy, otra repetición) carne y verduras para un guiso para la cena. No lo voy a cocinar yo, pero por lo menos hago algo. Hoy cocina mi hijo de 23, el mayor. Mi mujer cocina casi siempre. Mi hija lo hace algunos días y yo, los fines de semana.

Toda la familia está haciendo algo y, a pesar de vivir en la misma casa, nos vemos poco. Mis hijos estudian y mi esposa da apoyo escolar integrador a dos chicos en estos tiempos de pandemia (frase nunca dicha) por medios digitales.

Vuelvo a subir los 11 escalones, trato de ajustar lo que falta para la web y me conecto con la redacción. Me pidieron si podía leer y corregir algunas páginas para el cierre de hoy de la edición de mañana. El compañero que está en la redacción me indica cuáles son las páginas a revisar y yo las voy viendo.

Termina el cierre, bajo los 11 escalones y ceno. Mi familia ya lo hizo, pero se queda alrededor de la mesa. Cuando termino de comer estoy solo. Lavo lo que quedó. Juego al Age of Empire (soy un hombre mayor) o miro alguna serie o película en la notebook, pero sobre la mesa del comedor. Si lo hago en la cama me duermo al instante.

A las 2 de la mañana subo los 11 escalones y me acuesto. Mañana todo volverá a empezar.

O no. *

Después de todo

* 98

Por Miguel Russo

“¿Te pensás que porque me salvé de la pandemia soy un otario? Rajá, turrítito, rajá”. Las letras sonaron duras en la pantalla del celular y supuso que, cuando recibiera el whatsapp con la respuesta, la cara del jefe de editores se tornaría más roja. El desconcierto que provoca la literalidad en las pantallas, con su ausencia total de enjundias, gestos y entonaciones, ahora le permitía jugar en base a los malentendidos que genera: ¿lo estaba escribiendo en serio o lo estaba escribiendo en broma? El pedido había sido igual a las decenas que le habían llegado en los últimos seis meses: un aluvión de palabras con el mismo eje central: la vida en cuarentena.

Leyó de nuevo la respuesta y dudó con el dedo sobre el mouse antes de clicar el envío. Caminó hasta el equipo de música. Sabía qué disco buscar (Punc, de Leo Maslíah), qué tema seleccionar (“Qué papelón”) y qué actitud tomar cuando empezara a sonar: sentarse frente a la pantalla de la computadora, tomarse la cabeza con las manos y hundirse en la angustia.

La voz monocorde de Maslíah empezó después de tres o cuatro acordes de piano: “Era un poeta muy menor. / Se creía un gran valor, / pero como un profesor / bien le dijo su poema no valía ni siquiera el tiempo que para leerlo tardaría un corrector.”

Se quitó las manos de la cara con cierta premura (la sensación de estar autocontagiándose no se le había retirado del todo). Levantó los ojos parpadeando un par de veces como para quitarse algún rastro absurdo de virus y los enfocó en la pantalla.

Leyó: “yo quede que hoy me escribian pero si ya sabemos de antemano q no queremos yo les digo que no”. Intentó encontrarle algún significado, pero la ausencia de acentos, signos y alguna que otra letra lo volvió a desorientar y comprobó que recién estaba en la mitad del segundo párrafo de la novela. Comprendió, como se comprenden sólo las cosas terribles, que los términos “novela” y “párrafo” correspondían a otras épocas. Siguió: “sisis por eso confio cuando mandan ustedes, porque, porsup podemos equivocarnos”. El ojo izquierdo, ese que siempre le temblaba al ponerse nervioso, amenazó con un

cosquilleo, como la calma chicha que precede a la tormenta.

* 99

Maslíah atacó la segunda estrofa: “Era un poeta fanfarrón. / Pese a ser románticón, / en lugar de al corazón, / su poesía más lograda no llegaba más que al páncreas, o con suerte un poco más arriba, contra el esternón”.

Pensó en la salida de otras pandemias, guerras, crisis, grandes quilombos. Siguiendo un impulso que no supo muy bien de dónde provenía, se levantó y caminó hasta la biblioteca tratando de recordar cuántos textos le habían mandado para que leyera desde que se levantó la prohibición y el virus pasó a ser un mal recuerdo. Sacó unos libros y los llevó apurado hasta la mesita de la computadora, apilándolos a un costado de la pantalla en un precario equilibrio.

El estribillo de la canción retumbó en toda la casa: “Era un poeta desastroso. / Mi abuela en sus ratos de ocio escribía mejor que él”.

Recordó que deberían ser unos cincuenta y pico de textos; que algunos se habían publicado a pesar de los informes negativos que le enviaba al jefe de editores, y que algunos hasta habían tenido buenas críticas en los suplementos literarios, que no paraban de anunciar el comienzo de una nueva narrativa post-pandemia.

Trató de continuar con el tercer párrafo: “se acomodo en el sillón de mimbre, descalza acaricia el pasto verde oscuro, el lago traía el perfume pino de los montes. Ella levanto la vista, lo miro y le sonríe”.

El ojo izquierdo ya era como un semáforo en amarillo. Comprendiendo que debía frenar lo inminente, abrió el primer libro y leyó, como si se tratara de una vacuna milagrosa: “Digo, por tanto, que habían ya llegado los años de la fructífera encarnación del Hijo de Dios al número de mil trescientos cuarenta y ocho, cuando en la soberbia ciudad de Florencia, bellísima entre todas las de Italia, se despertó una mortífera peste”.

Las pestes no tenían nada que ver, recapacitó. Al fin y al cabo, las diferencias entre una peste y otra son patrimonio de los científicos y los periodistas que todo lo saben. Había algo más que se había hecho carne en la sociedad como la ingesta de hamburguesas de porotos o el uso desmedido de la palabra “obvio”. Algo que tenía que ver con el cambio de los objetos de escritura. Pensó en cómo se había modificado la literatura cuando la pluma de ganso reemplazó

al cincel, y cuando la estilográfica condenó a la pluma a habitar el intersticio entre la pared y la heladera en formato plumero. Y luego las primeras Remington.

* 100

La voz de Maslíah emprendió la segunda parte del tema: “No era un poeta del montón / porque la comparación / de lo de él con un millón / de obras de las más mediocres de su tiempo lo dejaban mal parado o mejor en penitencia en un rincón”.

Dejó el Decamerón al costado y agarró a Camus, La peste. “Los curiosos acontecimientos que constituyen el tema de esta crónica se produjeron en el año 194... en Orán”.

La pantalla frente a él tenía la extraña combinación de rechazo y atracción que suelen tener las arañas pollito. En cristiano: que te cagás de miedo pero no podés dejar de miraras. Enfocó el siguiente párrafo: “la revolucion francesa fue una época, de terror en la cual participa un mienvro de una secta que guillotina a la gente de la realeza”.

Maslíah continuaba: “Era un inepto, un anormal. / Su poesía no era tal, / porque estaba toda mal. / No pegaba una palabra y, con perdón de los caballos, escribía en el estilo a la manera de un bagual”.

El ojo pasó a latido incipiente. Apresurado, tomó el siguiente libro. Lo abrió, leyó: “Lunes, 23 - miércoles, 25 de junio. Isidro Vidal, conocido en el barrio como don Isidro, desde el último lunes prácticamente no salía de la pieza ni se dejaba ver”.

La cara de Bioy se le apareció en un aquelarre frenético. Cerró el *Diario de la guerra del cerdo*. El ojo izquierdo adquirió vida propia cuando la pantalla de la computadora le descerrajó un nuevo párrafo: “Creo que, estaba a punto dedes vanecerme no se si pq estoy cansado del viaje los nervios o el cambio de clima”. Hizo click rapidito en la x de la punta del documento y volvió la paz del salvapantallas.

“Era un poeta lamentable, / cretino, burgués, panfletario, copión, sensiblero y gil”, sonó el tema en la desolación de la casa.

Hizo un ademán delante de su cara sacudiendo la mano. Como si una mosca impertinente zumbara una y otra vez frente a él con la proverbial escasez

de memoria de las moscas. Retomó eso de los instrumentos de escritura: la máquina de escribir, la computadora, el celular. El ojo saltaba despiadado. Ni siquiera se detuvo cuando llegó a la conclusión, como un satori, de que ahí estaba la cuestión, en el celular como secreto de la nueva escritura. El celular en modo whatsapp, convertido en único medio de comunicación durante la pandemia.

* 101

Era eso: la clave de la nueva literatura, el desuso de los signos de puntuación y los acentos, el apócope despiadado, el entendé lo que se te cante y si no entendés me ne frega un cazzo porque no escribo para que entiendas sino porque se me canta el forro de las bolas. Ahí estaba la cosa: el whatsapp y la pandemia como paradigmas de la nueva literatura.

Maslíah desató el nudo: “Cuando apretaron el botón / y se vino la reacción / en cadena que un neutrón / expandió por el planeta, no quedó ningún poema de los grandes escritores de la civilización. // Nuestro poeta se murió / y mirá lo que pasó: / su poesía se salvó / y fue lo único que de nuestra cultura rescataron los extraterrestres cuando visitaron la región”.

Pensó en los escritores del panteón literario argentino. Trató de imaginarlos escribiendo con whatsapp y no pudo. Hizo fuerza, pero no pudo. Abrió nuevamente el documento, hizo clic en aprobar y lo envió al jefe de editores: la nueva literatura ya era un hecho.

La voz de Maslíah retumbó en toda la casa: “Y en bibliotecas de galaxias / lejanas, / lo único que hay de nosotros es la obra de él”. ❁

La salud de los Irrelevantes

* 102

Por Ariel Magirena

—**E**nfermera... ¡enfermera!
Nadie responde: el enfermero está conmigo. Me ayuda a ocupar mi cama después de haber ingresado por guardia 18 horas antes con un cuadro que nunca había padecido ni imaginado. La pancreatitis es la inflamación de un órgano cuya función había olvidado luego de las clases de biología de la secundaria.

Bajando del auto en el que me llevaron me costó reconocer al hospital público donde tantas noches había cubierto noticias de tragedia o sangre para el noticiero de tv donde trabajé 25 años hasta el despido indirecto y sin indemnización con el que se me ejecutó mientras cursaba una licencia médica por otra causa, vinculada con mi trabajo (una opinión profesional sostiene que ésta es efecto de aquella).

La calle cortada, el acceso vallado, la vigilancia policial y módulos sobre la calzada lo hicieron desconocido, pero la vieja señalética de principios del siglo XX dice claro “URGENCIAS” y me dirigí a la sala vacía con sillas en dos sectores, uno identificado covid. Desde la única ventanilla alguien me señaló sentarme. La espera se convirtió en la eternidad subjetiva del dolor que cortaba mi aliento y mi atención mientras oía lo que parecía una lección de mi interlocutor acerca de que él estaba allí haciendo su trabajo, cuando yo apenas intentaba pronunciar mi urgencia tímida a través del barbijo.

Mi DNI tenía la mitad de las respuestas al interrogatorio de protocolo con el que fui recibido al ingresar mientras el médico escuchaba, entrecortada, mi descripción de los síntomas, auscultaba, medía tensión arterial, pulsaciones, glucemia y temperatura. Un suero para mi hidratación sucedió a la primera toma de una muestra de sangre que salió a laboratorio en tanto incluían en él el calmante apropiado que alivió poco pero pronto. En menos de media hora fui llevado en silla de ruedas al consultorio donde esperé casi un día. ¿“No tenés el soporte para colgar el suero?” se escuchó. El camillero rió; discretamente. Estaba formalmente internado. Pedí un vaso de agua. “No podés. Serán varios días sin ingerir nada hasta desinflamar el páncreas”, dijo la enfermera. La muestra de sangre ya había hablado en el laboratorio. El

hisopado se haría antes de ir a pabellón.

* 103

El periodismo cambió mi vida. Escapé púber de la villa a la intemperie. Estudiar fue una decisión que tomé después de casarme y habiendo pasado mucho de lo que podía entonces pasar alguien en situación de calle, incluido drogas, frío, peligro, buenos amigos pero malas compañías, rock, la condición de okupa, la conciencia de clase, el trabajo precario que permitió mi primer alquiler, el amor de la hija del portero y la militancia peronista.

Cambió también pronto mi condición social a la que me fui haciendo con incomodidad y memoria. La pobreza se carga como una culpa que nunca se supera. El sueldo de televisión me dio el lujo de la salud privatizada a la que me resistía ideológicamente hasta que una clínica prestadora de mi obra social se equivocó al aceptarme y operarme de urgencia un pulmón antes de advertir que era pésima pagadora y apurar mi alta. Obligado tomé una de esas prepagas que un soltero sin hijos y buen sueldo puede elegir...hasta un mes después de mi despido, cuando ingresé en un tobogán de deudas que me desclasó.

—¡Enfermeeraa!

La primera noche me advertí que el canon desafinado y discrónico que oía desde distintos puntos del pasillo respondía a la intensidad del trabajo de quienes mantienen funcionando los restos de la salud pública desde hace décadas, pero en especial en esta crisis. Una camilla, aunque a veces sea el lugar para unos minutos de descanso para ellos, no es un buen lugar para dormir. Llegué exhausto, además de dolorido. La noche se disolvió como un suspiro y la mañana llegó antes que el sol. El primer cambio de suero necesitó un cambio de lugar para la vía que precedió otros. Cosas que pueden pasar. En fin, una aguja atravesando la piel buscando una vena es una caricia en comparación con mi dolor de base. Los calmantes van a la vía cada 8 horas o 6, si necesito. Pasaron 11. El suero se detuvo en minutos. Desisto de sumarme al coro del fracaso y me voy a bañar apoyando el envase casi lleno en la tapa del inodoro. Prefiero esperar limpio.

Todo el día aquí es de terror pero de noche empeora. El fin de semana es una noche interminable. Estamos abandonados. Gritos llaman a la enfermera que no vendrá. Gente invalidada desborda en la cama sus pañales. Llanto. En ambos lados de la mía mis compañeros demandan de mí que soy el único que puede movilizarse pese al dolor y el suero en la mano sacado de su soporte

fijo: que les alcance algo que se cayó, que llame yo a la enfermera, que mire en el pasillo dónde hay una. En las noches la habitación se convierte en un asqueroso mar de mierda que la hace irrespirable. Los enfermeros que heredan el desastre apenas se quejan: saben.

* 104

Uno de mis vecinos de cama vive en la calle y fue traído por una iglesia con una pierna rota. Está aquí desde septiembre, cuando el mundo era el otro, y fue testigo de cómo el hospital fue estresándose con el nuevo virus y el pabellón de traumatología terminó recibiendo pancreatitis o insuficiencias renales. Le reconstruyeron la pierna dos veces y quedó quince centímetros más corta. Al “Pipi” no le gusta. Le queda tiempo aun para el alta. Tiene mi edad pero admite que luce como si me llevara una década. Desde que se despierta me pide que llame por mi celular a amigos que no atienden al suyo, que dice él que no tiene carga. Cada llamado es verso y mangazo, mañas de supervivencia: sobrevivictimizarse (víctima ya es) para sumar pequeños favores y atesorar lo posible. Tiene reservas de pañales, jabón, papel higiénico y galletitas ya que los pide a todos. Un verdadero personaje con obvios problemas con las drogas que lo dejaron “fané y descangallado”. Perdió su dentadura con el paco. Ya era rengu pero su pierna, confesó, la rompió al caer sobre un macetero fumando hachís en banda. Duda si quiere que le recorten la pierna sana “para quedar parejo” o que le amputen la reconstruida para pedir en la iglesia. Dice que es cuñado de un político famoso y que en mi época de pobreza él era rico, antes de empezar a “equivocarse” y perder todo. El cura pasó a verlo y me confundió con alguien. Me dejó una bendición que era para otro. ¿Qué hará dios con eso? Tengo compañeros que dicen que soy el ateo más cristiano que conocen porque me considero una especie de “daltónico espiritual”: alguien con una discapacidad leve por la que no puede ver todos los colores de ese universo y no tiene autoridad para refutar a los que sí los ven.

En la otra cama un jubilado culto de voz potente y clara recibe una transfusión. Llegó confundido horas después que yo. Pide que avisen a sus padres. Tiene 80 años. Vino su hijo. No lo dejaron entrar. A nadie dejan.

Al coro del pasillo no lo conozco. Los varones somos menos o somos más discretos. Recuerdo a mi padre avergonzado por su aspecto e incontinencia mientras moría de cáncer en otro hospital para pobres.

Yo, que creo entender todo, soy otro irrelevante para el sistema. De los 5 sueros diarios para no deshidratarme recibí un promedio de uno y medio y no puedo dormir. Pido ayuda y me preguntan sobre adicciones que no tengo.

Los irrelevantes somos también sospechosos. No tengo nombre, me atienden preguntándomelo a partir de algo parecido a lo que entienden escrito en una hoja. Alguno promete pedir que me agreguen un somnífero por vía pero que se lo pida yo al doctor que viene una vez por día mientras evolucionan los valores de amilasa. Un día de tonto sigue a la noche en vela. Más tarde romperé el ayuno con una gelatina para probar la reacción del páncreas. Si la digiero sin problemas me iré mañana a casa y dejaré libre una cama. Eso ya me hace sentir mejor. La Doctora dice que deberían operarme “cuando termine la pandemia” y yo me río. * 105

Discretamente. Como el camillero. *

Un otoño sin abrazos

* 106

Por Gladys Stagno

La cuarentena llevaba 124 días. Habían pasado vertiginosamente unos, cansinamente otros. Muchos habían logrado camuflarse de cotidianos, y sólo unos pocos le habían estallado en la cara. Durante ese tiempo, fuera de su familia directa y los despachantes de los negocios de cercanía donde compraba, no había visto gente, así que esperaba ese día como un permitido. Una probadita de normalidad para soportar la abstinencia de roce.

Fue a realizarse el estudio con el turno pautado. Como tenía médico, se pidió el día en el trabajo, que ahora realizaba en la piecita del fondo, donde montó su lugar de *home office* con la computadora traída de la redacción y una silla desvencijada pero reclinable que le regalaron a poco de empezar el aislamiento. Y aprovechó para hacer una recorrida de diligencias y visitas disfrazadas de mandados, amparada en su permiso de circulación como trabajadora esencial.

Primero fue a retirar un producto a un negocio a la calle devenido en depósito de mercadería en venta por Internet. Para llegar había que caminar quince cuadras y se sintió saludable. Todo el camino respiró con avidez, incluso a través de la tela que le cubría nariz y boca. La costumbre no había vuelto más fácil la entrada de aire.

En el trayecto miró vidrieras de negocios cerrados. Pese a que las persianas que se habían subido por los escasos días en los que duró la “Fase 3” (apertura gradual) del “AMBA” (Área Metropolitana de Buenos Aires) ya habían vuelto a bajarse, notó la reconversión: casi todos vendían barbijos. Farmacias y mercerías. Boutiques y zapaterías. Tapicerías y casas de mascotas. Allí, los ahora llamados “tapabocas” colgaban entre los bozales y las correas. “Si viera esto Maximiliano Guerra”, se espantó.

Después agarró el auto y atravesó cinco barrios. Por unos libros, por unos jabones fabricados por las pibas del merendero de Chingolo, para dejarle unos gajitos de suculentas a un amigo que vive en departamento interno con poca luz porque las anteriores se le murieron.

El primer encontronazo con una realidad que no previó fue en el semáforo: cuando le dio algo de plata al señor que pedía en las luces rojas y volvió a subir la ventanilla se limpió las manos con alcohol. “Este virus nos vuelve más despreciables que la oligarquía”, pensó.

* 107

El segundo sucedió en el umbral. “No, mantengamos el metro y medio”, fue la oración que detuvo el beso. A partir de allí, el permitido de la cuarentena se volvió un bocado amargo. La ratificación, en los impulsos reprimidos, de que en el espacio entre ella y los demás habitaba el miedo.

En cada parada, no hubo gesto de ternura o urbanidad que escapara a un protocolo. Los abrazos se volvieron choques de codos y el apretón de manos un saludo de lejos agitando la palma. “Porque podemos ser asintomáticos”. “Porque yo tengo todos los números para serlo, si no me enfermo nunca”. “Porque estamos en el pico”. “Porque el sábado tengo que ir a llevarle cosas a mis viejos, que tienen 80, y no puedo arriesgarlos por abrazarme con mis amigos”, se recordó.

Las demostraciones de afecto quedaron sepultadas bajo el alcohol fino rebajado con agua rociado sobre todo: las suelas, las palmas, los objetos, la alegría de encontrarse. El contacto se vio reducido a las caricias caninas, de las pocas que zafaron al COVID-19. “¡Mirá cómo te mueve la cola! Es arisca y miedosa, no quiere a nadie, y te lame como si te conociera”, le contaron. Se le ocurrió que quizá a Chinita, la perra, también le escaseaba el trato.

Así, el mate fue un té de jengibre con tostadas de pan casero, porque en aislamiento lo casero abunda. Hasta la pipa de agua fue desinfectada para cuidar la salud.

La conversación fue atolondrada, interrumpida, superpuesta, como de gente sin experiencia social. Y apurada, como ocurren los últimos juegos antes de que termine el recreo.

Notó que uno de sus amigos había adquirido el hábito de conversarse y responderse interrogantes que se formulaba a sí mismo. Y se preguntó si allí habría algún camino a la sabiduría, al hermetismo, o a la locura. Le dio ternura y quiso abrazarlo. Se contuvo.

También reparó en que todos se habían inventado trabajos para suplir los que desaparecieron y habían adaptado, de alguna forma, sus hogares a las nuevas

circunstancias. Ésta se había replanteado cosas, aquel ya estaba de vuelta de los replanteos y había stockeado cogollos, el ansiolítico hippie que se había ganado la aceptación social a fuerza de militancia de clase media. Si la tendencia ya estaba instalada, la pandemia terminó de trocar al transa en motoquero con changa extra. * 108

El retorno a casa fue rápido porque el tránsito estaba liviano en la ciudad, pese a ser día de semana en un otoño de temperaturas amables. En rigor, la cuarentena no se respetaba como al principio pero a cierta hora no quedaban pocos autos: era una Buenos Aires de los ochenta. “Nadie sale porque no hay adónde ir”, se angustió en voz alta. Ahora ella también hablaba sola.

Al llegar, había que sacar al perro y la basura, y preparar el menú para la cena que tocaba ese día según el cronograma ideado para ir poco al supermercado, aunque antes planeaba aplacar la angustia a fuerza de un buen contacto físico con la única persona con quien lo tenía permitido.

Pero la todavía frágil, adaptable y resistida rutina del confinamiento obligado se vio interrumpida ni bien entró. Su pareja estaba en cama, desde donde la miró con cara de pánico. “Tengo un poco de fiebre y me duele la garganta, quizás deberíamos llamar al 107”, dijo. Y le pasó el inalámbrico que olía a lavandina. *

El trabajo y los días

* 109

Por Juan Pablo Csipka

Desde la ventana entreabierta llega el llanto de Emilia. Los sollozos tapan la música que acompaña al periodista mientras trabaja. Emilia es la hija de los vecinos que se mudaron hace unos meses. Nació el 12 de octubre. Va camino de transitar en cuarentena la mitad de su vida recién iniciada. Permanecer en casa por el aislamiento obligatorio implica pasar más tiempo cerca de la habitación de la beba, a pocos metros, reja mediante. El periodista ha cambiado sus rutinas: si antes almorzaba a eso de las 12.30 para poder tomar el tren de las 13:22 o el de las 13:36 a Retiro y desde allí ir a pie hasta su trabajo, ahora se acostumbró a comer más cerca de las dos de la tarde y hacer tiempo hasta las 15, hora de conectarse para iniciar la jornada laboral. Un hábito perdido desde marzo es el de la lectura en el tren: ahora busca un hueco para leer libros que, en circunstancias normales, leería en un vagón rumbo a Retiro o por las noches, al regresar a casa.

Esa costumbre de caminar

La rutina marca que, al llegar con el Ferrocarril Mitre a Retiro, ir a pie hacia la zona de Plaza de Mayo ofrece varias alternativas. Una, la más común, es caminar por Maipú. De ese modo se evita la opción de Florida, que a las dos de la tarde es un hormiguero. Si tiene ganas de caminar un poco más, puede ir por Esmeralda donde, a la altura de Paraguay, suele verlo a César Luis Menotti, en la esquina o adentro de la Saint Moritz. Si hay que cortar camino, conviene ir por San Martín. De hecho, la caminata por Florida ofrece tomar San Martín a través de la Galería Güemes, que conecta ambas calles. Al ingresar a ese pasaje, una plaqueta recuerda que es el escenario de “El otro cielo”, uno de los mejores cuentos de Cortázar, en el que un porteño de los años 40, al pasar por allí, sale a la París de 1870. El espacio y el tiempo no se alteran en la experiencia del periodista cuando va por allí.

Otra galería por la que suele transitar es la que comunica Rivadavia con Avenida de Mayo, a la altura de Maipú, cuando la calle con nombre de batalla del general San Martín se transforma en otro combate del Libertador en suelo chileno: Chacabuco. Si la galería Güemes es imponente, señorial, con su cúpula majestuosa, un monumento de la Belle Époque porteña, el

Paseo de la Resistencia, tal el nombre de la Feria Artesanal, remite a otro momento: 2001. Los feriantes ofrecen remeras y adornos con temas de pura estampa latinoamericana: Cuba, el Che, las Madres. Cualquiera sea la opción para caminar, el paisaje es el del centro de Buenos Aires, bullicioso, con gente que camina apurada, que va a comer o termina de almorzar. Esa imagen cotidiana dejó de serlo el 20 de marzo.

* 110

El periodista piensa en el momento en que terminará la pandemia o, al menos, la etapa de teletrabajo, que hermana a unos cuantos rubros en la vida laboral argentina. Cuando pueda volver a transitar cualquiera de las calles que lo llevan al barrio de Monserrat, seguramente habrá de cruzarse con locales con la persiana baja y el cartel de “SE ALQUILA” o “SE VENDE”. Ya antes del coronavirus, y como consecuencia de la crisis, un lugar muy frecuentado debió cerrar: la librería “Los Argonautas”, en Avenida de Mayo y Perú. Algunos libros de la biblioteca los compró en ese local donde el periodista se detuvo muchas veces. Ahora, y aunque hace cuatro meses que no circula por la zona, sabe que la consecuencia económica de la cuarentena se traduce en locales cerrados.

Tiempo de teletrabajo

El teletrabajo impone su ritmo: periodismo hecho desde casa. Los modos de producción se modificaron a lo largo de los años. Los periodistas antes salían a la calle y volvían para volcar en las máquinas de escribir (ahora PCs) lo que se iba a imprimir en letras de molde (o que circula como bytes). Hoy, suele haber más periodistas en una redacción que en la calle: la web cambió muchas cosas. Lo que antes se hacía acompañado de un fotógrafo en el lugar de los hechos ahora se suple con una gacetilla, y el teléfono resulta ser una herramienta insustituible, junto a Internet. Hasta que llegó el teletrabajo: periodismo entre cuatro paredes, en el que el hecho de que el empleador pague la conexión se acerca más a la excepción que a la regla. Lo que un editor antes decía en persona, cara a cara, escritorio de por medio, ahora es por WhatsApp.

La jornada laboral de sábado marca que se comienza a trabajar a las 10. Hasta mediados de marzo, la costumbre era tomar el tren de las 8:26, que dejaba el margen suficiente para llegar a la redacción a las 10, previa caminata por una Florida casi desierta, cuyo rasgo distintivo, incluso en un amanecer sabatino, suele ser el de los arbolitos que vocean sus ofertas de compra y venta de dólares. Obviamente, la cuarentena hace que el periodista

pueda dormir un poco más, aparte de ahorrarse el viaje y tener que comer afuera. Pero no es lo mismo. Por caso, ya no tiene la costumbre de ir a comprar un libro o un CD a la salida del trabajo, en el inicio de su fin de semana.

* 111

Reencuentro en mayo

Una de las pocas salidas al centro desde el comienzo de la pandemia fue por un trámite bancario que determinó el empleador para poder cobrar parte del sueldo a través del Repro. El periodista cruzó la General Paz a fines de mayo, por primera y única vez desde marzo a la fecha, para completar ese trámite de manera presencial. Para hacerlo debió activar en su celular una aplicación, Cuidar, cosa de poder justificar su andar a unos cuantos kilómetros del hogar. Antes de salir, recordó que un compañero de trabajo se había ofrecido a averiguar si se conseguía un disco en Berlín, adonde viajó en febrero para el festival de cine. Bingo: el compañero informó, vía correo electrónico, desde la Berlinale, que había conseguido el material. Como correspondía, se abonó por transferencia bancaria en esos días. Como el colega es factor de riesgo por edad y venía del exterior (regresó unos días antes del comienzo de la cuarentena), debió guardarse en su casa de forma preventiva, así que antes del 20 de marzo resultó imposible volver a verlo. Pero resulta que vive a muy pocas cuadras del diario, casi en un punto equidistante entre la redacción y el banco adonde hay que ir con cita a las 12.

Así, el periodista arregla para tocarle timbre al amable crítico de cine que pudo hacerse un rato para revolver en una disquería berlinesa y hallar el material. Ya han pasado dos meses desde el comienzo de la cuarentena y es el primer compañero de trabajo al que puede ver cara a cara. O, mejor dicho, barbijo a barbijo, y a un metro de distancia. Dos meses más tarde, aún sigue siendo el contacto más cercano con el que entabló un diálogo en persona entre aquellos con quienes comparte una redacción. Diálogo que, por cuestiones obvias, se limitó a “Hola”, “Qué tal”, “Tanto tiempo”, “Gracias por la gauchada”, “Faltaba más”, “Nos vemos”, “Que andes bien”. Cosas así. No mucho más.

La música del azar

Los grupos de WhatsApp sirven como forma de estar en contacto desde la virtualidad, no solamente con los jefes, sino con los propios compañeros de trabajo. Ni hablar de Zoom, una herramienta que ha permitido realizar

asambleas a distancia y así poder mantener al día los reclamos gremiales. El periodista piensa, con cierta ironía, que al momento del reencuentro la frase podría ser: “Ustedes son chicos y no se acuerdan, pero en otros tiempos las asambleas se hacían por Zoom”. Esos encuentros virtuales (que también se dan a nivel familiar) son los momentos en los que se apaga el equipo de música que acompaña la jornada de trabajo.

* 112

Una de las escuchas más frecuentes pasa por la obra para piano solo de Ravel, por Bertrand Chamayou: es el disco que el crítico de cine tuvo la amabilidad de traer desde Berlín y un nexo con la realidad, con haber vuelto a la ciudad y cruzarse con un compañero del diario. Suena el “Minuet Antiguo”: el periodista comienza a escribir una nota. Desde la ventana entreabierta llega el llanto de Emilia. *

Realmente no nos conocemos

* 113

Por Paola Olari Ugrotte

Sólo sé que le gusta cantar y que me quiso enseñar yoga. Que yo no le compartí el wifi, aunque me lo pidió tres veces. Con notita bajo la puerta, inclusive.

Deolinda vive, vivía. ¿Virirá? al lado.

Es mi vecina hace 10 años pero nos cruzamos poco. Ambas muy dedicadas al trabajo.

A las 3 am sonaba la cadena de su baño, la escuchaba desde mi cama. De lunes a viernes. Puntualmente.

Le gusta que la llamen Deo, también me lo contó en una notita.

No sé si le gusta mucho que la llamen o es alérgica a los teléfonos, como yo.

Lo cierto es que todo empezó por una línea telefónica, según su versión de los hechos.

Dio de baja una línea y a partir de allí, la suplantación de identidad.

Alguna vez me preguntó por cuestiones de su cuenta bancaria. Me planteó hackeos extraños por montos pequeños y falta de pago de impuestos inmobiliarios.

Todo tenía sentido en esos tiempos, pero mi falta de pericia en el tema y sus ganas de instalarse en mi living a las 10 de la noche me hicieron cortar la conversación, tal vez abruptamente, para poder comer e ir a dormir. Y trabajar temprano por supuesto. Puntualmente.

Supe de una licencia médica. Lo supe por su presencia en el ascensor, inusual, pero por sobre todo por sus karaokes nocturnos.

Habrán sido 1 o 2 meses. Perdí noción del tiempo y me conformé subiendo el volumen de lo que quisiera realmente escuchar a esas horas.

La música no le hace mal a nadie y a ella le hace bien.

Sin embargo algunos rituales comenzaron a afectar a los demás.

Aceite y sal en el piso de los portales. Una especie de macumba inocente y descabellada.

Me negué al cotorreo infame que proponía la del A. Cada cual tiene lo suyo; corté en seco y en voz alta para que quede claro.

Luego volvió al trabajo, que le quedaba demasiado lejos así que decidió vivir durante la semana a 90 km de nuestro edificio. Y volver sólo para lavar la ropa y dormir de corrido sábado y domingo. En algún momento volvió a quedarse acá, no sé cuándo. Todo el día en casa está vez.

* 114

Volvió el karaoke. Volvieron los encuentros casuales de ascensor.

Los domingos ya no dormía todo el día.

Deolinda se sumó a las celebraciones evangelistas y clandestinas del 50 B.

Lo noté cuando no se quejó del tremendo zapateo que ocurría sobre su cabeza.

Lo confirmé cuando comencé a prestar atención a su llave corriendo en la cerradura minutos antes del bullicio. Puntualmente.

Cada cual tiene lo suyo.

La cuarentena nos encontró solas.

Como vivimos siempre.

Pero sin trabajar. ¿Cómo podemos vivir así?

Los hábitos, los ritmos, todo se esfumó.

1

Transcurrieron los días; para mí adentro como un bicho canasto, para ella ignorando la cuarentena como una mariposa.

Una noche llegué a espiar por la mirilla una posible reunión social en el pasillo. Dos personas jóvenes compartían sus pantallas de celular mientras ella también les mostraba algo sin mantener el distanciamiento recomendado.

Contuve mi espíritu delator y simplemente esperé a que terminara la caza de pokémones, la misa en línea, lo que estuvieran haciendo.

Ignoré durante días el ir y venir del ascensor.

Traté de enfocarme en mi propio mundo, pegado al de ella, pero en el cual quería mantenerme aislada y segura.

Hubo algunas consultas extravagantes en la puerta del departamento sobre el color que debería tener un mensaje de whatsapp o por tal o cual servicio del edificio. Todo parecía normal e incómodo, pero sumamente aceptable, como siempre. Hasta que una madrugada de sábado toca la puerta y en pijama le salgo de testigo.

La Policía Científica en tiempo récord levantaba huellas de una caja de perfume, en su casa. Deolinda denunció un robo. Su casa era un caos, pero no parecía un caos reciente.

Algunas de sus ropas (difíciles de vender) y algo de plata (no sabía bien cuanto), decía, habían desaparecido.

* 115

El encargado y yo pensamos que sabía quién había sido. Que tal vez alguna persona había abusado de su confianza. Que nadie más que ella tenía llaves de su casa. Nos miramos e interrogamos para más detalles, nada cerraba. Nos quedamos con la duda cuando mencionó cierto reemplazo de su escritura por una fotocopia. Cierta apropiación de aportes jubilatorios. Cierta sustitución de identidad.

Para el día siguiente ya no teníamos dudas y el precio de un cerrajero nos convenció de no cambiar la llave de la entrada.

El domingo estuvo gritando durante horas.

Había insultos mezclados con alaridos. “Los hijos de puta” le habían robado sus cosas, su plata, su sacrificio.

Pasado al mediodía alguien llamó a la policía. Seguramente la vieja del A que ya la tenía en la mira. La charla fue inverosímil hasta que vinieron del Same y le hicieron tomar su medicación.

Nos enteramos que tenía una hermana. Una que cuando la googleamos y llamamos se desentendió inmediatamente.

Nos enteramos que su delirio persecutorio había avanzado.

Ahora le cambiaban cosas de lugar. Ahora se querían quedar con su departamento y su trabajo. Hubo una tensa calma. Le alcancé un tupper con guiso.

El lunes me levanté temprano, me despertaron los gritos.

Había violencia en su voz, bronca, desesperación.

Esta vez fui yo la que llamé al Same. Pero también vino mucha policía.

Demasiada, indiferente. Deo entonces cuenta sobre un trastorno de ansiedad, un pasado en un neuropsiquiátrico y una bolsa con remedios.

Todo escupido así de pronto.

2

Realmente no nos conocemos.

La hermana no nos atiende.

Deolinda desbarranca en sollozos. Su historia aumenta y la acorrala al punto de que deciden llevársela.

Entre cuatro.
Por las escaleras.
Así como estaba.
No soporto, me encierro y espero.
Salgo para hacer algo pendiente y al volver me entero que mi vecina regresó.
Volvió descalza y desabrigada.
Así como estaba.
Media hora después de la traumática salida estaba de vuelta como si nada.
Le habló el encargado. Le hablaron los evangelistas. Le hablamos a la policía
que jamás contestó sobre lo ocurrido.
Después cada cual tiene lo suyo.
Una semana tranquila.
Sólo salidas.
Sin gritos.
Sin alaridos.
Pacto de no intervenir para evitar internación.
Platos de comida del 50 puntualmente.
Hasta el domingo.
La del A me toca la puerta.
Tu vecina (ahora es sólo mía) está colgada de los cables afuera, salió por
la ventana, me informa. Sabíamos que iba a pasar. Temíamos más por un
incendio o una apertura indiscriminada de gas. Pero el drama se supera a sí
mismo.
Con las manos de muñón que le deja la artrosis, Deolinda, que tiene sólo 3
años más que yo y evidentemente más destreza física, logró dar la vuelta hasta
la medianera en un 40 piso.
Luego pasó lo que pasó.
Se tiró o perdió el equilibrio mientras yo hablaba con el 911.
Interrumpí el llamado cuando escuché el golpe seco.
Bomberos, chusmas morbosas y todo un barrio alborotado.
Pero la vemos y está viva.
Guardamos la esperanza.
No hay forma de tener un diagnóstico, no somos nada. Realmente no nos
conocemos.
Escribo esto ahora mientras afuera está horrible, y un poco adentro también.
Siento el vacío de al lado.
La bronca de una cama a la que está atada.
La ausencia de su familia.
El miedo del vecindario.
El peso de la burocracia.

Siento todo eso puntualmente.

Entiendo más que nunca lo de que cada cual tiene lo suyo.

Me rebelo ante esa idea que nos impide reconocer la locura y abrazar a quien la padece, especialmente en tiempos de distanciamiento obligatorio.

Vienen nuevamente a pedir los datos de la hermana y ahí nos enteramos que está en otro hospital. Conozco a alguien allí y así me entero del estado de mi vecina.

De eso no se va a morir me dice. Pero nunca se sabe, la tienen que operar.

La trasladan por obra social a la provincia, un sanatorio. Me avisa de una hemorragia interna, me avisa que la tratan como sospechosa de covid. Sólo una vértebra quebrada, pero tal vez no pueda volver a caminar.

Ella no tiene más que lo puesto y la llave de su casa quedó trabada del lado de adentro. ❀

Into the Wilde

* 118

Por Priscila Margolin

La pandemia se convirtió en una ruleta rusa de trabajadores de prensa. Mientras que a algunos les tocó trabajar en redacciones, hospitales, calles, estudios de TV, autopistas, barrios, a mí me tocó volver a ser hija. Y no precisamente de mis padres.

Ser periodista y que, ante un evento único e inesperado como el COVID-19, te toque quedarte en tu casa, es raro. Una periodista sin la posibilidad de salir a calle es una contradicción. Mi trabajo pre pandemia no era precisamente aventurarme al exterior, pero la cancelación definitiva de esa posibilidad fue un shock. Si bien al principio me resultó intrigante y hasta divertido, con el tiempo esa comodidad me empezó a incomodar. Compartía este sentimiento con mis colegas: “No puedo creer que estamos en una pandemia y a mí me tocó quedarme en casa”. “No te podés quejar, sos una privilegiada”, me respondían desde la calle o la redacción, allí donde quedaron “los valientes” ¿Y el resto?

Intenté buscar definiciones sobre este limbo a donde fui a parar como periodista. Se me cruzaron algunos conceptos como: cobarde y prescindible. Otros menos severos como: comprometida e incluso privilegiada. Fue inútil ponerlo en palabras. Sin embargo, pude sentir que comenzó a abrirse una nueva dimensión de periodismo adaptado a este encierro que va más allá del Zoom, los barbijos y el alcohol en gel.

La cuarentena, me transformó sin quererlo en periodista “hogareña”, y no de un sólo hogar. En pleno confinamiento, un motivo de salud me hizo trasladarme hacia la casa de los padres de mi novio. Fueron razones de fuerza mayor. Me necesitaban en otro lugar, así que tomé mi computadora, mi anotador de ideas y me dirigí temerosa hacia mi propio Gran Hermano, en una casa en Wilde, zona sur del conurbano bonaerense donde los participantes eran mi novio y mis suegros. Vale decir que las últimas convivencias con mis padres fueron muy difíciles, así que sentía miedo e incertidumbre por lo que me esperaba, sumado a, por supuesto, el pánico del porvenir del mundo, del país, de la economía, de mi familia, amigos y de todos los argentinos.

Integrarse a una familia con una dinámica establecida hace años no fue fácil. Mi rutina se vio poblada de incomodidades como encontrar el momento perfecto para ir a bañarme y no interponerme en la de los demás; ofrecerme como voluntaria para todo quehacer doméstico como ir al supermercado, lavar los platos o poner la mesa; negarme rotundamente a que mi suegra lave mis bombachas: “Quedate tranquila, yo no las toco”, me aclaraba; cocinar una de las 3 recetas decentes que conozco e invertir toda mi energía en cordialidad y buena predisposición para hacer que la convivencia funcione. Y cuando digo energía, me refiero a mucha.

La mesa alargada llena de computadoras, amigos y colegas, pasó a ser un pequeño escritorio sin espacio para poner las piernas; las reuniones de brainstorming se convirtieron en ventanitas en una pantalla interrumpidos por interferencias e imágenes freezadas; la infaltable pausa del café de las 5 de la tarde, se transformó en una taza de instantáneo solitaria; el carpooling con amigos hacia el trabajo, se redujo a un trayecto de menos de 30 pasos; las charlas con mi jefe fueron muchos más llamados de los que hubiera deseado; las conversaciones de ideas de nota se transformaron en tipeos y las imágenes, en archivos cuya calidad había que bajar para poder enviar vía Whatsapp.

Los primeros días pasaron y tuve éxito, no fui nominada para abandonar la casa. La ropa limpia empezó a escasear, así que tuve que lavar mis bombachas mientras me bañaba y hasta me animé a meter al lavarropas varios pares medias, un buzo y un jean. Me integré a la casa bastante bien por obra de la compensación: no cocinaba pero lavaba los platos; no iba tanto al supermercado pero ponía la mesa; el tiempo que me ausentaba para trabajar, lo invertía en conversaciones a la hora del café, almuerzo y cena. Así me enteré que mi suegro fue amenazado a punta de pistola por militares durante la última dictadura militar: “Zafé de milagro”, contaba. También que jugó al rugby hasta los 25 años. Por el lado de mi suegra, que tuvo la oportunidad de irse a vivir a Venezuela para impartir una nueva modalidad de jardines de infantes que rechazó porque su madre se lo prohibió. “Era otra época”, explicaba. Y, que si hoy pudiera, volvería sin pensar a ser maestra jardinera, entre otras historias de cuñados y cuñadas, de esas que dan pudor contar. Yo también hice mi parte, conté la última vez que me rompieron el corazón. Una traición de un ex novio, que fue más fácil superar gracias a mi actual pareja.

Desahogaba mis incomodidades diarias con amigas por celular. Activaba las notas de voz y daba rienda suelta a la tan necesaria catarsis: “tendría

que comprar más comida”, “debería cocinar más”, “tengo que lavar de nuevo mis jeans y me da vergüenza tener que pedirle a mi suegra, pero no sé cómo funciona el lavarropas. Si no te juro que lo haría yo”, “debería regalarles algo por todo lo que están haciendo por mí. Una atención. Algo”.

* 120

Entre mis protestas diarias, recuerdo haberle dicho a una amiga: “Me siento de nuevo una niña, hasta me llaman a comer”. Ella me contestó: “Hace mil que no me hacen de comer”. Esa respuesta me frenó de golpe. Todo el palabrerío que venía vomitando, me lo tragué. Mis ojos se abrieron grandes como los de Anton Ego, el despiadado crítico gastronómico de la película de Pixar, Ratatouille cuando prueba el plato que lo devuelve directo a su más tierna infancia.

A mí me pasó lo mismo pero diferente: viajé sin escalas a mi cuarto de O'higgins (así llamamos a mi primera casa con mi familia), de alfombra rosa y empapelado blanco con moños pequeños de color rosa clarito y verde. Allí donde la prioridad más absoluta era jugar y que sólo podía ser interrumpida por un potente: “A comer”, que me disparaba hacia la cocina. Pude verme a mí y a mis hermanos recién bañados y en pijama sentados en la mesa color madera y beige eterna, que hoy sigue en la familia; las sillas con almohadones chillones y siempre manchados, listos para comer.

De repente, la pandemia me hizo sentir una nena de 35 años jugando a la periodista en mi escritorio, con mi cuaderno, mi celular, mis anotaciones, una pila diarios y cientos de materiales de archivo hasta que el que el grito más dulce de todos sonaba y volvía a salir despedida, hacia una nueva mesa, ahora redonda, de madera y grande para ver las noticias acompañada de mi novio y sus padres. Igual pero distinto.

Terminé quedándome dos semanas. Mucho más de lo hubiera imaginado. Puedo decir que pasé con mis suegros más tiempo de cuarentena que con mis viejos, hermanos, amigos y colegas. Los: “A comer”, se transformaron en asados, pastas caseras, pasteles, tortas, milanesas, pescados, mariscos y risottos. Algunos platos a pedido y algunas recetas me las llevé para probarlas en mi casa como el budín de mandarinas y el pastel de acelga con salsa blanca. Cada llamado tenía la adrenalina de la curiosidad por ver qué tendría el plato, con qué iban a deleitarnos “los adultos”, cada mediodía y noche.

No querían que me fuera, pero terminé abandonando la casa de todas formas. No quería abusar de la hospitalidad de la familia y soy de las personas que

creen en `dar espacio` y `no quemar la buena onda`. Encendí mi auto, calenté el motor, preparé mi permiso y rápidamente puse música de esas que son perfectas para la ruta y regresé sola a Capital Federal.

* 121

No me tocó un periodismo “de trinchera”, en hospitales con más capas de protección que de ropa; de testimonios desgarradores en primera persona de familiares de víctimas; de contagiados, enfermos y médicos; de comerciantes y vecinos angustiados; de personas con sueños trancos; tampoco conducir programas ni producir notas. Sin embargo, mi realidad home office también tenía alma y corazón dignos de contar.

Había llegado llena de miedos y regresé a mi casa feliz. Ahora sí, pueden decirme privilegiada. *

Covid, cigarrillos y chocolates, un combo letal de más de 100 días

* 122

Por Miguel Bossio

Del grupo de oración de la parroquia saltaron al grupo de excursiones para jubilados. Y sin pasar jamás por ninguno de los chats de WhatsApp, en los tempraneros días de pandemia entraron directamente al grupo de riesgo. Ella, 78. Él, 81. Carmen y Víctor, con “C” de Corona y con “V” de Virus... Los agarró la cuarentena solitos y solos. Sus hijos siempre presentes, aunque en esos días apenas podían monitorearlos por teléfono. Un matrimonio joven, vecinos de la calle Alberdi, les acercaba las cosas que necesitaban. Que, por cierto, no eran muchas: algo de carne y verduras, un poco de lácteos, cada tanto papel higiénico o rollos de cocina. Los viejitos –rebautizados en la nueva normalidad como “Adultos mayores”– tenían una farmacia al lado, así que los remedios no eran problema. ¿Bancos? Se los solucionaba uno de los yernos vía *home banking*.

Estaban bien preparados para esta guerra contra el virus. O, al menos, eso parecía. Acuartelados, casi ni se asomaban a la vereda. Pero, porfiados, un día se hicieron los rebeldes. Aflojaron. Justo en el día 100, el fatídico día 100... Ese sábado por la mañana él comprobó que se estaba quedando sin cigarrillos y ella se levantó con antojo de algo dulce. Podrían haberles pedido a los vecinos. Los hijos o nietos lo hubiesen solucionado con alguna aplicación de envíos. Pero no. Ella se fue al supermercado chino que está a tres cuadras. “Me llevo el barbijo, viejo. Voy y vengo rápido”. Ella se pescó el coronavirus, creen que dentro del supermercado. Se lo pasó rápido a él. Y eso que Víctor no probó el chocolate. Y eso que ella no le pidió ni una pitada. A los pocos días, dos ambulancias los trasladaron a un hospital público de La Matanza. La pelearon, pero no hubo siquiera un empate: Carmen perdió contra un antojo que tuvo desde chica y Víctor besó la lona por culpa de esos puchos que escasearon en algún tramo de la cuarentena. El coronavirus apenas la empujó sobre la línea. Un enemigo invisible como el Covid 19, unido a dos de los vicios más marketineros del planeta, fue demasiado combo para este par de “Adultos mayores”. Una mirada simplista indica que a ella la mató el chocolate. Y que él murió por el cigarrillo.

La historia puede ser verdad. O puede ser ficción. O 50 y 50... Vaya uno a saber

si Carmen y Víctor existieron tal como fueron descriptos. Lo que es seguro es que muchas Cármenes y un montón de Víctores fueron arrasados por esta pandemia. Ni al más ocurrente guionista de Hollywood pudo ocurrírsele algo tan maldito. El Covid 19 atacó a las Cármenes K y a las que votaron a Macri, a las que eligen pasteles de membrillo y a las que comen los de batata. No tuvo compasión con los Víctores que optan por las rubias y que sufren el calor. Tampoco perdonó a los que se babea por las morochas y son del *Team Invierno*.

Ese sábado 27 de junio fue el día 100 de cuarentena. Un sábado en el que un gran porcentaje de Cármenes y Víctores la pasaron peor que el viernes 26 pero mejor que el domingo 28. Un sábado que en la Argentina se registraron 23 muertes y 2401 contagios más. Paradójico, pero esos números que por entonces alarmaban, a la larga terminarían siendo “chiquitos”. El Covid seguía ganando por goleada y, cada día que pasaba, por mayor diferencia de goles.

El coronavirus no distinguía ni discriminaba: nivelaba y emparejaba para abajo. Entre los soldados heridos estuvieron los ignotos de siempre, esos a los que las ambulancias nunca les llegan a tiempo. Pero las esquiras también les entraron a los campeones del mundo, como Carlos Salvador Bilardo. Que dio negativo, después positivo, y otra vez negativo: ni el VAR supo determinar si el Narigón tuvo o no tuvo Covid. Se contagiaban los *nadie* pero también empezaban a tropezar los Cherutti y las Lizy Tagliani. Los buenos, los no tan buenos, los malos y los *mierdas*. Muchos y muchas partieron de este mundo sin ver que, en este imparable *palo y a la bolsa*, cayó hasta Bolsonaro. El mismo que hablaba de “gripecita”. El que se la pescó mientras celebraba goles de los múltiples equipos brasileños de los que dice ser hincha.

El virus se mostró incompatible con cualquier color político. Acá, cada cual la peleaba como podía, arrancando por el intendente de Lomas de Zamora, Martín Insaurralde. Pasando por la ex gobernadora de la provincia de Buenos Aires, María Eugenia Vidal. Esta vez no estaban exceptuados ni siquiera los políticos, ni los de un lado de la grieta ni los del otro. Caían intendentes del macrismo (Néstor Grindetti, Lanús) y del justicialismo (Gustavo Menéndez, Merlo). Más de una Carmen y más de un Víctor, sin llegar a alegrarse, pensaron que por fin los políticos sienten y padecen lo mismo que la gente.

Hablando de la gente... Según un estudio publicado por la Universidad Nacional de La Matanza cuando la cuarentena alcanzó los 100 días, el estado de ánimo general de los argentinos había disminuido un 41,2% en relación al inicio del aislamiento. En esa encuesta realizada en el AMBA, la gente sentía

preocupación (46,8%), incertidumbre (41,8%), agotamiento (30,6%), ansiedad (29%), enojo (24,5%) y miedo (15%). No llamó la atención que el 43,8% confesara necesitar asistencia psicológica. Hablaban de tristeza/ desesperanza (27,1%), ansiedad (25,2%), angustia (22,8%), inestabilidad emocional (20,9%) e intolerancia al encierro (12,4%). También aparecieron mencionadas la sensación de soledad, la idea de morir y la falta de adaptación.

* 124

Mientras los ánimos se iban para abajo, había datos como para tirar para arriba... El Observatorio de Psicología Social Aplicada de la Universidad de Buenos Aires (UBA) señaló que las parejas incrementaron la frecuencia de discusiones y peleas y, al mismo tiempo, bajaron considerablemente los “intercambios de intimidad”. La mayoría coincidía en haberse “relajado” en los límites a sus hijos: a mayor convivencia con los pequeños, mayor cantidad de “permitidos”.

Respecto a la comida, según la UADE, un 70% cocinó comidas especiales como actividad de tiempo libre y, casi una de cada dos personas (48%) consumió más cosas dulces como chocolates, postres o golosinas. La cuarentena aumentó el uso y la frecuencia de productos “psicoactivos”, según un relevamiento de la Universidad Nacional de Córdoba en todo el país: el 61% mencionó el alcohol, el 40% los cigarrillos, el 16,4% la marihuana y el 13,7%, los psicofármacos (con o sin receta).

Carmen nunca fue consultada sobre el mayor consumo de chocolates y Víctor ni siquiera supo de las encuestas sobre el incremento en la venta de cigarrillos. No importa: estos números son más que datos. Cada porcentaje tiene detrás a personas de carne y hueso que la pasaron, la pasan y la seguirán pasando mal quién sabe hasta cuándo. Una sociedad acostumbrada a la ronda de mates, al abrazo, a la peluquería y al asado se quedó de un día para el otro sin eso y sin muchas cosas más. Sin patear una pelota y sin gritar un gol. Sin trabajo. Sin cines. Sin teatro. Sin poder ver a Mirtha, a Susana, a Tinelli. De a ratos parecía que volvía todo eso; por momentos se volvía a foja cero. Y todas y todos seguían sin poder visitar a padres y abuelos como Carmen y Víctor.

Existen altas probabilidades de que Carmen y Víctor hayan existido realmente y de que se hayan despedido de este planeta “*embarbujado*” por culpa de vicios y antojos. De lo que no hay absolutamente ninguna chance es de que nos olvidemos de ese emblemático día 100 ni de ninguno de estos cientos y pico de días que nos fumamos en casa. Ciento y pico de días que vivimos en peligro, tanto que hasta los chocolates se volvieron mortales. ❁

Sangre

* 125

Por Darío Bursztyn

Desayuno en un bar. Cosa rara, no lo hago casi nunca, ni podría pagar con frecuencia 80 pesos por un café con leche y 3 facturas (más la propina porque la chica que sirve no tiene la culpa...).

Es que me hice los análisis. Ahora, dicen en la clínica, que si me registro en un sitio del laboratorio que trabaja para ellos, mis análisis, lo que pasa con y por mi sangre, lo puedo bajar *on-line*. Eso también es raro, digo.

Siempre esos datos fueron datos, como cualquier otro dato. Cifras, bah. Pero esos datos son yo por dentro, mi sangre, mi maldito probable colesterol. No son la fórmula química de cualquier cosa. Y que estén en la web es raro. ¿A nadie le parece raro? Miro por la ventana. Está todo tranquilo. Ver a tres hablando en ronda en la puerta de un mínimo negocio de estéreos para autos ya no me llama la atención. Dicen que son robados... ¿Quién más los puede ver además de mí? Los análisis, digo. No es paranoia. A Facebook le convino pagar cientos de millones en multas por filtrar datos personales de las blancas palomitas que van contándole cada minuto de su vida, pero para ese entonces los datos de millones de personas ya estaban vendidos. ¡Relajá!, me digo.

El bar es uno de esos de antes, y me gusta. ¡Me hice análisis, papá!. No preciso porcelanato y dicroicas. No estoy celebrando nada. El tazón y el fulano detrás de la barra es un lugar seguro. Está frente al Hispano. El bar es como una terapia. Este bar. Las cosas son un 15 o 20 por ciento más lentas. Hay un diario por ahí, pero tengo el algodoncito en el brazo. No quiero. Quiero estar así.

En la tele está Crónica. Santo Biasatti mira a cámara y remarca que nadie pero nadie puede ser perseguido o juzgado por su ideología, pero que esta violencia de las bombas, bla, bla, bla, bla. Esta violencia...

La placa roja de Crónica dice que la mujer está grave, que atentaron contra “el mausoleo del Cnel Ramón Falcón”. Ponen Cnel, no coronel. Es feo eso. Todo es rojo. La placa, el zócalo, el tono. Dicen que vivían en una casa tomada, que hay doce detenidos; el cronista dice en off “esta es la casa donde...”, y la cámara muestra una imagen tipo mural en una pared, a colores, con un luchador o

algo así, pintado. Claro. Un luchador. ¿Es el Che? No. No es, parece Santiago.

* 126

Le pregunto a la chica por la contraseña. Dice que el bar no tiene internet. Tenía, lo juro, porque aquí estuve en marzo cuando me hice los otros análisis.

La siguiente placa roja de la tele dice “es inminente el traslado de los detenidos”, y me parece que subieron el volumen. O el de la barra o desde el canal. Que no sé cuáles, dispara Crónica, son cómplices del asesinato de un baterista.

Salta la pantalla, sigue Crónica. Hay otro último momento más último momento. Hubo un motín en la comisaría de Trasaradio, y hay 4 muertos y heridos, e incendio.

Me terminé el café con leche. A las 9 y pico de la mañana todo son armas, cascos, celulares policiales, pericias, cordones de zona, policías de civil.

Pienso si ese bolonqui no está muy afuera del bar. No, está adentro.

El chico que me hizo la extracción en la clínica me preguntó si hay lío o está todo cortado en Congreso. Cuando entré le dije que en general hay que esperar y que hoy no vi mucha gente para el laboratorio. Y él que “ayer no vino nadie por eso”. Eso mientras te sacan sangre parece que fuera cáncer. Nadie nombra el cáncer. Dicen “está grave”. Y te miran para que entiendas. Eso no es el cáncer, pero el chico dice “eso”. Eso debe ser la marcha. Pero que claro, agrega, no hay un mango. Y ahí toma un poquito de confianza y agrega que nos dan por la cabeza, que todo está imposible. Le respondí, mientras la goma esa me apretaba el brazo, que no hay corte de nada en la calle, que yo vine bien en el subte, como sardina pero bien. De repente tuve ganas de preguntarle quién le dijo que había cortes. No pregunté nada. Gente amiga de Mendoza cada vez que los veía en Mendoza me decían “¿Y? ¿Qué tal Buenos Aires? Un despelote, ¿no?”. Y yo me quedaba pensando a cuál despelote se referían. Pero uno no tiene ganas de pudrir cada plato de ravioles compartido, y les decía “bueno, si acá tuvieran 10 millones de personas también sería un despelote, ¿no?”.

Ahora son las 9:25. Rodríguez Larreta, lejos del Congreso, inaugura por Crónica el paso bajo nivel de Nazca. Dos rubias y 6 hombres lo rodean. Corrijo: 10 hombres. “Vamos a seguir transformando la ciudad”, dice. Justo pasa por la esquina del Hispano un carrito de super, lleno de cartones, empujado por un flaquito que fuma.

Hace minutos, un señor con tonada más o menos nortea le dijo al del bar “aprobaron la Ley...no sé cuánto a no sé cuánto”. Tonada nortea. Pensé en Catamarca. En la Puna, en la cooperativa de las lanas en Laguna Blanca y en el roperito comunitario antes de llegar a Antofagasta de la Sierra. Ahí en el medio de Crónica, las balas, los celulares, mi algodón en el brazo, la tonada nortea me sobresaltó. Me pareció que le cabe otro lugar. Más real, o más onírico.

* 127

La Ley. El Presupuesto. El empome 2019. Nadie habla del empome, nadie habla del presupuesto. ¿Por qué nadie habla de lo que a mí me llevó a la calle ayer?

Vine a hacerme los análisis. Hace como veinticinco minutos que escribo de lo mismo.

De la sangre. *

También esto pasará

* 128

Por Federico Bianchini

A 19 días de haber empezado la cuarentena en Buenos Aires, escribí: “Repetimos las cosas que haremos “cuando todo esto pase” y decimos: “todo esto pasará”, aunque no nos detenemos a pensar en lo que habrá cambiado cuando todo esto haya sucedido. Cuando escribo “lo que habrá cambiado” pienso: ¿Con cuántos muertos? ¿Con cuáles muertos? Aunque me cuesta, es eso lo que quiero decir: ¿Cuáles muertos?”.

La certeza de las palabras es una de las cosas que más disfruto de la escritura. Su quietud aun en tiempos de cambio e incertidumbre, en tiempos en los que el suelo que pisamos va perdiendo solidez.

Sé que a los 19 días de haber empezado la cuarentena, cuando escribí eso, estaba aterrado, pero “estar aterrado” es mucho más escaso que lo que sentía en ese momento. La pregunta: con cuáles muertos.

Leo lo que sentía y me sorprendo de los detalles, como cuando frente a una foto de la adolescencia trato de reconstruir el momento en el que me tomaron la imagen y sólo me acuerdo de fragmentos: casi nunca un olor, una emoción o tibieza.

Pasaron más de dos meses de ese texto.

Es curioso cómo uno se acostumbra.

Salgo todos los días a trabajar, uso barbijo, no me toco la cara, hablo de lejos. Tengo un amigo que vive en Trieste, Italia. Anuncia él cada vez que nos manda un mensaje al grupo de WhatsApp: “Les hablo desde el futuro”.

A 19 días de haber empezado la cuarentena, por sus comentarios, yo conocía la situación del cementerio de Bérgamo colapsado, de los camiones militares transportando féretros, de las guardias repletas de gente y del caso de un conocido de un conocido, sin afecciones ni dolores, que se había roto una pierna y había ido a la guardia y esperando se había contagiado Coronavirus y ahora estaba internado en terapia intensiva: historias reales o que podían ser ciertas.

Mi amigo, lejos de su familia y en el pico de contagios en Italia, estaba aterrado. Yo, en Buenos Aires a 19 días de haber empezado la cuarentena, también lo estaba aunque de un modo distinto: no por lo que veía sino por lo que esperaba ver.

La escena de Los siete locos, de Roberto Arlt, en la que Remo Erdosain, la frente apoyada en una pared, le cuenta a la esposa que lo acaba de dejar que su feroz degradación empezó de chico, con las amenazas de su padre. Cada vez que se portaba mal, el hombre le decía “mañana te pegaré”. Erdosain niño dormía, pero dormía con sueño de perro, alerta, despertándose de a ratos para ver si ya había amanecido, sufriendo por lo que iba a venir.

Somos Erdosain niño esperando que amanezca.

Cada mañana, frente al televisor o la computadora, viendo a Carla Vizzotti, escuchando el número de contagiados, los nuevos muertos, los porcentajes de circulación del virus: importados, estrechos, de circulación comunitaria. O a la noche, antes de cenar, en la televisión o las páginas de los diarios: letras sobre fondo rojo. Nuevos contagiados, más muertos. Sabiendo, intuyendo, que todo va a ir peor cuando el sistema de salud “colapse” y en las clínicas y los hospitales los pacientes infectados se acumulen en los pasillos.

Pero el ministro de Salud, que estaba más preocupado por el dengue que por el coronavirus, se preocupó. El presidente se preocupó y se estableció una cuarentena estricta y prolongada de la que aún no sabemos cómo saldremos ni con qué consecuencias, aunque tenemos claro que por ella se han evitado miles y miles de muertes.

Ya van 120 días de encierro. El diario español El país dice lo que, por motivos muy diferentes los diarios argentinos no reconocen: “Fernández flexibiliza la cuarentena en Buenos Aires por el hartazgo social” y ya, de a poco, la ciudad despierta, la gente se mueve y con ella se mueve el virus. Erdosain niño espera que amanezca.

¿Con cuáles muertos? El sábado a la mañana le mandé un mensaje a un amigo que trabaja en México: tenía pasaje para volver en abril pero el Coronavirus empezó a esparcirse y los vuelos se suspendieron: sigue allá. Él sigue allá. Su familia está en Buenos Aires y el sábado bien temprano, me dice en su mensaje de WhatsApp, su padre falleció. Leo el mensaje y, sin pensar, lo llamo. Me cuenta que lo habían internado el miércoles, estaba mejor pero se

agarró una neumonía en el hospital. Y él, allá. Sin poder despedirse.

Sin haberlo visto. Sin poder nada.

¿Cuáles muertos? Carlos Pereira fue uno. Con nombre y apellido: uno de tantos.

Hablo con mi amigo en Italia. Le pregunto cómo va todo por allá. Le pregunto si su hijo volvió al “asilo”, así le dicen a la guardería. Se lo pregunto pensando en lo que pasará acá cuando todo esto termine.

Nuestras conversaciones por WhatsApp son a destiempo. Yo escribo cuando es de día acá y él responde cuando es de día allá. Diálogos con delay.

Al día siguiente veo su mensaje: no está yendo. Lo sacaron del asilo.

¿Por qué?, pregunto. Si ya abrieron las fronteras, si ya les llegó “la nueva normalidad”.

Al otro día, una respuesta ambigua, sin detalles.

Repregunto: tener a un niño o una niña en un departamento durante la cuarentena es una sucesión ininterrumpida de cambio de pañales, llanto de hambre o de sueño, lavados de ropa y juegos: cansancio continuo, demanda constante.

Al día siguiente, se confiesa: dudan de si podría contagiarse. Prefieren tenerlo en casa.

El miedo supera el cansancio.

A veces, si estoy sentado frente a la computadora de la redacción o en casa, por un rato me olvido. Dejo de pensar en las guardias, los médicos y los enfermeros; máscaras, guantes y protocolos. Hasta que me asomo a la ventana y veo a gente con barbijo o alguien me habla sin acercarse demasiado y pienso, otra vez, en todo esto.

El miedo sigue ahí: cambió de forma. Pasó de ser algo incierto a otra cosa: delimitada. Reconocible.

Las palabras escritas siguen quietas: en el papel o la pantalla. El miedo fue cambiando. Se transformó junto a todo lo demás: el café en el bar leyendo los diarios, las miradas de cerca, el mate en una plaza soleada, un abrazo,

los besos. Se transformaron las semillas que plantamos en el balcón con mi hija unos días después de que comenzara la cuarentena y no teníamos claro lo que vendría.

* 131

Aún no lo tenemos claro.

Pero ahí están los brotes que, esperamos ansiosos, en algún momento darán flores. Cuando todo esto pase.

Porque como solemos decir: también esto pasará. ❁

La cancha envenenada

* 132

Por Fernando Adrián Fraquelli

El covid-19 se instaló en la Villa Azul del conurbano y el barrio quedó aislado. Villa Azul, ubicada entre los municipios de Avellaneda y Quilmes, donde viven 5 mil personas, fue infectado de coronavirus y generó la movilización de los agentes sanitarios de la región del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) que determinaron un amplio y más importante operativo con aislamiento obligatorio y absoluto del predio durante 15 días.

Los primeros 53 casos explotaron el pasado 22 de mayo y rápidamente la cifra de contagios subió a más de 300. Con las primeras víctimas fatales a los pocos días. Dos hombres de 69 y de 77 años. Ambos habían sido internados en los hospitales Fiorito de Avellaneda e Iriarte de Quilmes.

Sobre la calle Sargento Cabral, en Quilmes, se encuentra la sala de primeros auxilios y uno de los accesos al barrio. Allí se montaron dos carpas sanitarias con personal especializado para relevar a las personas y buscar casos de coronavirus con la implementación del plan "DetectAR", Dispositivo estratégico de Testeo para Coronavirus en Terreno Argentino. El despliegue sanitario incluyó la recorrida por el barrio casa por casa de viviendas precarias, casillas de madera y cartón con techos de chapas. Buscaron vecinos con algún síntoma específico: fiebre, tos, dolor de garganta, dificultad respiratoria, pérdida del gusto o del olfato. Sumaron 300 efectivos de fuerzas de seguridad que cubrieron el perímetro de Villa Azul y la presencia permanente de los intendentes Mayra Mendoza de Quilmes y Jorge Ferraresi de Avellaneda, el ministro de salud provincial Daniel Gollan, el de seguridad Sergio Berni y Jonatan Konfino y Virginia González, a cargo de las áreas de salud de los municipios.

Los ocupantes contaron su situación habitacional, frágil y delicada. Sus casas en medio de pasillos estrechos, largos y con olor a humedad. Perros con hambre que comen las sobras de la sobra. Con calles de tierra y barro por las filtraciones de agua. Ellos sabían que el barrio podía explotar en cualquier momento. Marcaron un lugar, el foco de los contagios. El origen del desastre sanitario. La cancha de fútbol, donde juegan hasta altas horas de la madrugada equipos integrados por jóvenes de diferentes edades que tras el

partido tienen su momento de festejo o de análisis. “Se quedan hasta las 5 o 6 de la mañana, –dijo Néstor que vive en una casilla próxima a la canchita–, después toman, se pasan las botellas de mano en mano y paso lo que pasó”. Con Néstor la recorrimos. La cancha es de piso de cemento, pintado color verde-césped para equipos de 8 jugadores. Un enrejado demarca el lugar y resguarda no perder la pelota ante cada tiro mal pateado por algún jugador. Néstor asegura que llamaron a la policía denunciando la situación “pero por las características de la villa no entran”, aclaró. No tienen dudas “La cancha estaba envenenada y ese veneno –el virus– corrió por toda la Villa, lugar de changarines y cartoneros. Lugar de albañiles y trabajadores no esenciales para esta cuarentena.

Villa Azul está delimitada entre el Acceso Sudeste y las calles Antonio Caviglia, Ramón Franco y Sargento Cabral. Del lado de Avellaneda es un complejo habitacional, departamentos de diferentes ambientes con calles y asfalto. Del otro lado, en Quilmes el barrio es un asentamiento y fue el lugar donde el virus eligió depositarse. Cruzando una calle, la villa Itatí, uno de los emplazamientos más grande del conurbano, 15 mil personas viven. También hacinadas y en casillas pequeñas. Por eso ante los hechos acontecidos en Villa Azul, la orden del gobernador Axel Kicillof fue realizar un aislamiento sanitario estricto y consideraron contacto estrecho de posible contagio a todo el barrio. Nadie pudo ingresar ni salir del lugar, sólo por situación sanitaria. “Se entregan alimentos y elementos de limpieza e higiene a cada vecino”, aseguraron desde los municipios.

Tras 14 días de confinamiento el Comité Operativo de Emergencia (COE) determinó que Villa Azul ingresó a una nueva fase llamada “aislamiento focalizado” por la cual solo apartaron del barrio a los infectados. La decisión se tomó al ver que los contagios en el asentamiento disminuyeron ante las rápidas medidas adoptadas a partir del primer foco de víctimas del Covid-19. Desde el COE determinaron que “la tendencia marcó que la curva de contagios persiste a la baja, fundamento por el cual se tomó esta decisión”. A partir de ese momento se flexibilizó la circulación dentro del barrio pero cumpliendo las órdenes que tienen para circular en el resto de la Provincia o de la Nación, es decir bajo las normas que establecieron los decretos que definieron el aislamiento social preventivo y obligatorio. Cumpliendo protocolos de seguridad sanitaria.

La pandemia por el coronavirus impactó de manera directa en los barrios populares del conurbano bonaerense y de la ciudad de Buenos Aires como

las villas 1.11.14 en Flores, la 31 en Retiro o El Playón de Fraga en Chacarita. En algunos barrios se implementó un aislamiento total, en otros focalizado para determinar los casos de coronavirus, pero hay algo que une a todas las villas. En su interior hay una canchita de futbol y los partidos se extienden hasta la madrugada. *

* 134

El guardaespaldas

* 135

Por Claudia Regina Martínez

A mediados de marzo me reí de un pibe de Los Ángeles que aparecía en una nota contando que había quedado con una chica que conoció por Tinder en estacionar uno junto al otro en un McDonald's para charlar con las ventanillas bajas mientras comían papas fritas. Poco después yo misma pensaba en maneras de encontrarme con J. sin romper la cuarentena.

Fue así: seguí los consejos de mi amigo Pablo y me abrí un perfil en una app de citas sin ninguna fe, pero con ganas de entretenerme en una cuarentena que prometía ser dura, encerrada sola con un hijo de tres años. A los pocos días ya estaba hablando con J.

Me llamó la atención sobre todo que escribía bien y con mucho respeto. Incluso ponía los signos de admiración e interrogación de apertura. Un caso rarísimo. No respondía enseguida los mensajes. Parecía un tipo tranquilo, no tan absorbido por la vorágine de las redes y la información. Y eso me gustó.

Rápidamente conectamos a través de la música. Habíamos mamado cosas muy similares y eso nos situaba en un universo musical parecido. También ideológicamente coincidíamos, así que pronto nos sentimos cómodos y pasamos al WhatsApp.

Al principio necesité cierta información que no podía preguntar directamente. Cómo era su sonrisa. (En las fotos que había visto salía serio). Si era gordo o flaco. Si era alto como decía. Algo pude averiguar en un Zoom que hicimos poco después y que me permitió, por primera vez, mirarle la cara. Mirarnos. Estuvo bueno.

J. es de la banda del verano y ama cocinar. Enloquece por lo dulce y puede gastar fortunas en un buen café. Le gustan las canciones en las que aparecen nombres de calles. Desde el principio, su forma de tomarse la cuarentena fue mucho más calma que la mía y eso me vino bien. Hablábamos casi todos los días. Empezó a mandarme audios, que casi siempre me hacían reír.

Nos fuimos contando nuestras vidas. Él entraba mucho en detalles y eso

me entretenía. Era bueno relatando. Y contándole la mía pude ver algunos episodios con otra luz. Retomé contacto con una amiga con la que no hablaba hace mucho. Hablé de la muerte de mi hermana, cosa que no suelo hacer. Me puse a estudiar portugués y retomé guitarra después de tres décadas (no sé bien qué tiene que ver J. con esto, pero tiene). Creo que me ahorré unos pesos en terapia.

Los medios empezaron a publicar notas sobre las relaciones virtuales en cuarentena. Decían que las apps de citas se habían reinventado. Que el tiempo promedio que los usuarios pasaban en los chats había aumentado. Algunas liberaban servicios premium, como la posibilidad de conectarse con gente en cualquier lugar del mundo. Daban consejos. Proponían hablar más y conocerse en profundidad. Probar con el sexo virtual.

Mi situación era bastante endeble. Como madre que cría sola y trabaja (durante la cuarentena, con los “Paw Patrol” de fondo) y que se había quedado sin jardín ni niñera y con el padre y los abuelos de la criatura a quinientos kilómetros, era imposible mantener un diálogo en el que se suponía debía ser seductora, interesante y divertida. Estaba cansada todo el tiempo. Pero J. me la hizo fácil. Yo hacía catarsis y él me contenía.

Por trabajo y por placer, seguí muchos vivos de músicos en redes. Algunos se los compartí a J. Recuerdo que bastante al principio escuchamos un recital de Pedro Aznar y flasheamos juntos. Compartir música es para mí la clave de cualquier encuentro. (Conociste a Silvia Pérez Cruz gracias a mí. Nunca olvides eso).

En un momento, compré una entrada para “Amor de cuarentena”, una experiencia teatral novedosa que consistía en recibir audios de un supuesto ex, interpretado por algún actor. Se podía elegir y opté por Camila Sosa Villada porque la amo (podría argumentar mejor, pero es por eso).

Hubo entonces dos semanas en las que me llegaban audios de Camila y audios de J. Fotos de Camila y fotos de J. Canciones de Camila y canciones de J. Lo que recibía estaba hecho del mismo material. Igual de virtual, igual de inasible. Sólo que a los audios de Camila le faltaban los momentos de duda, las contradicciones de los de J., que los hacían tan encantadores.

Lo explico mejor: J. borraba sus audios varias veces hasta que por fin se decidía a mandar la que creía era la mejor versión. Yo veía la leyenda

“grabando audio”, que aparecía y desaparecía. Le pedí que por favor me mandara los audios en su primera versión. Fue revelador. Obviamente, eran mucho mejores que los editados. Como las “outtakes” en el cine, esas tomas descartadas que muchas veces son muchos más interesantes que las elegidas.

En su papel de ex, Camila me dijo un día: “La cercanía muchas veces nos cohibe. Ahora que no podemos tocarnos siento una libertad insolente”. Eso me hizo pensar bastante. Yo, la verdad, quería tocar. Pero eso implicaba romper la cuarentena. Y tanto J. como yo parecíamos muy responsables con eso.

Mi amigo Pablo, aquel que me convenció de usar la app, sí rompió la cuarentena para encontrarse con una chica. “Para mí, la pandemia es un obstáculo para los encuentros, pero un obstáculo como cualquier otro. Si dos personas quieren encontrarse, se encuentran igual. Para mí, la relación no se sostiene sin poder verse, o al menos a mí no me interesa la relación sólo virtual”, me dijo.

En la misma línea me respondió la escritora y periodista Tamara Tenenbaum, autora de “El fin del amor: Querer y coger en el siglo XXI”: “Lo que veo a mi alrededor es que la gente que vive sola hace trampa. No me parece una cuestión para moralizar y estoy bastante segura de que los gobiernos lo saben”.

“La gente que quiere sostener vínculos los sigue sosteniendo físicamente. Y me parece esperanzador, porque mucho tiempo escuchamos la idea de que la gente joven quería prescindir del contacto físico. Y estoy viendo más bien lo contrario, que la idea de una persona que viva sola sin contacto físico durante meses no es sostenible”, añadió. “Evidentemente hay un impulso vital que va más allá, por suerte”.

Pensé mucho en el tema del contacto físico. Lo quería, sí. Pero también pensaba en la comunicación que no lo incluye. Un libro que leí en esos días me hizo recordar las “Cartas a Milena”, de Franz Kafka. La comparación es exageradísima pero interesante. El tipo le escribía cientos de cartas a una mina que casi nunca lograba ver.

Pienso en el formato carta que tanta más profundidad tiene que estos audios y textos que nos mandamos ahora y que pretendemos sean respondidos en los siguientes minutos.

Soy de una época en la que aún se escribían cartas. Tardaban como diez días en cruzar el Océano. O más. Y otros tantos tardaba la respuesta (si te respondían al toque). O sea que como mínimo había que esperar tres semanas para obtener respuesta.

A J. le escribí algunas cartas. Por correo electrónico, claro. Sobre todo al principio, cuando quería explicarle algo con tranquilidad sin que él sintiera la necesidad de tener que leerlo enseguida. Luego le seguí escribiendo, pero ya no se las mandaba. Quedaron en “borradores”. Me gustan las carpetas de “borradores”. Son como las “outtakes”. Tienen su valor.

En algún momento, con J. empezamos a hablar de la posibilidad de vernos. No concretábamos mucho el cómo, pero a mí me hacía ilusión poder, por fin, tener un encuentro. Sin embargo, cuando se acercó la fecha, nos peleamos por alguna boludez. Quizá no fue una boludez. Un comentario mío no le cayó bien, se enojó, me enojé. Cosas de la virtualidad que no se pudieron resolver. O del inconsciente, quién sabe, que a veces nos juega malas pasadas.

Dolió un poco, sí. Pensé que esta historia iba a tener otro final. Pero no cambia mi conclusión general: mi cuarentena fue mejor gracias a esta relación, que fue virtual, sí, pero con una persona real. Una vez le dije a J. que en una foto parecía un guardaespaldas. Y quizá fue eso. Mi guardaespaldas de cuarentena. Y le estoy muy agradecida por eso. *



www.sipreba.org